This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 6275.3.31

HARVARD COLLEGE LIBRARY

FROM THE LIBRARY OF

GEORGE EDWARD RICHARDS

A.B. 1867, M.D. 1883

THE GIFT OF
ANNA M. RICHARDS
1919

Span 6275.3.3

LUIS VALERA

MARQUÉS DE VILLASINDA

# VISTO Y SOÑADO

YOSHI-SAN LA MUSMÉ

LA ESFERA PRODIGIOSA—EL HIJO DEL BANIÁN

DYUSANDIR Y GANITRIYA

MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C de San Francisco, 4

1903

# VISTO Y SOÑADO

# VISTO Y SOÑADO

YOSHI-SAN LA MUSMÉ

LA ESFERA PRODIGIOSA—EL HIJO DEL BANIÁN

DYUSANDIR Y GANITRIYA

POR

LUIS VALERA

MARQUÉS DE VILLASINDA

MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1903

Span 6275.3.21
HARVARD COLLEGE LIBRARY
THE GIFT OF
MRS. GEORGE E. RICHARDS
NOV. 1, 1919.

*Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la ley.*

# YOSHI-SAN LA «MUSMÉ»

# I

Eran las diez de una noche de Diciembre de 1900. El comedor, *bar*, ó lo que fuese, del *Hotel Cosmopolite*, en Tientsin, estaba colmado de gente.

Aquello era una sala cuadrangular, bastante grande y muy alta de techo, al que sostenían dos hileras de toscas pilastras exagonales, de color rojo muy subido, que corrían paralelamente á la fachada y al testero del fondo. Las cuatro paredes estaban revestidas de un papel blanco, tirando á gris, sobre cuyo tono mate resaltaban chinescos plateados floripondios. En varios sitios tiznaba la tersura del papel, recién puesto, el negro tufo que salía de grandes lámparas de petróleo, sostenidas en vilo, á lo largo de las murallas, mediante unos aros de hierro, cuyos espigones habían sido hincados en ellas á distancias iguales.

Por cima de las lámparas, redondos chafa-
[illegible] empañaban también las relumbrantes

lacerías y los dragones de oro, púrpura y azul cobalto del antiguo techo, que el titulado dueño de la casa, al apoderarse de ella y habilitarla para fonda, después del sitio y del saqueo de la ciudad indígena, había dejado tal cual le halló, limitándose á tapar con cañas, cal y unos parches de cualquier papel, los dos ó tres boquetes allí abiertos por los cañonazos de las tropas internacionales.

La casa, antes de la revuelta boxer, había sido un templo taoísta, y la habitación esa, sala ó capilla principal del templo. Aún se veían en ella, arrumbados en un rincón, rotos y polvorientos, no pocos trebejos sagrados, como pebeteros de bronce, vasos de porcelana, trípodes y extrañas imágenes de talla polícroma, dioses y genios de ojos oblicuos y haciendo muecas espantables.

El altar, ó mejor dicho el zócalo ó basamento de la principal estatua, una alargada tarima de laca roja con filetes de oro, había sido transportado del centro de la capilla hacia la pared izquierda, y, colocado á escaso trecho de ella, servía entonces de mostrador. Detrás de la tarima, tres criados chinos cortaban lonjas de jamón y de fiambres, llenaban unas copas de vinos y licores, y lavoteaban otras en una gran campana de bronce, divinamente cincelada, y que, vuelta boca arriba, llena de a

sucia, hacía á las mil maravillas las veces de fregadero.

Entre la puerta de dos batientes rojos que daba al patio de entrada del edificio, y la puerta más chica abierta enfrente en el testero del fondo, había, hacia el centro de la habitación, una colosal estufa encendida, de hierro caldeado al blanco, y cuya tubería, después de subir perpendicularmente un par de metros, hacía un codo, corría á lo largo del cielo raso, y salía fuera de la casa por una de las dos anchas ventanas, con varillaje y papel en vez de cristales, á usanza china, colocadas respectivamente á uno y otro lado de la puerta grande.

No escaso trecho del piso de alternadas losas negras y amarillas estaba vacío en derredor de la estufa, así porque, en razón del demasiado calor que ésta despedía, nadie quería arrimarse á ella, cuanto porque nadie quería exponerse á las bocanadas de aire frío que se colaban en la habitación cada vez que se abrían las puertas para dar paso, ya á los parroquianos y huéspedes, ya á los chinescos servidores.

Por el resto de la estancia, había desparramadas hasta quince ó veinte mesillas, de laca como el mostrador, y también sin duda parte del antiguo ajuar del templo, en torno de las cuales, por grupos de tres ó cuatro, estasentados, fumando, comiendo y bebiendo,

unos sesenta hombres de muy mala catadura.

Casi todos ellos eran ó europeos ó anglo-americanos. En otros, los menos, saltaban á la vista los rasgos fisiológicos de la raza tártara ó de la hebrea. Sus prendas de vestir eran de hechura y corte muy variados; pero todas tenían en común el ser de mucho abrigo y el estar bastante raídas y abundantemente salpicadas de lamparones. La variedad de las fisonomías era también grandísima: habíalas que denotaban principalmente instintos bestiales, de ferocidad ó violencia; otras con un sello de astucia ó de hipócrita bellaquería, y otras en que se pintaba tan sólo, por el instante, el embrutecimiento producido por el ron ó el *whisky*. Pero, como las ropas, tenían las caras aquéllas algo en común: el ser de escasos amigos, y menos de amigos honrados, como tampoco amigas del agua y del jabón. A la legua transcendía que esas gentes eran aventureros, pícaros y dropes de los que, acordándose que á río revuelto la ganancia es de los pescadores sin escrúpulos, á centenares, viniendo de las cuatro esquinas del Extremo Oriente, cual bandadas de cuervos que acuden al campo de batalla una vez terminada la lucha, habían caído sobre el Norte de la China, á fines del verano y principios del otoño de 1900, para ver lo que, sin grandes fatigas, á mansalva, podrían garbe

con ocasión de andar las cosas tan fuera de quicio por allí.

El fondista, un tunante francés, muy largo y socarrón, hombre de mucha corpulencia y formidables puños, circulaba despacio y risueño por el comedor, con una servilleta debajo del brazo, yendo de mesa en mesa para enterarse de lo que deseaban beber ó comer sus huéspedes y deteniéndose á charlar familiarmente con aquéllos que eran más amigos suyos.

Después de andar así durante un rato, llegó, por último, á la mesa más apartada del mostrador, la que estaba en una esquina, cerca del arrumbadero de los dioses chinos, derrocados, rotos y cubiertos de telarañas.

Alzando mucho la voz para dominar el barullo que armaba el gentío, y apoyando las dos manos en la mesa, dijo el fondista, en tono zumbón, á uno de los tres hombres sentados en derredor de ella:

—Buenas noches, Mister Appleby. ¿Estamos de mejor humor que ayer tarde? ¿Van siendo más afortunados esos rebuscos? Me han dicho que hoy, debajo de unos escombros, en no sé qué arrabal de la ciudad china, ha encontrado usted cosa buena, una maravilla de dije, que lo menos, lo menos, valdrá mil pesos en Europa.

Y mientras hablaba, volvía la cara hacia el

mostrador, frunciendo el entrecejo y entornando los párpados, hinchados y rojos como los de un palomo, semejantes á los bordes de una herida enconada, para ver mejor, á través del ambiente cargado de humo y vaho, lo que hacían, en el otro extremo de la estancia, los *boys* ó criados indígenas encargados de despachar bebidas y comestibles.

—Pues le ha mentido á usted el que se lo haya dicho, Sr. Moussette—contestó furioso el Appleby, dando sobre la mesa un puñetazo que hizo saltar y sonar las tres copas que allí había;—ó antes bien, usted está tan enterado como yo de que no ha encontrado nada que valga un pito, y viene á darme vayas para entretenerse. Pues sepa usted que no estoy para bromas. Además, no hay por qué burlarse. No todos tenemos la suerte que usted, ni llegamos aquí cuando no había sino agacharse para recoger por el suelo el oro, ó que emborrachar soldados para que le entregaran á uno su botín.

—Vamos, vamos, no se ofenda usted, amigo Appleby—contestó el fondista, y dió á la vez una palmada amistosa en el cogote de su parroquiano, que era un hombre tan fornido como él, un *yankee* colosal y de muy malas pulgas, el cual, en su tierra, había sido pugilista de oficio y andaba entonces á la briba por el Norte del Celeste Imperio, acechando ocasiones de ganar

dinero con poco trabajo.—Le aseguro á usted que lo dije de muy buena fe, porque así me lo habían contado, y me alegraba de ello. La suerte de cada cual es muy mudable, y no hay que envidiar nunca la de los demás. Todavía puede ser que tomen buen cariz los negocios de usted, aunque ya no es cosa de dedicarse á la rebusca de tesoros, porque, amigo, esos ya los recogieron los listos que aportaron en Agosto por aquí... y no han dejado nada. Como que el Petchilí entero ha quedado limpio de joyas, plata y *bibelots*.

—De los cuales tiene usted buena parte almacenados ahí dentro, ó los ha mandado usted ya á Europa y América, para venderlos á precios fabulosos,—dijo, riéndose y en francés, pero con acento italiano, otro de los personajes sentados á la mesa, hombrecito desgalichado, de tez cetrina, grandes ojos zarcos y relucientes, aguileña nariz, rizadas patillas negras y pelo negro también, y muy lustroso, bien peinado y alisado con cosmético.

—Eso dicen, *signor* Oreste Rosa—replicó Moussette, algo contrariado;—pero no es tanto como supone la gente: si bien algunas cosillas logré arramblar al principio, no son de bastante valor para sacar á un hombre de apuros para toda la vida. Otros hubo más afortunados que —— pero unos cardan la lana... ¡Ah, tunos!... ya

se están bebiendo los licores los *boys* del mostrador. En cuanto me descuido... Con perdón de ustedes, señores, voy á poner orden por allá.

Y, sin más, el fondista se fué hacia donde decía que era necesaria su presencia.

Oreste Rosa, alzando los hombros y sonriéndose, dijo á media voz, apenas se hubo marchado Moussette:

—No gusta el francés de que le hablen de sus saqueos y granjerías. Teme que cunda la fama de lo mucho bueno que aún guarda en los arcones de su despacho y vengan á robarle alguna noche. Se olvida de que quien roba á un ladrón... A mí no me engaña, á pesar de lo que dice y quiere hacernos creer á todos. Anteayer mismo, entré por casualidad en su cuarto, sin meter bulla, y le sorprendí con las manos en la masa, revolviendo joyas chinas tiradas á granel en un cajón abierto de su mesa de escribir. Le dí un susto y un disgusto: al verme se puso como una amapola y cerró el cajón de golpe.

—Como que lo que le soltó Appleby es la pura verdad,—interrumpió diciendo el tercer individuo sentado á la mesa. Era éste un judiillo vienés, llamado David Lœwe. Había sido cajero de una casa de comercio en Shanghai, de la cual fué despedido, un par de meses antes, por no entender de contabilidad ó por

entenderla demasiado bien. Entonces, con los ahorros que tenía, compró conservas, licores, hilos, agujas, botones y otras bujerías, y se embarcó en Octubre para Tientsin, donde pensaba vender á buen precio su pacotilla y hacer también, de paso, negocios más provechosos con los guerreros internacionales, adquiriendo de ellos, á trueque de una copa de *cognac* ó de aguardiente, ya una piel de marta, ya un pucherito de esmalte, ya otro de los miles de preciosos objetos chinos que componían el botín de los soldados. Lœwe era un ente canijo, algo jorobado, barbilampiño, pálido, muy narigudo, con cara de pájaro y largas melenas de un rubio deslavazado que, revueltas y sucias, le caían sobre la frente y las espaldas. Llevaba gafas con cerco de oro, á través de las cuales se veían, entre párpados pitarrosos y desprovistos de pestañas, unos ojos de miope, melados y sin brillo. Traía puesto un gorro de astrakán mugriento, un chaquet más mugriento aún, pantalones bombachos, de pana, y botas de montar, rotas y enlodadas. Completaba tan estrafalario atavío una corbata roja, de seda, que se estaba deshilachando, y en la cual había prendida una esmeralda de tamaño inverosímil.

El judío, después de tomar un sorbo de cerveza en el pichel que tenía delante, prosiguió [illegible]ando:

—Y tan verdad. Moussette llegó á Tientsin apenas terminado el sitio. Entonces no era como ahora. Aquéllos fueron los buenos tiempos. No habíamos llegado á centenares los competidores. Moussette tuvo uua idea genial: en vez de buscar á los soldados para comprarles el botín, se las compuso de suerte que los soldados le buscaran á él. Pidió permiso á las autoridades militares, se instaló en este templo, le arregló lo mejor que pudo, y puso en él una cantina. Los soldados acudieron como moscas á la miel. Moussette hizo espléndidos negocios. Dicen que uno de sus compatriotas de usted, Appleby, le cedió un tibor magnífico á cambio de una botella vacía de *whisky*. ¡Si estaría borracho el individuo! Ahora que no se pueden hacer esos canjes tan ventajosos y que andan más listos los soldados porque les queda ya poco botín, Moussette ha trocado la cantina en fonda y nos saca los cuartos, albergándonos, á los páparos que, pensando en hacer el negocio que él hacía, hemos llegado demasiado tarde, cuando apenas quedan migajas del banquete.

—Pues aún se puede hacer algo—dijo Appleby,—á pesar de lo que opinan usted y Moussette. Sin ir más lejos, ayer mismo, Meyer y aquel otro alemán que está sentado allí con él, encontraron en una alquería desierta, en l

alrededores de Tientsin, ocultas debajo de un montón de leños y fogotes, dos cajas, llenas la una de pellizas y soberbios trajes de mujer, y la otra de cachivaches de jade y laca. Como no tenían medios de transportar el hallazgo, se fueron á un pueblecillo de las cercanías, donde quedaban algunos habitantes; entraron en él revólver en mano, amedrentaron á los chinos, requisaron un carretón desvencijado y una mula tuerta, y con carretón, mula y cajas se volvieron contentísimos á Tientsin. ¡Hay gentes que tienen suerte! ¡La mía es perra! Por más que busco no encuentro nada: ni en la ciudad china, ni en el campo. Estoy por largarme á Pekín, quizás allá me vaya mejor.

—No lo crea usted—interpuso el italiano.—En Pekín van siendo también raras las ocasiones. Lo sé por uno que vuelve de la capital. A mí también me va de perros, y lo peor es que se me está concluyendo el dinero que traía de Hong-Kong. Me parece que hice un pan como unas hostias en salir de mi barbería de allá, alucinado por la idea de que iba á hacerme rico, en un periquete, con el botín, acá en el Norte.

—Sí, sí que hicimos mal en llegar tan á destiempo—volvió á decir Lœwe.—El caso hubiera sido hallarse en Tientsin durante las primeras semanas después del sitio. Entonces no

hubo quien no garbeara algo, cogiéndolo entre los escombros de las casas, cuando los chinos abandonaron la ciudad, ó comprándolo por una bagatela á los saqueadores. Hoy he estado en el Banco á cobrar un chequecillo, poca cosa, y mientras aguardaba que me despachasen, ví á uno de los empleados, un inglesito boquirrubio y perfumado, que estaba enseñando á dos pájaras rumanas, muy emperifolladas —dos individuas que han venido á Tientsin en busca de aventuras galantes,—un gran brazalete de oro que ceñía su muñeca. Contó cómo le había encontrado, de noche, con otros mil dijes, entre ruínas, en casa de un mandarín, á las veinticuatro horas del saqueo, yendo solo, de exploración, por la ciudad chinesca, armado hasta los dientes, por lo que tronar pudiera. El brazalete era sumamente hermoso, de mucho peso y rara labor: valdría un dineral. Y también eran hermosas las dos mujeres, una en particular, *buon pezzo di donna*, como diría usted, Rosa, metidita en carnes, de las que á mí me gustan, pero es comida cara para un pobrete como yo.

—¡Mujeres!—murmuró Appleby.—Eso también echo de menos. No hay una china medio regular en este pueblo maldito, y las pocas europeas que se ven, ó son señoronas de mucho fuste, ó perdidas elegantes, y que venden m-

caros sus favores. Estoy aburrido. No sé qué hacerme por las noches. Si al menos hubiera alguna diversión, algún teatro, algo á manera de café cantante... Dicen que entre los chinos también se estilan. Sería cosa de averiguarlo.

—¡Buenos están ahora los chinos para músicas y fiestas!—replicó Lœwe.—¿Si apenas comienza á repoblarse y reconstruirse la ciudad indígena, y quiere usted que ya haya en ella teatros y mujeres?

—Sin embargo, quién sabe—dijo el *signor* Oreste Rosa.—Yo también echo de menos á las hembras. Puede que las haya. Por preguntarlo, nada se pierde. Tengo un *boy* muy despabilado, que tomé hace tres días á mi servicio. De seguro que, si hay mujeres posibles, él lo sabe ó lo averigua pronto.

—¿Con que hemos tomado *boy*, amigo Rosa? ¿Qué novedad es esa?—preguntó con sorna el judío.—¡Qué boato! Se conoce que nos engaña usted y que van prosperando sus asuntos.

—Al revés, por desgracia—replicó muy amostazado Rosa.—Van tan mal, que me he decidido á poner barbería. Vuelvo á mi antiguo oficio. Por eso he tomado un *boy:* para que me traiga el agua y limpie la tienda. Confío en que me honrará usted con su parroquia, señor Lœwe, y pronto, pues buena falta hace me-

ter la lendrera en ese pelo tan largo y tan sucio que me gasta usted.

El judío hizo una mueca, pero nada replicó.

Rosa, sin más razones, se volvió hacia el mostrador y batió palmas. Acudió al punto un mozo chino, y el barbero le ordenó:

—Llama á mi *boy* A-dú y dile que venga en seguida.

Hubo luego un rato de silencio entre aquellos tres personajes sentados á la mesa, hasta que llegó, muy sonriente, A-dú el *boy*, un chinito airoso, de buena pinta, elegantísimamente vestido con una túnica de raso azul celeste, cayéndole hasta los tobillos, y sobre la cual traía un á modo de gabán corto, de terciopelo grana, forrado de pieles. Maravilláronse sobremanera el americano y el judío al ver venir á servidor tan majo, y dieron nuevas bromas á Rosa sobre su situación al parecer boyante; pero Rosa les explicó que A-dú era hombre aprovechado, que había sabido vestirse de balde *desempeñando*, en un Monte de Piedad indígena, sin permiso de los ausentes dueños del establecimiento ni del ausente propietario de esas prendas, las que ostentaba y otras mejores todavía. Celebrado debidamente el caso por Appleby y Lœwe, éstos y Rosa pasaron á exponer sus deseos al *boy*, quien, cubriéndose, por respeto, la cabeza con un gorro redondo de nutria, en for-

ma de casquete, que traía en la mano, los escuchó con muestras de entender apenas lo que le decían.

Los tres aventureros, que hablaban entre sí en inglés, lengua común á todos los hombres de raza blanca en el Extremo-Oriente, emplearon también ese idioma, adulterándole con palabras chinas y portuguesas, para dirigirse á A-dú. Pero A-dú andaba mal de *pidjin-english*, y los extranjeros no sabían ninguno de los diez y ocho ó veinte dialectos chinos, así es que las explicaciones fueron muy largas y dificultosas. Al fin y á la postre, á fuerza de repetir palabras, de buscar giros fácilmente inteligibles y de subrayarlos con expresivos gestos, A-dú comprendió lo que se le preguntaba, y contestó, explicándose trabajosamente, que no había teatros ni otras diversiones públicas en la ciudad indígena, pero que, si los señores querían pasar un rato agradable, él los podría llevar á casa de su venerable madre, una anciana bondadosa, que, casualmente, hacía un par de semanas, había alquilado parte de su casa, allá al final del pueblo chino, á cuatro *geishas* recién llegadas de Nagasaki, antes de que los hielos cerrasen el puerto de Tientsin; las cuales *geishas* eran guapitas, por más que tenían los pies muy grandes, y bailaban y cantaban de as, y podrían divertir á los señores.

—*¡Geishas!*—exclamó Lœwe, interrumpiendo al filatero chino,—*¡geishas!* Este tunante de A-dú nos quiere engañar. Como que va á haber *geishas* en Tientsin. ¡Bueno está ahora el Norte de la China para que vengan aquí actrices y cantantes! ¡Se tratará á lo sumo de *musmés*, de alegres mocitas japonesas, que habrán acudido á este pueblo para ganarse la vida mimando y festejando á los guerreros del Nippón!

—Pero, *geishas* ó *musmés*, ¿son mujeres?—preguntó Appleby, el cual, por ser novato en aquellas regiones del mundo, no estaba al corriente de la significación de tales nombres.—Pues si son mujeres, ¿qué más queremos? A falta de pan, buenas son tortas. ¿Vamos allá?

—Vamos,—respondieron de consuno Rosa y Lœwe.

Y los tres hombres, levantándose, pagando lo que habían bebido, y poniéndose las pellizas y los sombreros, se echaron á la calle, seguidos por A-dú.

## II

Apenas fuera, Oreste Rosa metió precipitadamente las manos en los bolsillos del gabán, hundió la cara entre los velludos picos

cuello de esa prenda, que traía alzado, y dijo:

—¡Demonio! ¡Qué frío hace!

—Pues no ha de hacer, si está helando,—contestó entre dientes Appleby, mientras encendía una pipa, iluminado el rostro por el rojizo resplandor de un fósforo que ponía una mancha de luz en las azules sombras de la noche, sin estrellas ni luna.

—Allí dentro despedía huéspedes la estufa y marcaba el termómetro veinte grados sobre cero; aquí fuera está lo menos á quince por debajo. La diferencia es regular—dijo Lœwe pateando la tierra;—pero si andamos de prisa, no sentiremos frío.

—Pues en marcha, amigos,—gritó Appleby, apagando la cerilla, con lo cual los cuatro hombres se quedaron en la más completa obscuridad.

—Aguarden ustedes...—contestó Rosa.—A ciegas no podemos caminar. Acuérdense de que apenas hay alumbrado público y de que las autoridades militares prohiben que se circule de noche sin llevar una farola encendida. Yendo sin luz, el primer centinela que encontremos nos dará el alto ó nos descerrajará un tiro. A-dú, ¿traes la linterna?

—Sí, amo—contestó el chino.—Ahora mismo la enciendo.

minada la operación, que estorbaba un

helado vientecillo, el grupo echó á andar, caminando despacio, con precauciones, sobre apelmazada nieve que crujía debajo de los pies. Iban los tres extranjeros en fila, callados y precedidos por A-dú, cuya linterna, pendiente de una vara que llevaba en la mano y cimbreándose á compás de los vaivenes de la marcha, proyectaba sus rayos, ya hacia adelante, haciendo rebrillar la blanca alfombra que entapizaba la tierra, ya hacia uno ú otro lado de la calle, apareciendo entonces, en un cuadro de luz que se recortaba en inmenso marco de tinieblas, fantasmagóricas y parciales visiones de muros derruídos, tapias y tejados en tenguerengue, puertas y ventanas desquiciadas. Detrás de la farola, á pocos pasos, tan sólo había sombras impenetrables, y en ellas relucía á veces el fuego rojo de la pipa de Appleby, cuando éste le daba unas chupadas.

Caminaba el grupo por una calle recta, ancha, entre dos hileras de escombros y ruínas, restos de unas casas, de europeo estilo arquitectónico, que los *boxers* habían cañoneado é incendiado durante el sitio del Tientsin extranjero, formado por las tres barriadas ó *concesiones* inglesa, francesa y japonesa. El *Hotel Cosmopolite* se hallaba fuera de la ciudad china, lindando casi con un extremo del territorio de Francia. Para ir á casa de las *musmés*, ce

del río Peihó, hubiera sido bastante más corto atravesar la desmoronada ciudad indígena; pero, por ser mucho más fácil caminar á obscuras por las bien construídas vías del pueblo europeo, donde no quedaba un farol servible de los del alumbrado público, A-dú, con anuencia de los señores, llevaba á éstos á la vivienda de su venerable madre, dando una vuelta larga y harto complicada.

Al llegar á la primera esquina, á los doscientos pasos de la puerta del *Hotel Cosmopolite*, súbitamente surgió un bulto de entre las sombras y se oyó una voz que gritaba: *¡halte!*

Era un centinela francés, de infantería de marina, envuelto en amplio capotón y con el fusil terciado, cuya bayoneta, herida por los rayos de la farola, fulguraba en la medrosa obscuridad. Al ver que se trataba de señores europeos, acompañados de un servidor chino, el centinela dejó pasar el grupo.

Así, detenidos cada ciento ó ciento cincuenta metros por centinelas franceses, alemanes, americanos, rusos, japoneses ó indios que, después de cerciorarse de quiénes eran los que tan á deshora recorrían las solitarias y calladas calles de Tientsin, franqueaban el paso á los tres extranjeros y á su guía indígena, fueron éstos atravesando la mayor parte de la ciudad euro-

de Poniente á Levante, hasta llegar al

otro extremo de ella, cerca del helado río Peihó, y desembocaron en un descampado lleno de desniveles, cubierto de guijos y cascote.

A-dú torció entonces hacia la derecha, alejándose del río. Sus acompañantes le siguieron tropezando á cada paso, resbalando á menudo sobre el escarchado piso desigual y andando casi siempre á gatas, ó extendidas las manos hacia adelante para tentar los obstáculos que se oponían á su marcha en las tinieblas.

—¿Falta mucho para llegar, A-dú?—gruñó al fin el italiano.

—Estamos en seguida—replicó el chino.—Allí se ve la casa,—y señaló con el dedo una forma confusa y que surgía más negra en la negrura del cielo.

—Y ahora que se me ocurre, ¿qué haremos con A-dú mientras nos divertimos con las niñas?—preguntó Rosa á sus dos amigos.

—Pues nos aguardará en alguna otra habitación y, si hace falta, le llamaremos para que nos sirva. El caso es bien sencillo,—dijo Appleby, riéndose.

—Eso no, en modo alguno—replicó vivamente Rosa.—Allí no permanece mi criado mientras yo esté en la casa. Se entretendría en atisbarnos, porque es curioso como todos los chinos, y eso no me tiene cuenta, pues pienso hopearme en grande esta noche y él me perd-

ría el respeto. En esta tierra, amigo Appleby, hay que *guardar la cara*, como dicen los chinos.

—¿Y dónde va á estarse entonces A-dú?—repuso el americano.—Solo no puede volver á la fonda, y menos sin la linterna que necesitamos luego nosotros. Recuerde usted que á los chinos les está prohibido circular solos por la noche. La primera centinela con quien topase A-dú, le detendría y le metería en chirona, y allí, cuando menos, si no le soltaban antes un tiro, le dejarían las espaldas hechas jalea á golpes de bambú.

—Ya lo arreglaré yo,—contestó Rosa, y acercándose á su criado entabló un diálogo con él. Mientras hablaban, siguieron caminando todos, y al llegar á casa de las *musmés* estaba resuelta la dificultad.

A-dú llamó á la puerta de la casa, repiqueteando de cierto modo en los tablones con los nudillos, y, al cabo de algunos minutos, se oyeron dentro unos pasos que se acercaban y una voz cascada y gangosa formuló, desde el interior, una pregunta en chino.

Contestó A-dú en la misma lengua, y entonces sonaron ruidos de llaves y de cerrojos que se descorren, y se entreabrió la puerta, asomándose por el vano de ella la parte superior del [illegible]no de una viejecita china, vestida de negro

y gris, peliblanca, diminuta, de adormilado rostro, y que alzaba una farolilla de tripa en una mano, mientras con la otra sujetaba el único batiente de la puerta, en cuyo centro, sobre el fondo de pintura roja, entre clavos dorados, resaltaba, con chillones colorines, la imagen impresa en papel blanco de un feísimo y extravagante genio ó demonio protector de la casa.

A-dú se puso de rodillas delante de su venerable madre y rozó repetidas veces con la frente el suelo helado. Luego se levantó y habló de nuevo y largamente. La vieja le interrumpía á menudo en tono interrogativo y mirando á los extranjeros de soslayo, con aire receloso.

Al fin A-dú se volvió hacia los tres señores y les dijo, en muy mal inglés:

—Mi venerable madre está orgullosa de que tan ilustres caballeros se dignen honrar con su deslumbrante presencia los muros de esta choza inmunda. Avisará sin tardanza á sus honradas inquilinas las *musmés*, que están durmiendo, pero que se despertarán con gusto para lucir sus escasas habilidades ante el excelso público que las aguarda. Mi venerable madre confía en que, como yo se lo he asegurado, será grande la generosidad de mis ilustres señores y en que no le causarán ningún daño, ni tampoco á sus huéspedes...

—Bueno, bueno: basta de palabrería, que nos estamos helando—interrumpió Appleby abruptamente.—Vamos adentro.

A-dú saludó entonces otra vez á la vieja y, acompañado por Rosa, pues no se atrevía á dar dos pasos solo, se alejó de la casa de su madre, la cual casa se alzaba aisladamente, entre ripios, en medio de un lodazal helado, á bastante distancia de un conjunto de edificios chinescos que se divisaban de vago modo hacia la izquierda, en la espesa penumbra de la noche.

Al llegar á este grupo de casas, A-dú se paró delante de una de ellas, donde, según había dicho á su amo, vivía un amigo suyo que les daría hospedaje hasta el amanecer; llamó al portalón; aguardó largo rato antes de que le abriesen; parlamentó con la persona que al fin acudió á sus llamadas, y desapareció, por último, dentro del edificio, entregando antes la linterna á Rosa, el cual tornó en seguida á casa de las *musmés*.

Mientras tanto, Appleby y Lœwe, precedidos por la vieja, que los alumbraba con su farolillo de tripa, atravesaban un zaguán, un patio y una reducida sala con pobre ajuar, y luego otro patio, entrando después en una estancia, situada, como la anterior, apenas sobre el nivel del piso de la calle y que tendría las mismas dimensiones que la otra, pero donde en seguida

se echaba de ver que eran más y de mejor cualidad los muebles.

La madre de A-dú colocó su farolillo sobre una mesa, y encendió en seguida un par de lámparas de petróleo puestas sobre repisas contra la pared, y las velas de otro par de fanales de cristal y negra madera tallada, con muchos flecos y abalorios, que colgaban del techo.

Entonces—mientras la china recogía, liaba y arrinconaba las mantas, las tellizas y el delgado colchón que le servían de lecho, extendidos sobre el *k'ang*, ó sea gloria ó hueco estrado de ladrillos con lumbre dentro, que había en una á modo de alcoba ó de nicho, en el fondo de la habitación—el *yankee* y el judío pudieron contemplar despacio cuanto los rodeaba.

Nada de particular tenía el cuarto ese, cuyos muros y techo blanquecinos, suelo de baldosas, estrechos ventanucos de papel con enrejado de varillas coloradas, y general aspecto de suciedad, eran semejantes á los de cualquier otra modesta casa china. En cambio, los enseres que llenaban la estancia llamaron poderosamente la atención de los dos aventureros.

—No está mal alojada la vieja—dijo Lœwe, con una risilla fisgona.—Se conoce que no es sólo ropa lo que ha birlado A-dú en sus correrías por la ciudad indígena. A su madre le ha traído muebles y chirimbolos que de seguro

len del *yamen* de algún mandarín ó de la casa de un comerciante rico: no son de los que suelen verse en la vivienda de un chino pobre.

Y al mismo tiempo señalaba á Appleby, ora un velador de mármol y palo de rosa, ora unas grandes, incómodas butacas de negra madera con respaldo y asiento de jaspe; ora unos muebles de cajones, de laca negra con embutidos de nácar y marfil, ó de esculpida laca púrpura, algo semejantes á vargueños; ora figurillas de porcelana, y tatarretes de cincelado bronce, y otros lindos cachivaches, todo ello roto, abollado, incompleto, con lañas y encoladuras.

—Sí—contestó Appleby.—A-dú es muy aprovechado; habrá recogido estas cosas acá y acullá, rebuscando en la basura y las ruínas, y las tendrá aquí para ir vendiéndolas cuando salte una ocasión. Quizás piense en hacer negocio con nosotros, y lo de las *musmés* no sea sino un pretexto para traernos á su casa y que nos engolosinen sus tesoros. Pues está fresco, porque cosas rotas y recompuestas, con *mopines*, como dicen los chinos, nadie las compra ya.

Hubo un rato de silencio. La vieja se había marchado del cuarto. Sin duda había ido á avisar á las japonesillas y á aguardar en el portal á Rosa.

¡Qué calor hace aquí y qué tufo!—mur-

muró al fin Lœwe.—Ese *k'ang* encendido, con sus bolitas de polvo de carbón y tierra y sus faginas de leña menuda, sin tiro ni tubería, va á ser causa de que nos asfixiemos... Es menester ser chino para aguantarlo,—añadió después; y dirigiéndose hacia las ventanas, con los cinco dedos abrió cinco boquetes en el papel de cada una de ellas, á fin de que entrase aire puro en la habitación.

En ese preciso momento aparecían por una puerta Rosa y la china, y por otra, enfrente, penetraban, á la fila, cuatro muchachas japonesas. Venían éstas con los ojos hinchados aún de sueño, pero muy sonrientes, con pasos menuditos, dando una el último toque á las pleguras de su vistoso *kímono;* asegurando otra en el moño negro las mal prendidas flores ó peinetas; remetiendo la última las puntas de la ancha faja carmesí que le ceñía el talle.

Una vez dentro del cuarto, puestas en hilera á lo largo de la pared, y volviendo la cara hacia los tres hombres, que las miraban silenciosos y extrañados, las *musmés* hicieron un saludo muy profundo, y dijeron á una, en inglés, con leve y gracioso ceceo:

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches,—contestaron los europeos, y se echaron á reir.

Riéronse también las japonesas, con risa

fantil, argentina, enseñando los dientes que se destacaban muy negros entre los labios pintados de rojo vivo.

Luego una de ellas, la más alta y más bonita, dijo, sin salirse de la hilera y señalándose á sí misma con la ancha, amarillenta mano, de achatados dedos, casi de igual largo todos, y que apoyó, extendidos, sobre las vueltas moradas de su bata de crespón naranja, sembrado de ramilletes azules:

—Me llamo Raku-san,—y tradujo en seguida al inglés su nombre:—La señorita Placer.

—Y yo Yoshi-san, la señorita Bondad,—dijo la siguiente japonesa, un gorgojo saladísimo, cuyo traje ó *kímono* era de color lila con gayas y otros adornos de oro.

—Me llaman Masu-san, Progreso,—añadió la tercera, haciendo el mismo gesto que sus dos amigas. Su *kímono* era escarlata, recamado con grandes flores entre ebúrneas y verdosas.

La última *musmé*, que estaba vestida con un traje de color gris perla, sobre cuyo fondo relucían entretejidas lunelas de plata, dijo á continuación:

—Mi nombre es Waka-san, y significa Juventud.

Appleby exclamó entonces, desternillándose de risa:

-¡Vaya unas pizcas de mujeres! ¡Me las

merendaría las cuatro juntas de un bocado!...— é hizo como si masticara.

Volvieron á reirse las minúsculas *musmés*, pero ya con risa de conejo, forzada y falsa. Medrosicamente se apartaron del hombre aquél, cuya colosal estatura y corpulencia, así como su apoplético afeitado rostro reluciente, de brutal expresión, les inspiraba un terror vago, cierta invencible repugnancia física. Los tres visitantes les parecían á cual más feo, pero, aun así, se inclinaban hacia Rosa y Lœwe, por ser ambos de cuerpo más proporcionado al suyo. A ellos sonreían las cuatro mujeres, á ellos hablaban mimosamente, esforzándose por gustarles y compitiendo para ser elegidas de compañeras. Ninguna hacía caso del *yankee*, quien, muy cargado, después de lanzar una mirada escrutadora á aquellas pobres hembras, echó la zarpa á Raku-san, la agarró por la cintura y, atrayéndola hacia sí, le dijo secamente:

—Tú, conmigo.

Lœwe se había determinado á elegir á Masu-san. Rosa se concertó con Waka-san. La cuarta *musmé*, Yoshi-san, quedó de non, y silenciosa, pero sonriente siempre, salió del cuarto, seguida por la celeste anciana.

A poco, tornó á aparecer la japonesilla sin pareja. Traía, sujeta por las asas, una batea

laca verde, bastante honda, en la cual había una tetera, tacillas, platos y otros cachivaches de porcelana. Colocó la batea por el suelo, en el centro de la habitación, y tornó á salir para regresar casi en seguida con otra batea colmada de tarros de distintas formas y de pipas muy largas y delgadas, con pequeñísima hornilla de metal. Luego, en derredor de ambas bandejas, dispuso varios cojines delgados, con forro de seda bordada, y sacó de una alacena un raro instrumento de música, algo parecido á una mandolina que tuviese tres cuerdas y caja cuadrada.

Terminados estos preparativos, Yoshi-san y las otras tres *musmés* se arrodillaron sobre los cojines, haciendo señas á los hombres de que tomaran sitio á su lado. Rosa, Lœwe y Appleby se sentaron en seguida, á la turca, con las piernas cruzadas, cada cual á la vera de su elegida amiga. Entonces las japonesas comenzaron á remover los trastos que había en las bateas, á cocinar y á servir á los europeos, en las tacillas diminutas y sin asas, un té exquisito y aromático. En otras tacillas vertió Rakusan cierto líquido que había en una jarra, y dió de beber de él á sus huéspedes, principiando por Appleby, á quien, para explicarle lo que era aquello, por si no lo sabía, dijo, poniendo un dedo sobre el borde de la taza, y sonriéndose con expresión muy dulce:

—*Saki.*

—Una bebida japonesa, que se hace con arroz—añadió Lœwe.—Es cosa buena... y que emborracha.

Appleby, con desconfianza, paladeó un sorbito de la bebida. Después, de golpe, se echó al ccleto lo que en la taza quedaba, tendió ésta á Raku-san y gruñó, lampando de puro gusto:

—¡Más!

Sirvióle la japonesa y dijo á la vez:

—Ahora, para divertir á los señores, mientras beben y fuman, Yoshi-san bailará. Lo hace con gran primor. Yo seré la música.

Raku-san tomó el instrumento, le templó y comenzó después á tañerle con una especie de espátula grande, de forma triangular y provista de mango. Arrancaba á las cuerdas sonidos agudos y roncos, que parecían el mayar de un gato triste. El ritmo de aquella música era un ritmo extraño, saltarín á la par que melancólico, monótono como el cantar de un grillo, como el caer del agua de una fuente.

Yoshi-san se había puesto de pie. En la mano tenía un abanico de varillas de bambú, con país de abigarrado papel, donde se veían crisantelmos por un lado, por el otro una campiña japonesa, con el nevado monte Fushi-yama. Su cabecita estaba erguida, el rostro sonriente. Por debajo de la orla del *kímono* asomaba

pie, dentro del grueso calcetín de lana blanca, dividido por la punta en dos bolsitas: una para el dedo gordo, otra para los demás dedos. Yoshi-san, según costumbre japonesa, no llevaba sandalias dentro de casa.

De pronto, la *musmé* se puso á bailar. Su danza era cosa sumamente original y que algo tenía de mímica y también de violento ejercicio gimnástico ó de volatinera. A compás del agria, extravagante música, Yoshi-san iba trenzando con los pies pasos airosos, girando á veces sobre sí misma, dando otras sucesivos brincos, haciendo gráciles movimientos, adoptando elegantísimas posturas, cimbreando el cuerpo con mucho garbo, y valiéndose del abanico para dar más coqueta bizarría á sus distintas actitudes. Pero, á deshora, entre esas figuras, lindezas y primores de lozana y juvenil muñeca viva, se deslizaba ya un gesto símico, ya un ridículo contoneo, ya un chusco ademán de bicho torpe y raro. La que, en el revuelo y flamear de sus ropas de joyante seda lila con vislumbres áureos y purpúreas vueltas, semejaba fantástica, animada flor mecida por el viento, se trocaba entonces á los ojos de sus europeos espectadores en grotesca mona de organillo, haciendo piruetas, arrebujada en una bata de muchos colorines. Mas esa visión de mona sal-
[illegible] duraba apenas imperceptible lapso. En

seguida recobraban infantil gallardía los movimientos de Yoshi-san, y ésta tornaba á parecer flor viviente, graciosa bailarina oriental, llena de exótico y misterioso hechizo.

Agitaba la *musmé* el cuerpo entero. Su talle flexible ondulaba con sinuosidades de serpiente; sus brazos, saliendo desnudos de las mangas largas y flotantes, ora parecían abrirse y acombarse para recibir á algún invisible enamorado, ora se reunían por cima de la cabeza ó se enarcaban sobre la cintura, semejantes á las asas de esbelto jarrón polícromo, y ora se extendían rectos, á manera de alas de un pájaro multicolor que se cierne en el vacío. Y cuando, al girar velozmente Yoshi-san sobre sus pies, desde la faja negra que le ceñía las caderas hasta la fimbria de su *kímono* se ahuecaban y esparcían los pliegues de éste, veíase á veces aparecer y desaparecer de pronto, por cima del blanco calcetín, un trozo de pierna amarillenta, enjuta, falta de pantorrilla.

Tan sólo el rostro de Yoshi-san permanecía quieto, siempre con la misma expresión risueña y tranquila, sin que en él se traslucieran la fatiga ni la dificultad del baile. Debajo del complicado y reluciente edificio capilar, compuesto de tres cocas negras, que se alzaban sobre las sienes y la frente, y de un alto moño del que surgían esmaltadas piochas y lar

agujas de cobre y flores de papel, aparecía la menuda carita de Yoshi-san, carita de muñeca, empastada de blanco y rosa, y donde resaltaban las retocadas finas cejas, la boca pintada de carmín, en forma de corazón, y los oblicuos ojillos de azabache, en los cuales se habían refugiado la viveza y la malicia que, cuando no bailaba la *musmé*, bullían en todas y cada una de sus entonces móviles facciones.

A Appleby no se le daba una higa de tanta gentileza y tanta habilidad coreográfica. Yoshi-san era demasiado chiquitina y delgaducha para interesarle. Tenía él los ojos golosamente fijos en la japonesa tañedora, mujer más alta y más gordita que sus compañeras, y, sin decir palabra, cachazudo y quieto, se preparaba al amor con frecuentes libaciones de *saki*, bebida cada vez más de su gusto.

El peluquero, como buen italiano, tenía sus puntas y ribetes de artista y se entusiasmaba por lo contrario con la bailadora, expresándole su satisfacción á grandes voces, en muy significativos términos. Mas no por eso dejaba de ocuparse de su pareja, la linda Waka-san. Esta había dado flechazo á Rosa, quien, con gestos de tenor cursi cantando una romanza, la piropeaba y acariciaba melosamente. Waka-san no entendía jota de todo aquello, y, pareciéndole todo aquello tan extraño como ri-

dículo, se reía sin cesar, mientras, por hacer algo, preparaba y encendía y volvía á preparar y encender de continuo la diminuta pipa japonesa en que su señor del momento, en dos ó tres chupadas, se fumaba un tabaco de acre perfume y singular sabor.

Lœwe se comportaba de muy distinto modo. No le daba ni por la bebida ni por lo sentimental. Sin embargo, se divertía mucho, á su manera: había encontrado un sér más débil que él á quien atormentar sin peligro para su ruín persona. Sus ojos centelleaban con malignidad, en su boca se dibujaba una sonrisilla cruel y de su garganta surgía un rumor raro, semejante al cloquear de una gallina. Apenas instalado por el suelo, para presenciar el baile, al lado de Masu-san, comenzó por encender un cigarrillo y entretenerse en soltar el humo en la cara de la *musmé*, á fin de verla parpadear y restregarse los ojos doloridos. Luego, como la *musmé* no se quejara, sobrellevando estóicamente el humazo que se le infligía, discurrió Lœwe, por variar de placeres y oirla exhalar alguna lamentación, ponerse á pellizcarla cazurra, ferozmente, en los brazos y las piernas. Tampoco rechistó entonces Masu-san. Se limitaba á rehuir los pellizcos con el cuerpo, pero no ya impasible, sino asustada, con la cara compungida y en la boca las arrugas de quien repri

pucheritos. Alegróse con esto Lœwe y prosiguió en su tarea de dar tormento á la japonesa, agarrando una pierna de ésta por el tobillo y poniéndose á hacerle muy suavemente cosquillas en la planta del pie, á través del calcetín de lana burda. Masu-san se estuvo un rato muy quieta, dejándose hacer, como pobre hembra acostumbrada y resignada á los brutales caprichos de rufianes europeos. Pero los nervios de Masu-san no eran del todo japoneses. En las venas de Masu-san corría algo de sangre de hombre blanco, y sus nervios, al fin y á la postre, no pudieron resistir aquel lento, continuo, irritante cosquilleo. Su pie se crispó, y ella sacudió la pierna convulsamente para desasirla de las garras de Lœwe. Pero Lœwe la tenía bien trincada y no soltó la presa. Siguió haciendo cosquillas con las uñas á la *musmé*, regocijadísimo de verla padecer al cabo, riéndose de las contorsiones de ella, mirándola con ojos relumbrantes de lujuria y crueldad. Masu-san, como loca, se arrastró entonces por el suelo, gritó, dió un par de patadas, logró zafarse de las manos que la querían sujetar, y poniéndose de pie, huyó fuera del cuarto, por una puertecilla abierta en el fondo. Lœwe, soltando un taco, echó á correr en pos de su víctima y salió tras ella de la habitación.

Wachi-san había dejado de bailar. Raku-san

ya no tañía. De las manos de Waka-san se cayó la pipa que tenía entre los dedos. Las tres *musmés* se miraban atónitas, asustadas.

Appleby plácidamente murmuró:—¿Qué es esto? ¿Por qué se interrumpe el baile? Prosígase la juerga y no nos ocupemos de ese par de tórtolos, que yo no he concluído de beber.

Pero las *musmés* no le hicieron caso. Seguían paradas, mudas.

De pronto oyóse un chillido agudo en la habitación vecina, el estrépito de un puchero que se cae y se hace añicos, y el rumor argentino de objetos de metal rodando por las losas. Después reinó el silencio.

Appleby aguzó el oído. Su cara mudó de expresión. Miró á Rosa, y luego á las *musmés*, que parecían más asustadas que nunca.

—Se me antoja que es cosa de ir á ver lo que ocurre al judiillo,—murmuró el americano. —A dinero suena lo que rodó. Vamos allá.

Y Appleby, levantándose pesadamente, tomó una de las lámparas de petróleo y, seguido por Rosa y las *musmés*, entró en el cuarto donde estaban Lœwe y Masu-san.

## III

La luz de la lámpara de Appleby, disipando la obscuridad del cuarto, iluminó la siguiente escena:

Masu-san estaba de pie, en un rincón, donde había un rimero de trastos sucios y rotos. La japonesilla gimoteaba, se restregaba un codo, que parecía dolerle mucho, y contemplaba á la vez enorme siete abierto en su diapreado *kimono*. Cerca de ella, á gatas por el suelo, entre ceniza, basura y los esparcidos fragmentos de lo que poco antes había sido una especie de olla grande de barro, se veía á Lœwe, vuelto de espaldas á la puerta por donde entraban sus compañeros y recogiendo y echándose precipitadamente á los bolsillos una infinidad de objetos relucientes que sobre las baldosas estaban desparramados.

Al oir pasos y ver la luz, Lœwe se volvió hacia la puerta y, siempre á gatas, con gesto avinagrado, expresión confusa, como de persona á quien viene alguien á estorbar ó sorprender en momento inoportuno, dijo:

—¿Qué hay? ¿A qué vienen ustedes aquí?

—¿Qué hay?—exclamó Rosa, parodiando la

entonación del judío.—Eso preguntamos y venimos á averiguar.

—Averiguado está — añadió Appleby con una risita zumbona, y al propio tiempo colocó la lámpara sobre una mesilla en tenguerengue que había en el centro del cuarto.—Sin duda por judío, amigo Lœwe, es usted zahorí. Flechado, en la obscuridad, ha ido usted á dar con un tesoro. ¡Miren qué suerte!... No, no: si es inútil que lo niegue usted—continuó diciendo el *yankee*, riéndose más y más, al ver la mueca de contrariedad que hacía Lœwe.—Su actitud de usted, los restos de ese puchero, donde había cenizas, entre las cuales estaría oculto lo que anda usted recogiendo, y además el traidor retintín de los lingotes de plata al rodar por el suelo, todo nos revela á las claras lo que aquí pasó en las tinieblas.

—Bueno, ¿y qué?—refunfuñó Lœwe, y siguió recogiendo barritas y rieles.—Aunque sea verdad, que no lo niego, esto es buena presa, pues sin duda lo robaron la vieja y A-dú en otra parte. Ya era hora de que me cayera alguna ganga.

—Buena presa es—interrumpió Appleby.—Aquí lo declaramos los tres juntos, reunidos en tribunal; pero no para usted solo, Sr. Lœwe. Aquí hemos venido juntos los tres, y juntos hemos de participar de lo bueno ó malo que nos depare esta noche la suerte. Hay, pues,

que repartir la plata esa en tres tomas iguales. Yo me encargo de ello.

Lœwe se levantó de un brinco, y, con la cara convulsa, centelleantes los ojos de ira, abrió la boca para protestar; pero Appleby le agarró por un brazo, le sacudió violentamente, é irguiendo uno de sus temibles puños sobre la cabeza del judío, exclamó:

—¡Basta de bromas, granuja! Aquí se hace lo que yo mando. Suelta el dinero sobre esa mesa, ó si no, te quedarás sin nada.

Lœwe, mudo, pálido, acobardado, encogió los hombros debajo de aquel puño amenazador, y, soltando suspiros, con manos trémulas, fué poniendo sobre el veladorcete cuanto había guardado en los bolsillos. Appleby le vigilaba y le registraba cuidadosamente para que no hnbiera engaño. Entre tanto Rosa, agachándose, rebuscaba por el cuarto, debajo de los muebles, en todos los recovecos, entre las cenizas, y al hallar algún lingote, alguna moneda, ó algún tosco zueco de plata, de los que los chinos llaman *sicees*, le iba añadiendo al montón que relucía en la mesa, sobre la laca verde, herido por los rayos de la lámpara.

Las cuatro *musmés* miraban todo aquello sin moverse. Masu-san, llorosa, en su rincón; sus tres compañeras, calladas, con aire compungi- desde el quicio de la puerta. Entre dos de

ellas asomaba el rostro arrugado de la vieja china, la cual, en oyendo el barullo, había acudido inquieta, y, alzándose en puntillas sobre sus estrujados, inverosímilmente menudos pies, sin atreverse ni siquiera á rezongar, tembloro-sa y despeinada, con las ropas en desorden, contemplaba cómo sus huéspedes la despojaban de lo suyo.

Vaciadas las faltriqueras de Lœwe, terminada la búsqueda de Rosa, Appleby procedió al reparto. Con bastante equidad, en un periquete, hizo tres pirámides con la plata, sompesando cada lingote y cada *sicee* antes de colocarle en uno ú otro montón. Luego tasó y distribuyó, á ojo de buen cubero, y no sin que esto diera lugar á alguna discusión entre los tres compinches, las varias raras joyas de oro y pedrería, tales como pulseras, tembleques, broches y cintillos, que en la vasija habían tenido ocultos A-dú y su venerable madre.

Hecho el reparto, cada cual de los tres hombres guardó lo suyo.

Appleby y Rosa se palpaban gozosamente los hinchados bolsillos, sonriéndose y mirándose con ojos en que brillaba la codicia satisfecha. Lœwe, al parecer resignado con lo que en su fuero interno calificaba de despojo, hacía relucir á la luz de la lámpara los ópalos y esmeraldas de una de las joyas que le habían to-

cado en suerte y les echaba vaho encima y los restregaba luego contra su manga para sacarles brillo y limpiarlos de ceniza y mugre.

Al fin, Lœwe, dominada su emoción, rompió el primero á hablar:

—No era malo el escondrijo elegido por la china para guardar sus hurtos. Jamás hubiera yo entrado en sospechas de que esa olla, tan al descuido puesta en un rincón, encerrase cosa oculta y de algún mérito. ¡Dichosa casualidad la que me hizo dar un tropiezo y derribarla!

—¿No queda nada debajo de los muebles? —preguntó Appleby, echando una mirada circular por el suelo de la habitación.

—Nada queda—contestó Rosa.—He registrado bien.

—Aquí, nada—añadió Lœwe;—pero... ¿será éste el único depósito de la china?

Los tres hombres se miraron. Su codicia estaba otra vez despierta.

—Habrá que registrar toda la casa,—murmuró Appleby, bajando la voz.

—¡Sí, á ello!—contestaron sus dos amigos. Y Lœwe repuso mientras cogía la lámpara y echaba á andar:

—Bueno será no perder de vista á estas mujeres; alguna pudiera intentar fugarse y avisar al vecindario.

¡Cá! no hay peligro—respondió Appleby.

—La china apenas si puede hacer pinitos lentos sobre sus destrozados pies, y sabe que al tratar de huir le echaríamos la zarpa encima antes de que diera cuatro pasos. Y si se le antoja gritar, que grite, pues los chinos son demasiado cobardes para venir á meterse en un berengenal, y los centinelas andan lejos de aquí. En cuanto á las niñas, como la cosa no va con ellas, ¿á qué les conduciría el escaparse?

—Sí, sí: todo eso está muy bien, Appleby —replicó el judío;—pero, de todas suertes, crea usted que lo mejor y más prudente será empujarlas delante de nosotros: las japonesas para que nos sirvan de intérpretes con la china; y la china porque quizás se trasluzca en su cara si andamos cerca ó lejos de sus escondites.

—En todo piensa este demonio de hombre, —dijo Rosa.—Ea, vamos á ello.

El registro comenzó por la habitación donde se había roto la olla. Luego pasaron sucesivamente los tres bandidos á otras piezas, llevando delante de sí, á empellones, á las cinco mujeres, que no se atrevían á abrir la boca sino para responder á las preguntas que formulaban aquellos hombres, haciendo las japonesas de truchimanes y contestando siempre la china, con mucho lloriqueo y muchas gesticulaciones, que lo de la olla era un depósito de un amigo, un prendero que había huído de Tientsin, y q

ella no tenía cosa alguna más de valor en su domicilio.

Pero, sin reparar en las protestas de la china, seguían los aventureros registrándolo todo minuciosamente. Rosa y Appleby procedían un poco al buen tun-tun, dando barzones por los cuartos, abriendo aquí un cajón, descubriendo allí un lío de ropas, escudriñando acullá las tablas y profundidades de una alacena. Lœwe, en cambio, usaba mucho método en sus rebuscas. Lámpara en mano, pasaba de mueble á mueble, abría una por una todas las gavetas, sacaba de ellas cuanto contenían y lo examinaba, no dejaba rincón obscuro ni posible escondrijo sin registrar, y hasta volcaba los pucheros y jarrones, y levantaba los ladrillos sospechosos.

Así, recorrida en vano toda la casa, llegaron por último aventureros, china y *musmés* á una pieza donde no había casi más enseres que cuatro colchoncitos alineados contra una pared, con sendas acolchadas tellizas y sendos rollos de crin y tela, los cuales hacían las veces de almohada. Aquello era el dormitorio de las japonesas.

En tanto que Lœwe y Rosa revolvían trajes en un armario, Appleby, que estaba mohíno por el mal éxito de sus investigaciones, se acordó pronto que se habían quedado sin exa-

minar los numerosos muebles de la sala donde él bebiera *saki* y bailara Yoshi-san. Agarró entonces á Yoshi-san con una mano, con la otra á la celeste vieja, y, arrastrando casi á las dos mujeres, se fué con ellas del dormitorio.

Lœwe, impaciente ya, había dejado á Rosa el cometido de seguir mirando en el armario, donde presentía instintivamente que nada de provecho se encerraba. Huroneaba por el cuarto, en busca de algún otro mueble ó escondite para escudriñarle, cuando se fijó en una especie de caja ó maletilla de blanca piel de cerdo, arrimada á la pared en un rincón sombrío. Allá se fué, disparado como un rehilete, y, arrodillándose, de un tirón hizo saltar la no muy sólida cerradura de la maletilla. Las tres *musmés* habían seguido á Lœwe, y al verle revolver el contenido de la maleta, y echarse al bolsillo algunas alhajas y dos ó tres rollos de pesos mexicanos, envueltos en papel, empezaron á gritar quejumbrosamente: ¡eso es nuestro! ¡eso es nuestro! llegando Waka-san al extremo de atreverse á asir al judiillo por los hombros para apartarle de allí.

Rosa acudió corriendo al oir las voces.

—¿Qué ocurre?—preguntaba.

—¡Eso es nuestro! ¡Eso es nuestro!—repetían llorando las *musmés*.

Rosa comprendió lo que sucedía. Vol-

entonces hacia Lœwe, que se había levantado, y le dijo con tono amenazador:

—Lo de las japonesas no se toca. Son aliadas nuestras. Pronto, Lœwe, devuelva usted lo que les ha tomado. No consiento que se las despoje ni de un alfiler.

—Yo hago lo que me da la gana—se atrevió á contestar el judío, que palpaba jubilosamente en una faltriquera los rollos de pesos mexicanos.—Si usted no quiere parte de este botín, me quedaré con todo él. Mayor provecho para mí.

Pero Rosa, furioso, agarró al judío por el hombro y, forcejeando con él, le vació los bolsillos de cuanto contenían, entregando á Waka-san los rollos de pesos y las alhajas que ella le señaló como suyas ó de sus compañeras.

—¿Queda algo por devolver?—preguntó Rosa, y á la vez echaba una ojeada al judío.

—Creo que nada,—contestó Waka-san.

Rosa no atendió á lo que le decía la *musmé*. Había visto algo que brillaba entre los pliegues del pantalón bombacho y la bota izquierda de Lœwe. Este, al notar la dirección de las miradas del italiano, había echado el cuerpo atrás, poniéndose á la defensiva. Rosa se precipitó sobre él, y los dos hombres volvieron á bregar, luchando Lœwe con muchos bríos, cosa rara como si se tratase de salvar la vida.

Pero no le valió la resistencia. Podía más el peluquero, quien, al fin, logró asir con la punta de los dedos el objeto brillante que asomaba por el orificio de la bota, y, tirando de él, sacó al aire una sarta de perlas imperfectas, pero de gran tamaño y hermoso oriente.

—¿Qué es esto? ¿A quién pertenece?—preguntó Rosa, y agitó la sarta por cima de su cabeza, mientras Lœwe saltaba en vano, con grotescas contorsiones, engarabitando los dedos, para recuperar la joya.

—¡Es mío! ¡es mío!—gritó por fin, exasperado, el israelita.—Devuélvemelo, ¡tunante! que no es de las japonesas. ¡Lo hallé en la olla!

—¿Con que lo hallaste en la olla y lo guardaste para tí solito, eh? ¡Ah ladrón, ladrón, ladrón!—rugió Rosa, y, metiendo la sarta en el bolsillo, se tiró por tercera vez sobre Lœwe, le acogotó, le derribó de una zancadilla por las losas, le plantó luego una rodilla sobre el pecho, le sujetó ambas manos con la suya izquierda y se puso con la derecha á abofetearle. Caían los golpes sin cesar, recia, rítmicamente, como un martillo sobre el yunque, resonando en las mejillas fofas del judío, que soltaba espumarajos por la boca, cual un sapo venenoso, y se retorcía, gritaba, lloraba y hacía muecas de dolor.

—¡Basta, basta!—murmuraron al fin las tres *musmés* compadecidas.

Pero Rosa estaba fuera de sí. Sentía además extraño gusto en zurrar la badana del judío, y los bofetones siguieron cayendo implacablemente, con brío renovado.

Mientras, en el extremo opuesto de la casa, Appleby, sin soltar á Yoshi-san ni á la vieja, revolvía con la mano libre cuantos cajones había en la sala del baile. Como no hallase nada de su gusto, poco á poco fué enfureciéndose. Entonces esparció las ropas por el suelo, aporreó los muebles, haciéndolos saltar hechos astillas, derribó jarrones, lanzó por el aire, contra las paredes, donde se estrellaban, tatarretes y muñequitos. Un frenesí de destrucción se había apoderado de él. La habitación estaba salpicada de tiestos rotos, de trapos hechos jirones, de cascos de porcelana y jade. Al fin se detuvo el *yankee* para resollar y miró á las dos mujeres, que lloraban, gimiendo de terror.

—¿Dónde está el dinero?—dijo Appleby á Yoshi-san.—Pregúntaselo á la vieja. Que lo diga de una vez, ó si no...

Yoshi-san, entre sollozos, habló á la china y la china contestó.

Se entendían difícilmente, pero se entendían al fin y al cabo. La respuesta de la vieja fué la ıa de siempre. Nada podía entregar porque

nada tenía. Los señores se habían apoderado ya de lo único de valor, y no era de ella, que en la casa había. Suplicaba á los señores que la creyesen, que no le hicieran daño.

Pero Appleby siguió repitiendo tozudamente:

—¿Dónde está el dinero? ¿Dónde está el dinero?—y sacudía á Yoshi-san y á la vieja.

Estas, sin dejar de llorar, hablaban y se lamentaban juntas, retorciéndose las manos, encorvando el lomo debajo de los empellones.

De pronto Appleby soltó á la china, y volviéndose hacia Yoshi-san, le dijo con el ceño fruncido y mirar torvo:

—Tú me engañas. Estás de acuerdo con esa bruja,—y, sin esperar la respuesta de Yoshi-san, la trincó por el moño, la levantó en vilo y la tuvo un rato así, mientras la infeliz japonesilla se retorcía de dolor, lanzando gritos agudos, que más tenían del gañir de un perro que de quejas de sér humano. Luego Appleby la soltó de golpe. Yoshi-san cayó á sus pies, hecha un ovillo, con las ropas descompuestas.

El *yankee* se había vuelto hacia la china, quizás para infligirle igual suplicio, y ya alargaba el brazo para cogerla, cuando se detuvo en su ademán, aulló á su vez de dolor, de ira y de sorpresa, y volvió á mirar á la japonesilla. La japonesilla, por venganza, rabiosamente, le había hincado los dientes en un muslo. L-

rida manaba sangre y manchaba el pantalón.

Appleby, de un puntapié, hizo rodar lejos de sí á Yoshi-san. En seguida echó mano al cinto, sacó de él un enorme cuchillo jifero y, blandiendo el arma, se precipitó sobre la *musmé*, rugiendo á un tiempo:

—*¡Damn the woman!*

Yoshi-san se había levantado de un brinco. Al ver venir á aquel hombre, abrió la puerta que daba al patio, echó á correr, salvó de un par de botes, llevada en volandas por el miedo, la distancia que la separaba del portalón, descorrió sin saber cómo los cerrojos, y antes de que la alcanzase el *yankee*, desapareció por el descampado, en las tinieblas de la noche.

Appleby, que no era muy ligero, al llegar á la calle, se detuvo un punto para ver si divisaba á la *musmé*. Parecióle oir ruido de faldas hacia la derecha, y, á ciegas, corriendo pesadamente, botando en las escabrosidades del terreno, resbalando en la nieve y sobre el escarchado, endurecido lodo, persiguió á su víctima. A los pocos pasos, Appleby dió un tropezón y cayó de bruces en la obscuridad. Su cuchillo rodó por el suelo; se esparcieron, resonando, las monedas, lingotes y joyas que contenían sus bolsillos. Al levantarse notó Appleby que se había lastimado un pie, y, renunciando entonces á perseguir á la japonesilla,

lanzó una blasfemia y se puso á tentar la tierra en derredor suyo, para recoger su desparramada parte del botín.

Pero Yoshi-san no se había hecho cargo de que ya no la perseguía el *yankee*. Trastornado el juicio, enloquecida por el miedo, sin saber á dónde iba, con el moño deshecho y batiéndole las espaldas, arremangado el *kimono* para correr mejor, Yoshi-san huía, huía velozmente, dando tumbos, en la negrura de la noche, azotado el rostro por el viento frío. Por fortuna, la lana de sus calcetines le impedía mucho el resbalarse. Yoshi-san no se cuidaba de traspiés ni desgarrones, de obstáculos ni guijos. Seguía corriendo, hostigada por su imaginación, que le fingía detrás de ella un cuchillo enorme agitado por una mano más enorme aún.

Repentinamente parecióle á Yoshi-san que un bulto blanquecino surgía de las sombras á unos veinte ó treinta pasos delante de ella; creyó oir una voz que gritaba algo que ella no entendía; vió como un relámpago y oyó un disparo. Entonces pegó un bote, torció bruscamente hacia la izquierda, y apretó á correr más de prisa que antes. Un par de minutos después Yoshi-san veía á su derecha otro bulto y otro relámpago, oía otra voz y otro tiro. Y como bicho montaraz á cuyos alcances va una jauría, la acosada Yoshi-san torció otra vez hacia la izq'

da y siguió corriendo en la obscuridad. Pero ya perdía el aliento, ya flaqueaban sus piernas.

Poco á poco tuvo que aminorar la rapidez de su carrera, y, por último, renqueando y al paso ya, se metió por entre unas ruínas, trepó y bajó luego unos montones de piedras, abrió una puerta y se paró en lo que adivinaba ser una habitación vacía. Levantando los ojos vió, entre paralelos listones completamente negros, otras rayas negras también, pero más claras. Aquello debía de ser el cielo visto entre las vigas de una casa destejada. Si la perseguían aún, pensó Yoshi-san, sus perseguidores debían de haber perdido la pista. Estaba segura. Y Yoshi-san, jadeante, se echó en un rincón, contra dos paredes húmedas, y allí se estuvo quieta, acurrucada, con los ojos abiertos en la obscuridad, sin pensar en cosa alguna, anhelando únicamente que llegara el día.

Al cabo de un rato Yoshi-san comenzó á sentir frío. Su *kimono* ligero apenas si la abrigaba. Sus miembros ya se entumecían. Pensó en levantarse y en andar un poco, muy quedamente, sin meter ruido. No quería morir transida, pero tampoco quería exponerse á que la descubrieran. Al incorporarse, apoyando una mano en la pared, sintió un dolor agudo en un hombro. Se le iba la cabeza; tuvo que volver ·ntarse. Algo repuesta, tentó el hombro do-

lorido con la mano del otro brazo, y el hombro le dolió más. Retiró la mano, húmeda, y la acercó á la boca, pasando la lengua por ella. Sabía á sangre. Yoshi-san comprendió que estaba herida; que alguno de aquellos bultos con quienes se había encontrado, centinelas sin duda, al disparar, le habían metido una bala en el cuerpo. Y Yoshi-san volvió á llorar, desconsoladamente, en silencio, durante largo rato, sin rebullirse.

Pero al fin no pudo más de frío. Tiritaba de pies á cabeza. Tenía las extremidades arrecidas. Sin dejar de llorar, hizo nuevo esfuerzo y logró levantarse. Andando de un extremo á otro del cuarto, apoyada en la pared, se puso á reflexionar. Su conducta había sido disparatada. Sí, sí: ahora lo veía claro. Debía de haberse detenido cuando le salió al encuentro el primer centinela. Antes de que la alcanzara su perseguidor, hubiese tenido tiempo de contestar al soldado, de llamarle para que éste la protegiera contra la ferocidad del hombre del cuchillo. ¿Qué hubiera pasado entonces? Pues nada: que ella y el hombre del cuchillo, ó ella sola, si el hombre no parecía, hubieran ido á parar á un cuerpo de guardia, y allí se hubiese explicado todo, quedando ella en salvo.

No cabía duda. Eso era lo que tenía que hacer: salir despacio de su escondite, caminar s

prisa y derecho hasta topar con un centinela, contestar tranquilamente al ¡alto! y dejarse llevar luego á donde el centinela quisiera. Acaso, por dicha, el centinela sería japonés. Esta última reflexión acabó de animar á Yoshi-san á acometer semejante empresa.

La *musmé*, palpando la pared con el brazo que no tenía herido, recorrió el cuarto hasta dar con la puerta por donde había entrado en él, la cual puerta, al entrar, había cerrado tras de sí. Volvió á abrirla, bajó un par de escalones, y se encontró en un patio y entre cuatro tapias desmoronadas. Sus ojos, hechos ya á las tinieblas, discernían bastante bien las cosas. Pero Yoshi-san no se acordaba por qué brecha de las tapias había trepado al penetrar en la chinesca vivienda abandonada. Después de todo, el caso no tenía importancia. Lo mismo daba salir por un lado que por otro. En cualquier dirección encontraría centinelas, pensó Yoshi-san, y traspasó sin demora una de las tapias, por la brecha que le pareció más ancha.

Del otro lado de la brecha había un talud cuyo declive era algo pendiente. Por él bajó Yoshi-san, agarrándose á unos arbustos secos, y no sin dificultad, porque el brazo herido le dolía mucho y no podía valerse de él. Al llegar al pie del talud, y volviendo la cara hacia el lado opuesto, Yoshi-san juzgó que se hallaba

en algún ancho descampado. Una superficie lisa, perfectamente plana y cubierta de nieve, se extendía delante de ella y también á su izquierda y su derecha, limitada hacia atrás por el talud, sobre la rectilínea largura del cual, destacándose en más negro contra la negrura de la noche, se recortaban algunos paredones y tejados. Allá á lo lejos, enfrente, al otro final del descampado, por cima de otra obscura mancha de tierra y construcciones, se veían brillar en alto dos lucecitas separadas, roja la una, la otra verde. Yoshi-san se hizo entonces cargo de donde estaba. Las luces eran las de la estación del ferrocarril; el suelo que pisaba, lo que había tomado por una llanura cubierta de nieve, era la superficie helada del río Peihó. Había errado el camino. Era preciso volverse atrás, trepar el talud y salir de la casa por otra brecha.

Yoshi-san comenzó á subir por el declive. Andando casi á gatas, apoyándose en ambos pies y en el brazo sano, la *musmé* llegó á media cuesta. Allí se detuvo un rato para tomar aliento. Aún le quedaba lo más pino por subir. La cosa no era fácil, porque el piso estaba cubierto de escarcha, y los calcetines de lana de Yoshi-san, los cuales se habían empapado de agua y barro y nieve, no le servían ya para no resbalarse. Yoshi-san, sin embargo, emprendió

otra vez la tarea de gatear por el talud arriba. Dió tres ó cuatro pasos y alargó los dedos de la mano sana para coger las ramas de un arbusto que veía á poca distancia por delante. Ya había agarrado el extremo de unos vástagos y tiraba de ellos para auparse un poco más, cuando sintió que se resbalaban sus pies y cayó de bruces. Manoteó en el aire, procuró desesperadamente asirse á las asperezas del terreno, pero todo fué inútil. Yoshi-san rodó como una pelota cuesta abajo.

Hubo un crujir de hielo, un salpicar de agua, y Yoshi-san se hundió en el profundo río. Pateó, volvió á manotear, estorbada en sus movimientos por las ropas que se pegaban al cuerpo, por el agua que se le metía en la boca y las narices. Le zumbaban las orejas. Se sintió empujada hacia arriba, y su cráneo rozó con una superficie dura, lisa, interminable. Las manos de Yoshi-san se crisparon contra el hielo, sin hallar boquete. Abrió los labios para respirar, tragó más agua y perdió el conocimiento.

Y así, la señorita Bondad, Yoshi-san la *musmé*, ya muerta, fué arrastrada por la corriente del Peihó, debajo del hielo, hundiéndose poco á poco hasta quedarse detenida en el fondo cenagoso del río, entre los restos de un junco viejo y los cadáveres de un par de boxers.

# LA ESFERA PRODIGIOSA

# I

Casi seguro estoy de que lo que aquí me propongo referir no ha de merecer crédito alguno á quien lo lea. Una vez leído, se dirá sin duda que es una patraña, más ó menos ingeniosa, inventada y escrita por mí para pasar entretenidamente un rato, y con la pretensión, quizás muy infundada, de que quien lo lea pase también un rato entretenido.

Esto me mueve á declarar, á guisa de proemio, que yo no he inventado nada de lo que aquí relato, sino que lo relato tal y como lo oí de boca de un amigo mío, sujeto que me juró solemnemente haber sido testigo presencial del rarísimo y misterioso lance de la esfera, y persona á quien siempre tuve, y tuvieron cuantos la conocían, por muy formal y por tan verídica como falta de la imaginación necesaria para urdir un complicado embuste.

Y como ese lance, soñado ó real, me parece ertido y curioso, pasaré, sin más preámbu-

los, á ponerle por escrito, ateniéndome estrictamente á la relación que me hizo mi amigo, al cual, para designarle con algún nombre y apellido, pues no es cosa de mentar aquí los suyos propios, llamaré Lucas Van Stralen.

Conocíle á los pocos días de mi llegada á Pekín. Era un muchacho de unos veintiocho años, de nacionalidad holandesa, rubio deslavazado, blanco de cutis, con ojos del mismo azul que el de los adornos de la porcelana de Delft, más bien bajo que alto, airoso, fino de modales, algo tímido y muy modosito y muy sensato. Grandes eran sus dotes de observador; su fantasía, escasa. Desempeñaba un destino subalterno en la oficina pekinesa de las Aduanas marítimas del Imperio Celeste, cuya administración está en manos de europeos, bajo la alta dirección del famoso Sir Robert Hart. Tenía aficiones literarias, mucha cultura y la manía, general entonces en Pekín, de coleccionar *bibelots* chinescos. Estas circunstancias y el carácter simpático de Van Stralen me llevaron á trabar amistad con él. Intimamos pronto, y pronto nos hicimos casi inseparables. Terminados nuestros diarios quehaceres respectivos, solíamos salir juntos, yendo el uno á buscar al otro, ora para visitar los templos, palacios y jardines imperiales, ora para recorrer las tiendas de los chamarileros.

En cierta ocasión, allá por el mes de Marzo de 1901, cuando las negociaciones diplomáticas estaban en un período crítico, hube yo, durante unos cuatro días, de andar muy atareado y sin tiempo para hacer de turista ó para curiosear en los tenduchos. Dejé, por tanto, de ver á Van Stralen durante esos cuatro días; pero, llegado el quinto, ya con más vagar, me fuí por la mañana, temprano, á su casa, con ánimo de sacarle de ella y de irnos juntos de parranda por la calle de Ha-ta-men, donde estaban los principales comercios de antiguallas y objetos de arte.

Van Stralen vivía entonces fuera y al nordeste del barrio de las Legaciones, en una casita china, donde se había instalado después del sitio, por haber sido incendiada, á manos de los boxers, la vivienda europea que antes habitara.

Encontré á mi amigo tumbado sobre un diván, en la habitación mayor de la casa, pieza que él había dispuesto para que le sirviera á la vez de sala, despacho y comedor. Noté en seguida que Van Stralen no me recibía con su acostumbrada cordialidad para conmigo. Estaba preocupado y displicente. Nunca le había visto yo así. Apenas si contestaba con monosílabos á mis preguntas. Se negó á salir conmigo de paseo, dándome por excusa que no

tenía humor para nada. Inquirí entonces por su salud. Me respondió que se sentía muy bien.

—¿Pues qué le ocurre á usted?—dije luego á Van Stralen, algo resentido ya por su comportamiento.—¿Ha tenido usted algún disgusto? ¿Le ha ocurrido á usted algo de particular? ¿Le han venido á usted con algún chisme en estos días, desde la última vez que nos hemos visto? Acudía yo aquí creyendo que me iba usted á recibir como antes: con los brazos abiertos. En lugar de eso, usted, que tiene un carácter tan igual y tan afectuoso, me está poniendo cara fosca. ¿Qué motivo he dado yo á usted para que así se porte conmigo?

—Ninguno—respondió Van Stralen, como avergonzado.—Dispénseme usted. No sé lo que me pasa: me siento raro y no lo puedo remediar.

Se calló medio minuto, y viendo que yo le miraba con sorpresa, añadió luego:

—No ha habido chisme, ni yo tengo la menor queja contra usted. Sigo siendo tan amigo de usted como antes. Lo que hay es que me pasa, ó mejor dicho, me ha pasado algo de tan fuera de lo corriente, de tan inaudito y nunca visto, que me tiene como loco... A veces creo que estoy loco... pero no, no lo estoy... Lo que me pasó es tan cierto como que ahora es de día; y sin embargo, si yo lo contara, ¿quién habría de creerme?

—Pero, hombre, ¿qué es lo que ha ocurrido á usted de tan extraño?—dije yo, interrumpiendo á Van Stralen.—¿Por qué no me lo cuenta usted? Así se le quitaría un peso de encima. Además, me tiene usted muerto de curiosidad. Algo de muy singular ha de ser por fuerza lo ocurrido, para sacar de sus casillas á persona tan razonable, tan flemática como usted.

—¡Y de tan singular!—replicó Van Stralen, con una risilla nerviosa que nunca le había oído, y comenzando á pasearse por la habitación.—Por eso mismo no quiero contárselo á nadie. Porque me tendrían por embustero... ó por loco de remate... Nada, nada: no haga usted caso de mí. Voy á hacer un esfuerzo por desechar de mi mente la serie de raras visiones que en ella tengo estampada desde hace cuatro días con sus cuatro noches, durante las cuales no he logrado pegar los ojos ni un minuto. No me cabe duda de que lo que pasó ha sido una realidad, una realidad muy fuera de lo que solemos llamar real, pero realidad al fin y al cabo, y no alucinación ó sueño. Y sin embargo, lo mejor que puedo hacer es convencerme de que ha sido sueño ó alucinación, y desecharlo y olvidarlo como á tal...

Todo esto último lo decía Van Stralen, no ..rigiéndose á mí, sino á modo de solilo-

quio, con la mirada vaga, como si de nuevo estuviera contemplando las visiones que tan desatinado le tenían.

De pronto volvió á mirarme, recobró su fisonomía habitual y me dijo:

—En su cara de usted leo su extrañeza. La comprendo. Tentado estoy de contárselo todo. Su extrañeza de usted de seguro aumentaría entonces; pero quizás yo me aliviaría... Pero no, no puedo. Déjeme usted hoy. Mañana se me habrá pasado esta excitación, borraré de mi memoria lo sucedido, é iremos juntos de paseo á donde usted quiera.

—Cuando usted guste y venga á buscarme, amigo Lucas;—y en diciendo esto me despedí algo friamente de Van Stralen, y salí de la habitación, sospechando si mi amigo habría bebido demasiado la víspera, ó habría fumado opio, ó habría verdaderamente perdido el juicio. No reconocía á mi Van Stralen, tan juicioso y tan sereno. Me le habían cambiado durante los cuatro días últimos.

Al cruzar el umbral de la casa, oí la voz del holandesito, que me llamaba, y le ví venir corriendo hacia mí. Le aguardé. Apenas estuvo á mi lado, tomándome del brazo y llevándome hacia la sala de donde acabábamos de salir, me dijo:

—Lo he pensado mejor. No quiero que

marche usted. Voy á contarle punto por punto lo que me ha sucedido. Necesito desahogarme: así me aliviaré. Pero antes de que cuente á usted nada, ha de prometerme usted, por lo que más quiera, que no referirá á nadie, al menos mientras yo esté con vida, lo que le confíe. Repito que no quiero que me tengan por loco, porque no lo estoy. Otras razones, de que se irá usted haciendo cargo á medida que me oiga, tengo también para ocultar lo ocurrido. Además, mientras hable yo, no me ha de interrumpir usted, por mucho que le pasme mi relación. Terminada ésta, ambos podremos hacer comentarios.

Prometí á Van Stralen guardar el secreto y no despegar los labios mientras él hablara.

Van Stralen me llevó á su sala-despacho, me instaló en el diván, me proveyó de cigarrillos y licores, y permaneciendo él de pie, comenzó á hablar de la siguiente manera:

## II

—El lunes pasado, por la mañana, ví á usted por última vez hasta hoy. El lunes por la tarde me fuí solo á la calle de Ha-ta-men, á ver tiendas de chamarileros y anticuarios.

En casa del vejete chino de las gafas redondas, Hung-Chong creo que se llama, ví un Buda de bronce, de la mitad del tamaño natural, ó un poco menos, y verdaderamente muy hermoso. El héroe divino está sentado, con las piernas cruzadas sobre un lecho de flores de loto que forma el zócalo de la estatua. Admirable es su expresión de soñadora serenidad, de místico arrobamiento; no menos admirables son el modelado de su cuerpo semi-femenino y la elegancia y sobriedad de las pleguerías, adornos y atributos... No busque usted al Buda con la mirada. Le tengo guardado en un armario. Ya sabrá usted por qué y le verá luego. Por ahora, bástele á usted saber que el Buda me encantó, que le compré y que me le traje á casa, colocándole en sitio preferente, en esta sala, sobre la mesa del centro.

El martes, también por la tarde, volví á la calle de Ha-ta-men, y visité varias tiendas de anticuarios. En una de ellas, la de Hung-Chong, estaba ese individuo europeo ó americano á quien usted y yo hemos encontrado por ahí algunas veces, cuya nacionalidad no hemos podido averiguar nunca, que no había visitado ninguna de los Legaciones ni apenas trataba á nadie en Pekín, y que había llamado sobremanera la atención de usted tanto como la mía por su extrema delgadez, sus flotantes

lenas grises, su aspecto algo derrotado, sus raros ademanes y la facilidad, corrección y puro acento con que por acaso le oímos hablar en alemán, inglés, francés, italiano, chino y ruso, en las tiendas de europeos ó celestes donde solíamos encontrarle. Recuerdo que un día dirigió á usted algunas palabras en castellano, y que se quedó usted absorto de lo bien que le hablaba, y que hasta llegó usted á sospechar si el misterioso extranjero sería un español, cosa que no pudo usted averiguar, porque el hombre dió una respuesta ambigua á la pregunta que usted le hizo acerca de si era ó no compatriota suyo. Pues bien: encontré, como decía, á este señor en la tienda del chamarilero, y como le oyese discurrir en chino y muy atinadamente sobre el mayor ó menor mérito de un jarrón de la familia rosa, llevado de mi curiosidad de saber quién era y de dónde venía, se me ocurrió un modo de trabar conversación con él, esperando que, de unas cosas en otras, llegaría el hombre á soltar alguna prenda sobre su nacionalidad, oficio, etc.

Saludándole y echándole en inglés unos cumplidos acerca de lo mucho que entendía de arte chino, le rogué que me dijera si cierto tatarrete que había en el escaparate era antiguo ó moderno. El extranjero, muy amablemente, ó el tarro, le examinó, me contestó que era

antiguo y... no añadió palabra. Pero yo no desistí de mi propósito. Con mucha maña y á fuerza de preguntar sobre tal ó cual muñeco, vaso ó bronce de los que en la tienda se veían, logré que al cabo se enredara la conversación. Mi interlocutor hubo por fin de entusiasmarse y ponerse á perorar sobre el arte chino, el japonés, el indio y el persa, sobre estética, historia del arte en general, relaciones de unos pueblos con otros y su recíproco influjo civilizador, y sobre qué sé yo cuántas cosas más. Su elocuencia me tenía pasmado; su erudición era maravillosa, y no tan sólo de la que se logra quemándose las cejas sobre libros, sino también de la adquirida recorriendo mundo. Seguro estoy de que el hombre ese conoce casi toda Europa y ha vivido bastantes años en la India, el Irán, la China y algunas regiones del Africa y de América. Parecía saber y entender de todo. Vamos, que era una especie de Mezzofanti enciclopédico, peregrino y estrafalario.

De todo hablaba, repito, salvo de su propia persona. El diablo de hombre rehuía mis indirectas. Se las mantenía tiesas y erre que erre en guardar el incógnito. Al fin, por no pecar de entrometido y fisgón, desistí de mi primer empeño; mas como la charla del desconocido era tan amena como instructiva, surgió en mi mente otro empeño nuevo: el de llevarme

sabio desconocido á mi casa, tanto para prolongar el palique con él, cuanto para enseñarle mi colección de antigüedades chinas—ya sabe usted que las poseo de primer orden,—y que me ilustrara de paso sobre el mérito de algunas porcelanas, que yo tengo por auténticas, de la época de los Ming, aunque hay personas, de las que presumen de entendidas, las cuales, en mi concepto equivocadamente, sostienen que esas porcelanas son imitaciones ó reproducciones muy modernas. Convidé al desconocido á tomar una copa de *schiedam* en mi casa, incitándole á venir á ella con el cebo de las joyas artísticas que en ella había de ver. No sin trabajo y de puro porfiar, á la postre logré que consintiera en acompañarme.

Atardecía cuando entramos en esta sala. Mi *boy*, único criado que tengo, no había vuelto aún de hacer unas compras y recados. Yo mismo tuve que encender la lámpara de petróleo que pende del techo. Iluminada la habitación, instalado mi huésped en ese mismo diván donde está usted sentado ahora, y después de servirle el *schiedam*, le fuí enseñando las principales piezas de mi colección. Al cabo de un rato, el hombre se levantó, comenzó á curiosear de un lado para otro y acabó por fijarse en el Buda de bronce que había comprado yo la víspera.

—Hermosa estatua,—dijo; y, luego de examinarla más despacio, añadió:

—¿Sabe usted que esta imagen—si he de juzgar por ciertos pormenores de su hechura y fiándome tan sólo de mis escasos conocimientos iconográficos—debe de ser indostánica, y muy antigua, apenas posterior en dos ó tres siglos á la muerte del propio Sakia-Muni? Quizás sea de las que, en el siglo II de la era cristiana, trajeron á China los amarillos peregrinos que iban á las orillas del Ganges á beber en las más puras fuentes la doctrina del divino Bagavat. Pocas estatuas de Buda he visto tan bellas de forma y de tan elevada inspiración artística. ¡Qué fisonomía tan noble! ¡Qué serenidad de alma en ese rostro!... Verdaderamente es ésta la más hermosa pieza de la colección de usted.

Y el desconocido seguía mirando y remirando, y dando vueltas á la estatua entre sus dedos, no obstante lo pesada que es y lo difícil de manejar en razón de su tamaño.

Usted no ignora que casi todas las imágenes de Buda son huecas y que dentro de ellas guardaban á menudo los sacerdotes, por piedad ó lo que fuese, joyas, lingotes de oro y plata, y también oraciones y sentencias escritas en largas tiras de papel, tapando luego la oquedad así rellenada con una planchita de la misma

materia que la imagen, la cual planchita se encolaba ó se soldaba, según el caso, á los rebordes del zócalo ó de la base. Tampoco ignora usted que tanto los chinos como los soldados extranjeros en cuyas manos cayeron Budas durante el sitio ó el saqueo de Pekín, tuvieron buen cuidado de vaciar los Budas de las joyas y metales preciosos que contenían, arrancando para ello la planchita mencionada. La imagen que examinaba el extranjero había llegado á mi poder en esa forma: destripada, digámoslo así. Su interior estaba, pues, á la vista. Yo no había reparado en que contuviese nada, y eso que me fijo en todo; pero mi desconocido huésped hubo de notar que en el fondo de la estatua, más allá del estrecho canal formado por el cuello, pegadito, al parecer, á la cúspide del cráneo, había un amarillo papelucho, enrollado en forma de cilindro.

—¿Ve usted ese papel?—me dijo el extranjero, haciendo de suerte que la luz de la lámpara bañase el interior de la imagen;—pues quizás confirme mis suposiciones iconográficas. Se me antoja que está cubierto de escrituras. Yo no distingo bien. Usted tiene sin duda mejor vista, y podrá decírmelo.

—Sí, lo está,—repliqué yo.

—Pues á sacarle de su escondite y á leerle, —replicó mi interlocutor.

Y, arremangándose el brazo derecho, le introdujo en la estatua.

Dentro de ella anduvo mi huésped revolviendo durante un rato. Como tardara en asir el papelito, le pregunté al fin:

—¿No alcanza usted? ¿Quiere usted unas pinzas?

El hombre había tendido la imagen sobre la mesa. Medio agachado y con la cara vuelta hacia el lado opuesto á aquél donde yo me hallaba, hacía inútiles esfuerzos por extraer el rollo de papel. Al oirme, se levantó, me miró con una expresión de vivísima sorpresa pintada en el rostro, y dijo:

—Sí alcanzo, ó mejor dicho, alcanzaría, á no ser por un obstáculo material que se opone á ello. No sé lo que será; pero mis dedos, que se deslizan holgadamente por el cuello de la estatua, tropiezan luego con algo duro, liso, y á juzgar por el tacto, de forma esférica, que llena casi toda la cabeza del Buda, de suerte que mis dedos no pueden pasar entre ese algo y las paredes. Sin embargo, yo no he visto nada dentro de la cabeza, ni lo veo tampoco ahora que vuelvo á mirar.

—¡Cosa más rara!—dije yo.—Tampoco he visto nada cuando miré, y eso que mis ojos son de lince. A ver, déjeme usted probar á mí.

Y yo también me arremangué, metí el brazo

dentro del Buda, llegué con los dedos hasta el final del cuello, y palpé un obstáculo.

Pusimos entonces el Buda sobre la coronilla, casi debajo de la lámpara, y de modo que los rayos de ésta penetrasen bien hasta el fondo de la imagen.

Merced á esta operación, pudimos ver que, en efecto, allí donde nos lo indicara el sentido del tacto, había un cuerpo liso, de forma convexa. Parecía ser el casquete de una esfera de vidrio ó de metal. La luz se quebraba en su tersa superficie, haciendo mil cambiantes.

El desconocido lanzó una exclamación bronca, como de sorpresa y regocijo, todo en uno.

—¡Esto va picando en historia!—añadió después.—¡Barrunto que vamos á hacer, que ya hemos hecho, algún descubrimiento singular! Lo que hay dentro de la cabeza de la imagen es, sin género de duda, una esfera cristalina. Rodaba y giraba cuando la movía yo con los dedos. En la penumbra no brillaba, no se la veía, porque es transparente. Ahora, herida por los rayos de la lámpara, se la ve, reluce y tiene cambiantes. Todo me lo explico ahora, salvo el por qué está la esfera metida ahí dentro. ¡Y eso hay que averiguarlo, sí, señor, hay que averiguarlo! El hecho es por demás curioso, y hasta anormal, para que no procuremos poner en claro sin tardanza. ¡Preciso es extraer

esa esfera y también el papelito, porque en el papelito debe de estar la solución del enigma!

No se puede usted figurar con qué calor hablaba el extranjero. Estaba el hombre exaltadísimo. Gesticulaba mucho, daba brinquitos sobre una ú otra de sus largas y delgadas piernas de ave zancuda, sacudía la cabeza y se pasaba las manos por las revueltas melenas grises. Sus ojos relucían detrás de los temblorosos lentes, con guarnición de oro, que llevaba cabalgando en su aguileña nariz. De puro emocionado, se le entorpecía la lengua al perorar y salían las palabras atropelladamente.

Sospeché si habría traído un loco á mi casa. Temeroso de que se exaltara más aún si le contradecía, quise humorarle. Por lo demás, extrañaba yo también lo de la esfera. Nunca había yo oído ni leído de una esfera encerrada en la cabeza de un Buda. Repuse, pues:

—Sí, hay que sacar ambos objetos. Sin duda encierran algo de misterioso. Pero lo que precisamente pueda ser, no lo imagino ni lo presupongo.

—Ni yo, pero me dá el corazón que es algo de inaudito,—murmuró el sabio extravagante, mientras volvía á hundir el brazo hasta el codo dentro de la estatua.

Yo le miraba hacer, creído en que estaría procurando atrapar el papelito. En cuanto

sacar la bola, ó lo que fuese, no lo consideraba posible, dada la estrechez del cuello, á no ser abriendo la cabeza del Buda en dos.

Hubo un rato de silencio. El desconocido seguía braceando dentro de la estatua. De pronto le oí dar un grito de pasmo y de alegría, y le ví sacar la mano, escondida en el Buda, agitándola triunfalmente en el aire. Allí, sujeta entre sus dedos, estaba la codiciada esfera.

¡Y qué esfera! Invisible casi, de puro diáfana, cuando la mano que la sostenía estaba en la sombra; reluciente como un ascua de oro, rutilante como una gema, cuando le daba la luz de lleno. Su tamaño, algo mayor que el de una naranja de las gordas. Decirle á usted de qué materia estaba hecha, es lo que no sabría. Hubiérase dicho que de cristal hueco, á no ser porque no era quebradiza, sino más dura que un diamante, pues ni con un diamante pudimos rayar su deslumbradora superficie. Y lo más singular era que el globo ese apenas si pesaba. Se le escapó de las manos á mi amigo ó visitante mientras le estábamos examinando, y, en vez de caer de prisa al suelo, descendió muy despacio, flotando casi, como una pompa de jabón. El remolino de aire que se armó al precipitarnos ambos para recoger la esfera, hizo á ésta unos cuantos barzones por el am-

biente, subir, bajar, bailar en raudo giro, é ir á chocar contra unos ú otros muebles, rebotando en ellos y resonando con armonioso y suave retintín.

El políglota extranjero y yo, hechos unos páparos, boquiabiertos y mudos de admiración, ya no pensábamos ni siquiera en recoger la misteriosa bola. Inmóviles, seguíamos sus evoluciones con ojos tamaños como los de un ternero. Al fin la vimos posarse suavemente sobre la alcatifa tientsinesa de aquel rincón; dar tres botes leves, trazando tres luminosas curvas, y desaparecer, invisible ya, en la penumbra espesa que hay debajo de aquel velador de laca.

Mi huésped salió entonces de su estado contemplativo. Bruscamente se volvió hacia el Buda, agarró ya sin tropiezos el papel amarillo, y, sentándose en una butaca, le desenrolló y se puso á leerle.

Yo, entre tanto, me había precipitado en pos de la hialina esfera. La recogí y la estuve examinando á mis anchas, sin pensar en otra cosa, durante unos veinte ó treinta minutos. Me entretuve en sompesarla, en hacerla resonar, en admirar sus destellos é irisaciones, y en cavilar acerca de qué misteriosa materia estaría hecha, y sobre quién la habría fabricado y con qué objeto. Se me ocurrieron infinitas suposiciones, á cual más disparatada. Cuando co

nicaba alguna de ellas al lector del rollo de papel, ó no me contestaba el lector, de puro absorto que estaba en su lectura, ó me contestaba tan sólo con una especie de gruñido inarticulado, como para darme á entender que no le perturbara en la difícil tarea de descifrar el texto que tenía delante de los ojos.

## III

Al fin, de pronto, cruzó una nueva idea por mi mente.

—¡El diámetro de la esfera es mucho mayor que el del cuello del Buda!—exclamé, mirando de hito en hito al desconocido, que ya había terminado su lectura y se estaba levantando de la butaca, con aire muy solemne.—Hasta ahora no había caído en ello. Y como la esfera no es elástica, usted no ha podido sacarla de donde dice. ¿Qué engaño es éste? ¿Se está usted burlando de mí? ¿Está usted haciendo juegos de manos, y con qué propósito?

—No hay burla ni juegos de manos—respondió gravemente mi interlocutor.—Aunque á usted le parezca imposible, y aunque esté en contradicción con las leyes físicas que conoce-
es cierto, absolutamente cierto, que he

sacado la esfera de la cabeza del Buda, donde usted la vió y la palpó... ¿He dicho sacado? pues me expresé mal. La esfera salió por sí sola, tras de mis dedos, sin que éstos la tocasen... No me interrumpa usted... Voy á ver si le explico lo ocurrido... ¿Ha visto usted ó ha hecho usted alguna vez ese experimento de física infantil que consiste en colocar un huevo descascarado y duro sobre el cuello de una botella, donde previamente se echa un papel encendido? ¿Ha visto usted cómo, enrareciéndose el aire dentro de la botella y pesando y empujando el de fuera, se estira el huevo, se cuela poco á poco por el gollete, y acaba por hundirse hasta el fondo del frasco? Pues bien: de modo parecido, aunque sin deteriorarse y recobrando luego su pristina forma, obediente á otro influjo, que no es el peso del aire como para el huevo, pasó la esfera que tiene usted en la mano por el cuello de la estatua. El influjo, la fuerza á que obedeció, es...

Aquí no pude menos de interrumpir al viejo melenudo. Estaba yo indignado de lo que conceptuaba como una nueva burla. Furioso le dije:

—No creo una palabra de lo que está usted contando. Palpé y ví algo dentro del Buda, que no sé lo que sería, ni si estaría ahí ar

y que yo tomé por una esfera, porque usted me lo sugirió mañosamente. Luego hizo usted como si sacara de la estatua una esfera que tenía usted oculta en la mano, y que es ésta que ahora tengo yo. ¿Con qué fin ha representado usted esa comedia?

El extranjero, sonriéndose bondadosamente, como una persona mayor se sonríe de las impertinencias de un chiquillo, me contestó, sin dejarme proseguir:

—Iba á explicar á usted la causa del fenómeno que niega; pero ya que usted no presta fe á mis palabras, mejor será que tome yo otro camino para probarle mi veracidad. ¡Hombre incrédulo y suspicaz, convénzase usted por la evidencia de los hechos!

El desconocido tomó la esfera entre sus manos, sujetándola apenas entre los dos dedos índices, apoyados cada uno contra un polo de la esfera. Luego fué separando muy poco á poco los dedos. ¡La esfera, perdidos los puntos de apoyo que la mantenían en el aire, no cayó al suelo, como parecía natural que cayese, sino que se mantuvo flotando en el mismo punto del espacio! Ocurrió además que la esfera, á medida que cada uno de los dedos índices de mi huésped se alejaba de ella, fué cambiando de forma: primero, tomó forma aovada; des-



s, por degradaciones imperceptibles, se tro-

có en un cilindro con los extremos ligeramente redondeados. De esta suerte concluyó el endiablado objeto por parecer un larguísimo y delgadísimo tubo de cristal. El señor extranjero había puesto despacito los brazos en cruz, estando entonces todo lo separado que podía ser su dedo índice derecho de su izquierdo dedo índice. Cada extremo de la esfera transformada en canuto rozaba apenas la yema del correspondiente dedo. El extranjero realizó este prodigioso cambio sin el menor esfuerzo físico. El esfuerzo era mental. La fisonomía de aquel hombre así lo revelaba. Su expresión era la de una persona que reconcentra su pensamiento, que está abstraída en intrincado problema.

Harto se le alcanzará á usted que tan inaudito espectáculo me ofuscase, me tuviese embobado, patidifuso, cortadas la respiración y la palabra. En mi vida había visto cosa igual; es más: creo que no la volveré á ver.

El extranjero se estuvo quieto dos ó tres minutos, con los brazos estirados. El tubo mágico seguía suspendido horizontalmente en el aire. Sus cabos parecían atraídos por las yemas de los dedos como las puntas de un alambre por unos trozos de piedra imán. De súbito, el extranjero alzó los brazos y se echó á reir. En un parpadear de ojos, sin transición visil

en la centésima parte de un segundo, la barra hialina volvió á ser esfera, y ví la esfera saltar hacia el techo, rebotar en él y descender girando vagarosamente.

—¿Y ahora—me decía el peregrino sabio—dudará usted de mis explicaciones? ¿Seguirá usted considerándome como á un prestidigitador?

—Como á un prestidigitador, ya no; pero sí considero á usted como á un prodigioso mágico. Si antes no me explicaba la forma en que pudo usted sacar esa misteriosa esfera de su escondite, y no quería creer lo que me explicaba usted, ahora que lo he visto y que me lo ha demostrado usted prácticamente, todavía me lo explico menos. ¡Revéleme usted, se lo suplico, en virtud de qué oculto poder, de qué prodigiosa fuerza psíquica, pues no emplea usted para ello la de sus músculos, logra usted hacer cambiar de forma á la materia, á despecho de las leyes naturales!

—Yo no soy mago—contestó el extranjero: —soy un hombre como usted, bastante más viejo y que ha visto algunas cosas más y sabe acaso algunas cosas más que usted... Pero no poseo poder alguno oculto. El poder oculto reside en la esfera. Una volición mía, ignorante de los efectos que podía tener, la hizo salir

ı cabeza del Buda. Yo también me mara-

villé de encontrarla de pronto entre mis dedos. Leí el papel, y el papel me dió la clave del misterio. Cuando usted entró en sospechas, le iba á dar la explicación del caso. Apenas comencé, me trató usted de farsante y embaucador. Entonces, para convencer á usted de previa manera y por patente modo, ya con una sapiente volición, hice obrar á la esfera uno de los mil prodigios que está de continuo en potencia propincua de realizar...

—¡No entiendo una palabra de lo que usted me dice!

—Bueno: todo se aclarará ahora. Procederé metódicamente, tomando las cosas *ab ovo*.

Y al tiempo que me contestaba, el extranjero volvió á sentarse en la butaca y sacó del bolsillo el rollo de papel que extrajera antes de la cabeza de la imagen. Extendiéndole sobre sus rodillas, añadió:

—Siéntese usted, que la explicación va para largo... No es cosa de que haga yo aquí una historia de la introducción y difusión del Budismo en China. Baste decir que, hacia el año 200 antes de la Era cristiana, los primeros misioneros budistas del Indostán penetraron en el Celeste Imperio. Tres siglos después, la nueva doctrina era oficialmente reconocida como una de las religiones del Estado. Los Emperadores amarillos mandaban misiones c

tíficas á las tierras que bañan el Ganges y el Indo, á fin de que esas misiones estudiasen el culto y la liturgia de la religión fundada por el divino Sakia-Muni, y adquirieran y trajeran á China libros canónicos, sagradas reliquias y venerandas imágenes. Numerosos peregrinos, nacidos en las márgenes del Yang-tsé-kiang y del Hoang-hó, traspasaban también los ingentes montes Himalaya, caminaban hacia el Sur hasta llegar al Magadá, la Tierra Santa de los budistas, y visitaban los lugares frecuentados durante su vida terrestre por el Príncipe Sidarta, el hijo de Mayadevi, antes y después de que lograra la condición de Buda.

Entre estos miles de peregrinos cuéntase al célebre Fa-hien, que visitó la India en el siglo IV de nuestra Era, y cuyos *Viajes* haya usted quizás leído.

En época bastante posterior hubo otro peregrino, llamado Hiueng-Tsang, cuya vida y andanzas son las que verdaderamente nos importan. Hiueng-Tsang escribió una obra en doce libros, refiriendo por lo menudo su viaje á la India y lo que le ocurrió mientras estuvo en ella. Muerto Hiueng-Tsang, dos de sus discípulos predilectos y más aprovechados compusieron una biografía de él. Leí en otro tiempo tanto la *Relación del viaje á la India* de Hiueng-Tsang como su mencionada biogra-

fía, y merced á mi memoria, que no es mala, estoy en condiciones de referir á usted, y voy á referirle, sin entrar en pormenores, cuanto le ocurrió á Hiueng-Tsang desde su nacimiento hasta su muerte, todo lo cual, aunque á usted no se le alcance por ahora, guarda no poca relación con los prodigiosos lances de la esfera que acaban de ocurrir.

Y vamos al grano. Hiueng-Tsang vió la luz en la ciudad de Tchin-lieu, en el Imperio chino, á principios del siglo VII. Desde muy niño comenzó á estudiar en un convento budista. A los trece años recibió las órdenes menores y se marchó del convento, recorriendo en compañía de un hermano suyo, monje también, los principales centros docentes y religiosos del Imperio chino. A los veinte años se ordenó de mayores. Era ya un pozo de sabiduría, y gran predicador, profundo teólogo y atinado exégeta de los libros canónicos budistas. Su fama había cundido por cuantas regiones habita la amarilla gente. De todos los monasterios, de todas las escuelas acudían á él doctores y estudiantes para oir sus enseñanzas y para rogarle que les explicase los dudosos puntos de doctrina. Estos puntos dudosos debían de ser no escasos en número, á causa de que, según tengo entendido, las traducciones chinas de los sagrados textos sanscritos estaban llenas de errore

de párrafos obscuros ó truncados. El propio Hiueng-Tsang no sabía á veces qué interpretación darles; y como era varón tan fervoroso como resuelto y emprendedor, hizo y realizó el propósito, á los veintiséis años, de marcharse á la India, de aprender en ella el sanscrito y de salir de dudas, leyendo y estudiando en sanscrito las obras cuya traducción chinesca á tantas falsas ó heréticas deducciones se prestaba.

Menester fueron la más inquebrantable resolución, la constancia más heróica, el más sublime sufrimiento, para que Hiueng-Tsang lograra su propósito. Tuvo primero que burlar la vigilancia de las autoridades chinas, las cuales se oponían á que saliese del Imperio. Traspasada la frontera, el santo peregrino hubo de internarse solo en un inmenso desierto, donde, durante los muchos días que tardó en recorrerle, padeció hambre y sed, se extravió, y fué maltratado por bandidos. Al salir de aquellos ardorosos arenales, se halló Hiueng-Tsang en el país de los tártaros oigures, cuyo Khan, budista muy devoto y muy bárbaro é ignorante, al saber que había penetrado en sus dominios el gran teólogo chinesco, se empeñó en agasajar al gran teólogo y en convencerle de que se quedase en la Tartaria enseñando y predicando la doctrina de Sakia-Muni. Hiueng-Tsang negó muy cortesmente á ello, replicando

que él no había salido de su tierra para enseñar la Ley, sino para estudiarla. El Khan de Tartaria se enfureció entonces, y detuvo á Hiueng-Tsang de fuerza. Hiueng-Tsang, preso, amenazó á sus carceleros con dejarse morir de hambre, y en prueba de que lo haría si no le devolvían su libertad, no probó ni un bocado en un par de semanas. El Khan, al saber esto, se arrepintió, dió suelta al prisionero, le colmó de regalos y le concedió una escolta para que le acompañase hasta la India.

Hiueng-Tsang atravesó así la Dzungaria, el valle del Iaxartes y la Bactriana, no sin que le ocurriesen otras mil peripecias y mil peligrosos lances. Antes de que sus ojos lograran contemplar los fértiles valles de la India, estuvo más de media docena de veces á punto de perecer. Catorce de las personas de su escolta murieron de hambre y frío en los ventisqueros de los montes Monsur-Dabagán. No viene al caso hablar aquí de las muchas cosas curiosísimas que refiere Hiueng-Tsang en esta parte de sus viajes, las cuales cosas prueban que, en el siglo VII, cuando Europa estaba sumida en la barbarie, florecían en el centro del Asia reinos y naciones que habían llegado á un alto grado de cultura. El hablar de esto alargaría por demás mi relación, y comprendo que esté usted impaciente de saber á qué atenerse respecto de la esfe

Abreviando, pues, diré á usted que Hiueng-Tsang llegó, de milagro, vivo á la India, entrando en ella por la frontera del Kabulistán. Lo primero que hizo el celeste peregrino al pisar el sagrado suelo de la patria de Sakia-Muni, fué visitar una célebre caverna de la región de Purashapura, donde era fama que el Buda había convertido al rey de los dragones, y á la cual solían acudir los devotos para ver si lograban contemplar la sombra del Bagavat, que muy de tarde en tarde se aparecía á aquél de sus fieles que, en razón de su virtud, se había hecho digno de tan inefable dicha. Hiueng-Tsang la tuvo. Después de rezar muchas horas seguidas en la caverna, macerando su cuerpo, humillando su espíritu, se le apareció la luminosa y resplandeciente sombra de Buda.

Reconfortado, enardecido por la visión sublime, Hiueng-Tsang prosiguió sus peregrinaciones. Pasó á Cachemira, recorrió las principales ciudades de la India Central, y penetró, por último, en el Magadá. Allí se estuvo cinco años estudiando el sanscrito y la literatura budista. Luego continuó su viaje, descendió casi hasta el Cabo Comorín, y visitó el Malabar, el Pendjab y las regiones vecinas de la Persia, para regresar otra vez al Magadá, donde hubo permanecer todavía algunos años más, pro-

siguiendo infatigablemente sus estudios. Llegó á ser maestro de sus maestros, definidor de la Ley en los Concilios, favorito de reyes, campeón de la fe ortodoxa.

Tan sólo al cabo de tres lustros, después de un viaje de vuelta no menos borrascoso que el de ida, hubo Hiueng-Tsang de tornar á su patria. En ella fué triunfalmente recibido por el Emperador, el pueblo y los letrados y religiosos. A su entrada en la capital chinesca formáronse las tropas para rendirle obsequio; flores fueron arrojadas debajo de sus pies; engalanáronse los habitantes como en día de fiesta nacional; tellizas, reposteros, sedas y bordados cubrieron el suelo de las calles por donde pasaran el santo peregrino y su séquito de imágenes, reliquias y sagrados textos en el sanscrito idioma.

El Emperador de la China agasajó espléndidamente á Hiueng-Tsang; rindió parias á su inmenso saber y á su probada virtud, y, ganoso de conservarle siempre al lado suyo, le ofreció el cargo de Ministro. Hiueng-Tsang rehusó. Quería huir del mundo y de sus pompas, encerrarse en un convento y dedicarse en él á la vida contemplativa y á la traducción de las obras literarias que trajera del Magadá. El Emperador tuvo que acceder á la demanda. Hiueng-Tsang, oculto en su retiro, iluminada

la mente por la luz de Buda, fué publicando en chino, uno tras otro, mil trescientos treinta y cinco volúmenes de obras traducidas del sanscrito.

Hombre tan recto, magnánimo y virtuoso murió muy anciano, inundada el alma de suave alegría, convencido de que esa alma había de reencarnarse en otros cuerpos, y de que, por medio de tales existencias sucesivas, si en ellas continuaba cumpliendo celosamente sus deberes para con Buda, había de llegar por fin á la inteligencia transcendental de las cosas todas, que hasta entonces no habrá logrado sino penetrar, en parte y muy confusamente, á pesar de sus austeridades, buenas obras y esfuerzos introinspectivos.

Hasta aquí—prosiguió diciendo el extranjero—lo que se sabe en Europa de la vida de Hiueng-Tsang y lo que de esa vida se cuenta en la biografía que, en loor de él y para conocimiento del vulgo, se escribió.

Pero sepa usted, amigo mío, que yo acabo de descubrir bastante más acerca de tan interesante existencia. Esta tira de papel que extraje de la cabeza del Buda y que tengo ahora entre las manos, está cubierta de caracteres sanscritos, trazados sin duda por el propio Hiueng-Tsang. Así se infiere claramente de lo acabo de leer. Bien es verdad que los ca-

racteres están ya algo borrosos y que yo, de puro afán de enterarme, he leído muy de priesa el manuscrito; mas aunque parezca inmodestia de mi parte, debo declarar á usted que entiendo lo bastante la lengua de los Vedas para tener la seguridad de que no he interpretado erróneamente lo que en el manuscrito se relata, y que es ni más ni menos que una historia de la iniciación del peregrino celeste en las doctrinas esotéricas del Budismo, seguida de una exposición sucinta y parcial de estas doctrinas y de una explicación de lo que es la esfera, así como de sus miríficas virtudes.

Ahora bien, y á fin de que luego lo entienda usted todo con claridad mayor, antes de revelar á usted lo que la esfera es y cuáles son esas virtudes, se me antoja que convendría mucho poner de manifiesto, aunque sea de muy somero modo, algo de lo que el Budismo esotérico representa y significa.

—He leído las obras de Sinnett, Hartmann, Annie Besant y la señora Blavatsky—dije, interrumpiendo al extranjero.—Algo se me alcanza, pues, de lo que sea el Budismo esotérico, ó Teosofía, como también se llama; pero si usted no me juzga suficientemente instruído, ó si usted cree necesario refrescarme la memoria con su exposición de doctrina, hable usted y diga cuanto quiera, que yo le oiré con su

gusto, por más que no se me cocerá el pan hasta que me explique usted lo de la esfera.

—Si ha leído usted esos libros, aunque contienen no pocos errores—respondió mi interlocutor,—reputo á usted por casi tan ilustrado como yo en la doctrina secreta. Y digo casi tan ilustrado, porque ha de saber usted que, durante unos diez ó doce años que estuve en la India, y que fué cuando aprendí el sanscrito, me cobró grande amistad un cierto Godapatha, sacerdote budista que, por obra de la introinspección, sujetándose á terribles pruebas, tanto físicas como intelectuales, había llegado á ser *Mahatma* ó adepto de última ó ínfima categoría. Este amigo mío se empeñó en tomarme por *chela* ó catecúmeno, leyéndome la cartilla, el A B C como si dijéramos, de la doctrina oculta del Budismo, y explicándomela algo mejor de como la entienden y explican esos autores que usted ha leído. Godapatha porfiaba por convencerme de que me fuera á cierto convento fronterizo del Tibet y me encastillase allí, renunciando al mundo y desembarazándome de toda sensualidad y de todo material deseo, por donde, si estudiaba yo bien, acaso llegaría á un alto grado de esa iluminación espiritual cuyo poder es incomprensible para los profanos. Movido por mi insaciable curiosidad, á punto estuve de hacer lo que

me rogaba mi amigo el adepto; pero luego, pensándolo despacio, no me sentí con fuerzas para tan áspera iniciación. El mundo me había maleado por demás; estaba ya muy duro el alcacer para zampoñas.

Pero dejémonos de divagaciones. Volvamos á Hiueng-Tsang. Los arrestos de Hiueng-Tsang eran mucho mayores que los míos: ningún obstáculo le arredró. Quiso y supo iniciarse en los arcanos del Budismo. En verdad esto era lo que principalmente se proponía cuando emprendió su viaje desde la China al Magadá. En este papel refiere el santo peregrino cómo dió comienzo á su iniciación en la índica ciudad de Kisinagara, cuyas ruínas aún existen, bajo la alta dirección de un Arhat ó Mahatma llamado Agatasatru, personaje sublime que, á fuerza de pasarse días y días, meses y meses, años y años intensamente absorto dentro de sí mismo, había rasgado al fin el velo de Isis, que encubre los misterios de la Naturaleza; traspasado de místico modo la cortina de Maya, ó sea de la Ilusión, y ya purificado y perfeccionado por sus prácticas tremendamente ascéticas, hasta había llegado á alcanzar las seis incomprensibles facultades sobrenaturales, atributo de los más conspicuos Custodios de la ciencia espiritual.

Agatasatru era veinte veces más docto

ocultismo que mi maestro Godapatha. Agatasatru se movía á través de los más resistentes obstáculos materiales, como nosotros nos movemos en la atmósfera que nos rodea; Agatasatru leía como en abierto libro los pensamientos más secretos de los demás hombres; Agatasatru sabía lo pasado y lo futuro; tenía clara memoria de sus anteriores encarnaciones en la tierra y en otros planetas; poseía el don de ubicuidad, esto es, podía proyectar fantásticas apariciones suyas en muchos lugares al mismo tiempo; ejercía pleno dominio sobre los espíritus elementales; había penetrado la apariencia de las cosas, ó lo que es lo mismo, conocía la esencia de ellas, y hasta podía regirlas á su antojo, dentro de ciertas leyes primordiales, realizando así los más estupendos milagros. En suma, Agatasatru era uno de los adeptos preclarísimos del Radja-Yoga, ó Magia blanca, por la cual llega á sublimarse el espíritu humano de inefable modo, y que no hay que confundir con el Hatha-Yoga, la nefanda Magia negra, muy inferior en poder y eficacia, y cuyos iniciados acaban por perder el alma en manos de los espíritus malignos.

Fácilmente comprenderá usted que, merced á tal maestro, Hiueng-Tsang se encarrilase bien por la vía de la iniciación y recorriese no o camino en escaso tiempo. Esto, no obs-

tante la excesiva modestia con que Hiueng-Tsang habla de su propia persona, se saca en limpio de la lectura del papel, pues en el papel dice Hiueng-Tsang que al cabo de quince años de estudios, vigilias y maceraciones, alcanzó el grado de Arhat de quinta clase, ó sea de la categoría inmediata superior á la de mi amigo Godapatha. Indudablemente, de haber permanecido Hiueng-Tsang otros quince ó veinte años en la India estudiando á la vera y bajo los auspicios de Agatasatru, Hiueng-Tsang hubiese llegado á ser tan sobresaliente adepto como su propio iniciador.

Pero Hiueng-Tsang, de puro pánfilo, altruísta y generoso, renunció á tamaña felicidad. Recordaba que no había venido tan sólo á la India para penetrar los arcanos del Budismo esotérico, sino también para estudiar el sanscrito, y en sabiéndole, enmendar los yerros de interpretación que contenían los textos chinos de doctrina exotérica ó pública y corriente. Si á él le importaba ir subiendo por el secreto camino de perfección, no importaba menos á aquellos de sus compatriotas, incapaces de semejante ascenso, el poseer un texto de la doctrina vulgar, limpio de errores, fácilmente comprensible y que les sirviese de guía, pauta y apoyo dentro de la baja esfera espiritual en que vivían.

Esta nobilísima consideración fué la que movió á Hiueng-Tsang á quedarse á media miel, á no pasar adelante, guiado por Agatasatru, en el desarrollo de sus facultades psíquicas.

Cumplidos sus quince años de residencia en la India, Hiueng-Tsang manifestó á Agatasatru que no podía demorar por más tiempo su vuelta al Imperio chino. Agatasatru, merced á su don de vidente espiritual, estaba al cabo de todo y no necesitaba, para hacerse cargo, de las explicaciones que le diera Hiueng-Tsang; pero se las dejó dar y alabó cuanto se merecía la abnegación de su discípulo, prometiendo á éste que mandaría frecuentemente á visitarle una de sus proyecciones anímicas, con lo que, de muy sencillo modo, podría seguir ayudándole é iniciándole.

Además—y aquí entramos ya de lleno en lo que tanto nos interesa,—como Hiueng-Tsang comunicase á Agatasatru su propósito de fundar en China una escuela de ocultismo, Agatasatru, á fin de facilitar las tareas pedagógicas de Hiueng-Tsang, le regaló la esfera que por dichosísima casualidad hemos hallado.

No dice el papel cómo se las compuso Agatasatru para fabricar la esfera, ni de qué materia la fabricó, y aunque lo dijese no lo entendíamos del todo; pero nos es lícito excogitar

que Agatasatru la fabricó facilísimamente, plasmándola de cualquier vulgar substancia, de lo que tuviese más á mano: de una pizca de lodo, de un engandujo que colgara de su traje, de pelusa hallada en un rincón, ó de otra quisicosa despreciable y parva. Bastóle sin duda á Agatasatru figurar la esfera en su intelecto para que la esfera—en un soplo, en el mismísimo punto en que él hubiese sugestionado la parva y despreciable quisicosa susodicha—surgiese entre sus manos tal y como la vemos, hialina, sonora, casi imponderable, y, lo que es más, según reza el papel, indestructible, como no sea por un poder mágico equivalente ó superior al que la creó.

Pasmoso le parecerá á usted todo esto; pero sepa usted que tales creaciones son coser y cantar, verdaderamente juego de niños, para un señor Mahatma de las facultades de Agatasatru.

Una vez creada la esfera, Agatasatru hizo algo todavía más prodigioso, y que fué dotar la esfera de inagotable energía psíquica. Estas cosas son muy difíciles de explicar: no hay palabras que nos las den á entender, por la sencilla razón de que no podemos entender esas cosas no estando iniciados en los más sublimes arcanos de la Teosofía y del Radja-Yoga. Y como no las entiendo sino á medi

no podré explicarme sino á medias también, ó menos que á medias, y usted tendrá que contentarse con esa vaga explicación... Agatasatru, sin perder nada de su propia fuerza psíquica, acumuló no poca de esa misma fuerza en el globo que acababa de crear, y lo hizo de tal modo y con tal tino, que, á medida que la fuerza acumulada se va gastando en experiencias, va renovándose por otra parte, en virtud de no sé qué misterioso agente, de tal suerte que perdura en la esfera la misma cantidad de energía psíquica que la depositada en ella por Agatasatru.

Usted me preguntará que con qué fin hizo esto el Gran Mahatma. Esto es lo que me resta por decir. No me valdré para decirlo de lo que en el papel declara y comenta Hiueng-Tsang, porque su declaración y sus comentarios son excesivamente abstrusos. Me valdré antes de un imperfecto símil, más asequible á nuestro entendimiento, que se me ha ocurrido ahora mismo, y que viene bastante bien al caso.

Así como en los colegios é institutos bien organizados del mundo occidental hay gabinetes de física y química provistos de infinidad de aparatos, maquinarias y armatostes para la instrucción práctica de los alumnos, así quiso Agatasatru que, en el centro docente de ocultismo próximo á ser fundado, hubiera un ga-

binetito de experimental enseñanza psíquica, cuyo único instrumento, pues otros no eran menester, fuese la esfera prodigiosa regalada á Hiueng-Tsang.

Usted no ignora que el desenvolvimiento de las fuerzas espirituales latentes en todo hombre, desenvolvimiento que constituye el fin del Radja-Yoga, ha de ser conseguido, más que por nada, por el esfuerzo del propio chela ó alumno, con muy poca ayuda externa, salvo la dirección de su maestro. Sin embargo, esta ayuda hay que darla indefectiblemente á principio de los estudios. Para ello creó Agatasatru la esfera y la dotó de tan extraordinaria eficacia: para que los chelas incipientes tomasen de la esfera la energía psíquica de que carecían aún, y pudieran de ese modo hacer alguna de las experiencias ocultistas más rudimentarias. Claro está que á medida que el chela iba desarrollando su propia potencia espiritual, iba siendo *pari pasu* menor la cantidad de espiritual potencia supletoria que necesitaba extraer de la esfera. En otros términos: los chelas se servían del globo mágico como de unos andadores espirituales, hasta que ya se sentían con arrestos y seguridad bastante para caminar sin esos andadores por la senda del ocultismo. Al objeto de realizar las experiencias, bastaba que el incipiente chela tuviese el globo ent-

las manos, y que, con fe absoluta en el éxito, desease vehementemente obrar tal ó cuál prodigio de los de menor cuantía, como el de ver las cosas á través de un cuerpo opaco, ó mandar un *psicograma* á cualquier compañero suyo que estuviese en otra habitación del colegio.

—¿De modo—exclamé yo,—que por lo dicho, á usted ó á mí, ó á otra persona que tenga la esfera entre las manos, como usted la tenía cuando la estiró en forma de longaniza, le bastaría desear vehementemente y con fe ciega alguna cosa, por extraordinaria que fuese, para que esa cosa ocurriera en el acto? ¡Pues no es menudo dije el que he adquirido! ¡Con él van á ser mías todas las riquezas, todas las mujeres de este mundo; mío el poder; mía la facultad de arreglarlo todo á mi capricho, de trastornar el orden de la naturaleza y de cambiar el curso de los acontecimientos!

—Poco á poco, amiguito: no se exalte usted—replicó el sabio extranjero con mucha sorna.—No le creía á usted tan interesado. Ya está usted pensando en la esfera como en un medio de granjería, como en un conducto para satisfacer sus livianos deseos, sus pasiones malas, y esa abominable ambición de dominio material que radica en el alma de casi todos los hombres. Caiga usted de su burra. Sepa usted que Agatasatru no hacía las cosas á humo

de pajas ni á medio mogate. Agatasatru previó que la esfera podía caer en manos de gente perversa, codiciosa ó muy dada á impuros deleites y corporales apetitos, y se las compuso de modo que la esfera careciese de eficacia para satisfacer los deseos de tal gente. Esto, con la mayor claridad, lo dice Hiueng-Tsang en las explicaciones que puso en el papel. Ya, ya puede usted coger la esfera y desear que se le llene la casa de monedillas de veinte francos, que no se verificará el prodigio. Otra cosa ocurriría si, prescindiendo de todo ruín afán de lucro, de toda intención de medro mundanal, solicitase usted, por ejemplo, de la esfera el préstamo de la energía psíquica necesaria para poder asomarse, como por un balcón, á la región donde moran los espíritus, ó para darse un paseo, con el cuerpo astral, por los ámbitos interplanetarios. Ya vió usted que, sin saber lo que me hacía, como M. Jourdain al hablar en prosa, extraje la esfera de su cárcel tan sólo porque deseaba extraerla, y que luego, después de leer el papel, ya conscientemente, la estiré de prodigioso modo.

Mucho me tarda hacer nuevas experiencias; pero considero conveniente terminar antes mi relación de la vida esotérica de Hiueng-Tsang. Hiueng-Tsang regresó á China con la esfera que estimaba en más que cuantos otros obje

traía; se guardó muy bien de hacer público lo de su teosófico saber, y una vez instalado en su convento, abrió un secreto curso de Radja-Yoga para enseñanza de unos cuantos jóvenes, fervorosos y bien predispuestos chelas, almáciga ó plantel de los futuros Mahatmas de laChina.

Es de suponer que, muerto Hiueng-Tsang, al menos durante algún tiempo, prosiguiesen sus discípulos dando enseñanza esotérica á otros chinescos mozalbetes, valiéndose para ello de la esfera que, con el papel redactado por Hiueng-Tsang, se guardaría dentro de la cabeza del Buda donde la hemos hallado. Pero es de suponer también, pues de otro modo no se explicarían las cosas, que la escuela esotérica fundada por Hiueng-Tsang decayese poco á poco, ó periclitase de repente, llegando al fin y al cabo los budistas sacerdotes chinos á olvidarse de que semejante escuela hubiese existido alguna vez. En apoyo de estas suposiciones, además del hecho de haberse bastardeado y materializado el Budismo en el Celeste Imperio, podría yo aducir también la terrible persecución que á mediados del siglo IX de nuestra Era sufrieron en toda la China los sectarios de Sakia-Muni, persecución durante la cual fueron destruídos unos 45.000 templos y monasterios. Quizás entonces hubieron de huir á India los chelas del colegio fundado por

Hiueng-Tsang, y de huir muertos de miedo, sin acordarse de cargar con la esfera, de la cual, por razones que ya he dicho, no podían valerse en tal apuro á fin de salvar sus vidas, haciéndose invisibles ó mediante algún otro prodigio de la misma laya. Quizás pereciesen los chelas todos á manos de sus perseguidores. Mas dejémonos de conjeturas acerca de esto, y no nos pongamos tampoco á cavilar sobre cómo han ido á parar la imagen de Buda, la esfera y el papel á la tienda del chamarilero Hung-Chong. Agatasatru hubo, sin duda, de prever cuanto ha ocurrido y cuanto ocurra en adelante á la esfera; y como Agatasatru sabía dónde le apretaba la babucha, es de suponer muy fundadamente que todo lo ordenara á un fin que no podemos ni sospechar nosotros.

Como quiera que sea, el caso es que somos ahora dueños del globo prodigioso, y que podemos realizar con él muy útiles é interesantes experiencias. ¡Basta ya, pues, de explicaciones, y venga la bola, inagotable depósito de acumulada energía psíquica! ¡Sin más tardanza, vamos usted y yo á hacer de chelas autodidácticos y á levantar audazmente un pico de la cortina de Maya, averiguando el cómo y el por qué de tantas cosas cuya apariencia es lo único que nos dan á conocer nuestros groseros sentidos corporales!

## V

Al oir estas palabras, confieso que me entró cierto reconcomio.

—¿Experiencias sobrenaturales?—dije.—¡Las hará usted si quiere, yo no! Si no hubiera visto el maravilloso estiramiento de ese endiablado globo, no creería, á pesar de lo que usted me ha explicado, en la posibilidad de hacerlas. Ahora, aunque me parece que estoy soñando, ya creo en esa posibilidad; pero, por lo mismo, me abstendré de poner á prueba la eficacia de la esfera mágica. No estoy iniciado en los misterios del Radja-Yoga, ciencia que hasta hoy había tenido no más que por una filfa divertida; y no estando iniciado ni preparado en modo alguno, se me antoja que la bola, en manos de persona tan profana como yo, bien podría resultar chisme no menos peligroso que un fusil cargado entre las de un niño. Quien busca el peligro...

—En él perece, sí señor—contestóme riéndose el extranjero;—pero también es cierto que quien no se arriesga no pasa la mar. Por otra parte, no hace falta iniciación ni preparación ' na. Considere usted que la esfera en sí

misma es un aparato preparatorio, que ha de prestarnos y suplir lo que nos falta. Además, repito, *Paris vaut bien une messe*, y yo, al menos, por amor á la sabiduría, por noble curiosidad, estimo que bien puede uno exponerse á cualquier percance á fin de averiguar transcendentales cosas ignoradas. Voy, pues, á intentar, solo, algunos experimentos, ya que no quiere usted intentarlos conmigo.

A todo esto, el alumno de Godapatha se había levantado, había cogido la esfera que yacía por el suelo cerca del balcón, y con ella entre las manos, había vuelto á sentarse en la butaca.

Yo estaba sentado, frente á él, á horcajadas, sobre un banquillo. Detrás del extranjero había ese espejo chino, de luna grande, que ve usted ahí, cortando la esquina.

Apenas había concluído de hablar el extranjero, cuando oí á Ta-tai, mi perrita chinesca, que estaba arañando la puerta del cuarto para que yo se la abriese.

Me levanté, abrí la puerta, entró la perrilla y dí media vuelta para tornar á sentarme.

¡El extranjero había desaparecido! No había lugar en la habitación donde pudiera haberse ocultado. ¡La sangre se me heló dentro de las venas, los pelos se me pusieron de punta! Vacilando, mudo de terror, sin pode-

ciocinar, dí unos pasos y me planté delante de la butaca vacía. En el espejo se reflejaba mi imagen: la imagen de un hombre pálido, desencajado, muerto de miedo.

De pronto, oí la voz del extranjero, que me preguntaba:

—¿No me ve usted?

Pegué un respingo hacia atrás y me dí un porrazo contra la mesa del centro.

¡La voz había sonado en el aire, delante de mí, como si saliese de la butaca donde aquel hombre había estado poco antes!

—¿No me ve usted?—preguntó de nuevo la voz.—Pues no me he movido de mi sitio. Sigo en la butaca. He deseado ser invisible, y lo soy. Repóngase usted, acérquese y pálpeme para convencerse.

Ya comprenderá usted que estuviese yo fuera de mis casillas. A pesar del anterior prodigio de la esfera, el nuevo me había cogido de susto. Creía estar delirando. Permanecí todavía un par de minutos cerca de la mesa, palpándome, enjugándome el sudor frío que corría por mi rostro. Al fin me sobrepuse un poco á mi primer sorpresa, y me decidí á palpar también al extranjero.

Mis manos se paseaban en el aire, por cima de la butaca. Yo no veía al hombre aquél ni á esfera que tenía el hombre entre los dedos;

pero le tocaba, sentía la resistencia de su cuerpo, le tiraba de sus invisibles melenas, de su invisible ropa. En mi cara percibía el roce de su aliento, y oía su voz muy cerca de mí, diciéndome:—¿Lo ve usted, lo ve usted? ¿El Radja-Yoga, es una filfa?

¡Qué sensación tan extraña! Aquello era como oir y tocar á una persona en un sitio á obscuras, salvo que había luz. Yo veía toda la butaca como si nadie estuviera sentado en ella. El espejo reflejaba únicamente el respaldo de la butaca y mi propia persona, cuando también debiera de haber reflejado la cabeza del extranjero, que sobresalía por cima del respaldo. Le digo á usted que era para volverse loco. Y como loco estaba yo. En cuanto á Ta-tai, desde el punto en que había oído la desconocida voz de un sér invisible, estaba refugiada en el extremo opuesto del cuarto, debajo de una mesa, gruñendo sordamente.

De pronto volví á ver al extranjero. ¡Parecía haber surgido, haberse cuajado de la nada entre mis manos! Estaba riéndose, tumbado en la butaca, cruzadas las piernas, sujetando la prodigiosa esfera contra el pecho.

—Cuando usted se levantó y me volvió la espalda—me decía,—estaba yo deseando hacerme invisible, que fué lo que buenamente se me ocurrió primero para experimentar la es

ra. Al operarse de instantáneo modo mi deseo, no sentí físicamente alteración alguna en mi persona. Ningún dolor, ninguna molestia, ni tampoco ninguna impresión agradable. Lo que me reveló que mi volición se había realizado, fué que dejé de verme con mis propios ojos. ¡Qué sensación tan nueva y peregrina! ¡De no haber tenido yo, por los cuatro sentidos restantes, la conciencia de mi propio sér corpóreo, hubiera podido hacerme la ilusión de que era un espíritu puro!

El extranjero se calló por un momento. Estaba como transfigurado. Le brillaban los ojos de alegría. Temblaba de emoción. Contemplaba y acariciaba la esfera como un amante contempla y acaricia á su querida, como un avaro sus tesoros.

Luego repuso:

—Vamos, anímese usted... Haga usted también la experiencia. Ya ve que no hay peligro.

Mucho tuvo que porfiar el desconocido para convencerme. La curiosidad me impelía á hacer el experimento; pero el temor de lo sobrenatural me atenaceaba y me retenía, lo declaro á usted con toda ingenuidad. Al fin me decidí. Cerré los ojos sin pensarlo, como quien va á despeñarse desde una altura; puse tímidamente las manos sobre la esfera, que el extranjero me había entregado, y deseé ser invi-

sible, pero deseé con pocos bríos, haciendo un esfuerzo para desear y vacilando, á última hora, entre la curiosidad y el miedo.

El extranjero se reía á carcajadas.

—Abra usted los ojos—me dijo al fin,—y mírese, que el espectáculo vale la pena de ser visto.

Avergonzado, ruborizándome, abrí los ojos. Como tenía la cabeza gacha, lo primero que se ofreció á mi contemplación fueron mis piernas y mis botas. Dí un grito de espanto. Ta-tai ladró furiosamente, enseñando los dientes al extranjero. Botas y piernas aparecían incoloras, desvaídas como una daguerreotipia cuando se la pone á cierta luz; sus contornos no eran firmes, sino que estaban esfumados, y á través de ellas, como á través de una neblina, veía yo confusamente los dibujos de la alfombra. Y, sin embargo, al tentarlas, sentía yo que mis piernas no habían dejado de ser macizas. Pero la mano con que las tentaba también se había vuelto semitransparente: semejaba la mano de un fantasma, tal como nos figuramos que son las manos de esos seres imaginarios. Levanté la cara y me miré en el espejo. Reflejaba la luna la imagen de un ente borroso, de apariencia espectral. ¿Ha visto usted esas fotografías de sombras evocadas por los modernos espiritistas? Pues algo así veía yo en el espejo

El desconocido habló:

—Ha deseado usted á medias, y tan sólo á medias ha dejado usted de ser visible. ¡Deseche el miedo y ponga ahinco en sus voliciones!

Así lo hice. Repuesto ya de mi asombro, me entretuve en aparecer y desaparecer en el espejo con la rapidez de una visión cinematográfica. Ya había perdido el miedo y me divertía como un chiquillo.

Al fin el extranjero me quitó la bola mágica de las manos.

—Déjese usted de juegos—me dijo en tono de reprensión.—Las cosas serias hay que tratarlas y usarlas seriamente. Pasemos á otra experiencia.

Iba á contestarle no sé qué, cuando de súbito cambió todo el aspecto del cuarto. Fué aquello como una instantánea mutación de escena. ¡Me hallaba, no ya en Pekín, sino en Rotterdam, en casa de mi madre, abriendo la puerta de su dormitorio! Veía á mi madre de pie cerca del balcón, vuelta de espaldas, regando los tiestos de jacintos y rosas que con tanto cariño cultiva. Se había borrado en mi memoria todo recuerdo de Pekín, del extranjero y de la esfera. Sin extrañeza alguna, del modo más natural del mundo, como si llegase de la calle y no iese dejado de vivir ni un solo día en Rot-

terdam, me acerqué á mi madre para saludarla y darle un beso. Mi madre, al oirme entrar, se había vuelto hacia la puerta, y me decía, con su voz tranquila y dulce: «Buenas tardes, Lucas. ¿Dónde has estado?» Sin efusión extremada, como quien repite una ceremonia no interrumpida durante años y años, tomé á mi madre entre los brazos, y ya me alzaba de puntillas para besarle el rostro, porque mi madre es bastante más alta que yo, cuando se desvaneció repentinamente todo aquello que estaba viendo y tocando: ¡balcón de Rotterdam, rosas y jacintos, familiar aspecto de la materna alcoba, y hasta el propio sér de mi madre que entre mis brazos sujetaba! Me hallé de nuevo en esta habitación, pero no ya cerca del extranjero, sino al lado de la ventana, puesto de puntillas y con los brazos en el aire, acombados como para abrazar el vacío.

Estaba yo turulato. Me pasé la mano por la frente, me restregué los ojos. No entendía lo ocurrido. Conservaba la clara visión del dormitorio de mi madre, y todavía sonaban en mis oídos las palabras de ella.

—¿Qué es esto?—pregunté con voz muy hosca.

—Una muestra del poder sugestionante de los adeptos del Radja-Yoga—me contestó risueño el desconocido. Solicité de la esfera

se figurase usted estar en su casa de Rotterdam. No se queje usted de la burla, puesto que la visión ha sido grata. Podía haber sugestionado á usted para que se figurase estar en manos de los boxers, padeciendo horrible suplicio. Después de esta experiencia, podemos reirnos de las que en la *Salpêtrière* realiza el Dr. Charcot. Ahora comprenderá usted esos prodigios que en las plazas públicas de la India hace hasta el más insignificante *yogui*, cualquiera de esos *fakires* que, de un modo empírico, como yo sé valerme de la esfera, saben valerse de ciertas misteriosas fuerzas psíquicas, cuyo origen y causa no conocen sin embargo, pero que han logrado alcanzar y de las que se sirven para dar espectáculos mágicos en los pueblos, á trueque de un puñado de monedillas.

No supe si enfadarme ó no con el extranjero. Me parecía mucha la confianza que se había tomado conmigo. Estuve á punto de soltarle una fresca; pero me abstuve, reflexionando que tenía el hombre aquél la prodigiosa esfera entre las manos y que podía jugarme cualquier trastada inconcebible y peligrosa.

El extranjero, no obstante, conoció que estaba yo algo mohíno. Muy finamente me pidió disculpas y me ofreció la esfera para que yo á mi vez le sugestionase á él. Rehusé el hacerlo uedamos tan amigos como antes.

Sería cuento de nunca acabar si refiriese á usted por lo menudo cuantas experiencias fuimos luego realizando. Abreviaré, pues, y sólo diré que el extranjero leyó mis pensamientos, y que yo leí también los suyos, aunque con menos tino, sin duda porque, como él decía, mi voluntad es floja y andaba yo sobradamente maravillado de tanto prodigio para reconcentrarme bien; que estuvimos viendo á través de cuerpos opacos, mucho mejor que con esos rayos X que ahora llaman tanto la atención en Europa; y que el desconocido cambió de aspecto á su antojo, tomando la apariencia, ora de una bayadera india, ora de un enorme dragón chinesco, ora de una especie de duende velludo y achaparrado. Ta-tai, al ver estos seres estrambóticos pasearse por la habitación, había vuelto á refugiarse debajo de aquel mueble, y gañía de terror, erizado todo el pelo. Declaro que yo tampoco las tenía todas conmigo mientras contemplaba boquiabierto tan insólitos visitantes en mi habitación.

Luego, al desconocido se le antojó hacerse luminoso, y al punto se encendió todo él. Parecía estar ardiendo. Despedía un fulgor vivísimo, semejante al de un foco de luz eléctrica, salvo que el fulgor no era blanquecino, sino que variaba de colores y se tornasolaba como las flotantes vestiduras de la Loie Fuller.

no quise hacer esta experiencia á pesar de que el extranjero me aseguró que no me quemaría.

El extranjero, después de cada nuevo prodigio, se exaltaba un poco más. Estaba nerviosísimo, manoteaba mucho, charlaba por los codos y me decía á cada paso:

—¡Váyase usted al Tibet! ¡váyase usted al Tibet! Allí están las superiores escuelas de ocultismo. Usted es joven, puede todavía dominar sus instintos materiales, descartarse de sus groseros apetitos, y caminar con paso firme por la vía de la iniciación espiritual. Yo ya soy viejo para emprender tan ardua tarea. He adquirido sobrados resabios, tengo sobre mí una carga demasiado grande de vicios y bellaquerías. ¡Ay, maestro Godapatha! ¿por qué no te escuché? ¿Quién puede, con esta esfera en la mano, negar las verdades de la Teosofía?

En cuanto al estado en que me hallaba yo, no tengo para qué describirle. Ya puede usted hacerse cargo de él. Me movía, accionaba, pensaba como en un sueño estrafalario. ¡Y el sueño era una realidad!

## VI

Al fin el desconocido dejó por un rato de hacer experiencias. Se enjugó la frente del su- que la inundaba; lampó una copa de *schie-*

*dam;* musitando, dió dos ó tres barzones por el salón, y luego me dijo:

—La verdad es que esto es poco serio. Reñí á usted porque usaba de la esfera como de un juguete. Con grave inconsecuencia, he caído yo en la misma culpa. Todas estas cosas que hemos estado haciendo son experimentos de ocultismo recreativo, de los que á regañadientes se prestan á hacer algunos Mahatmas para convicción y pasmo de los incrédulos. Debiéramos de ensayar algo de más transcendencia. ¿Qué le parecería á usted si yo, por ejemplo, me proyectara, en cuerpo y alma, fuera del tiempo y del espacio? Vamos, ¿si me largara á la región de las Ideas puras? ¡Este sí que sería un viaje verdaderamente metafísico!

—¿Está usted loco?—exclamé yo.—¿No le basta á usted con lo que ya ha logrado? ¡Valiente desatino me propone usted!... Además —añadí luego,—eso es imposible: aunque lo pida usted á esa endiablada esfera, no lo podrá usted realizar.

—¿Que no?—replicó vivamente el extranjero, y tomó otra vez entre las manos la bola que había dejado poco antes sobre la mesa.—¡Ahora mismo vamos á hacer la prueba!

Digo la verdad: apenas ví al desconocido coger la esfera, cuando se disipó mi escepticismo y me entró un terror pánico.

—¡Por Dios, por Dios!—exclamé.—¡No intente usted esa experiencia, se lo ruego, se lo suplico, se lo prohibo!

Pero el extranjero no me hacía caso. Se había puesto de pie, oprimiendo firmemente la esfera contra el pecho, la cabeza echada hacia atrás, los ojos casi en blanco, inundado el rostro de alegría soñadora.

No pude ya contenerme. Instintivamente me arrojé sobre el extranjero, me abracé á él con una mano, y con la otra procuré apoderarme de la esfera. Ta-tai, al ver aquello, hubo sin duda de figurarse que el desconocido y yo bregábamos, y ladrando furiosa se lanzó también sobre él y le asió con los dientes por un faldón del chaquet, tirando á todo tirar. El extranjero siguió impasible, arrobado en el fervor de su deseo. Se limitaba á resistir mis esfuerzos por quitarle el maldito globo de Agatasatru.

De pronto, me hice cargo de que—¡oh prodigio espantable!—ni la esfera ni el desconocido ofrecían ya la misma resistencia material al contacto de mis manos. ¡Esfera y hombre se estaban ablandando y también desvaneciendo lentamente! Acrecentóse entonces la pavura que había hecho presa en mí. Dí un paso atrás, temblando de pies á cabeza y haciendo visajes de epiléptico. Pero al punto procuré dominar-

y sin reflexionar que todo era ya inútil,

me precipité otra vez sobre aquel suicida de nuevo género, y sollozando, gritando, riendo como un loco, le trinqué desesperadamente por el talle. ¡Luego, con horrible angustia, clavados en él mis ojos, fascinado y enmudecido ya por el portento, sentí y ví cómo el hombre aquél iba poco á poco esfumándose, deshaciéndose, desconcretándose, desmaterializándose, que no sé cómo decirlo, entre mis convulsos brazos, hasta desaparecer del todo y quedar yo con los brazos cruzados sobre el pecho!

Lucas Van Stralen se calló. Reinó un silencio embarazoso para mí. Sin saber qué decir miraba yo á mi amigo. Su extraña relación me tenía asombrado. Dudaba de que Van Stralen estuviera en su cabal juicio, y no me atrevía á hacer ninguna reflexión ni á manifestarle ninguna duda.

Al fin, Van Stralen rompió de nuevo á hablar. Pausadamente, con voz sombría, dijo:

—Hace cuatro días y cuatro noches que estoy aguardando al extranjero. No me he movido de casa, no he dormido apenas, ni he probado comida desde que se lanzó ese hombre fuera de este mundo entre mis manos. Ya empiezo á dudar de su regreso. No sé dónde estará: quizás sea en eso que llaman *cuarta dimensión* los sabios matemáticos; quizás en la región de

Ideas puras, para donde él me anunció que se marchaba, aunque ignoro dónde estará esa región, si de región puede calificarse lo que está fuera del tiempo y del espacio. Todo ello es para mí un misterio incomprensible. Y tampoco comprendo por qué el desconocido no vuelve y se materializa y se concreta de nuevo, puesto que se largó con la esfera y la esfera le sirvió para desmaterializarse ó desconcretarse, debiendo, por tanto, servirle también la esfera para tornar á concretarse ó materializarse. Verdad es que ya no hay esfera, sino idea de esfera. Pero el desconocido, aunque trocado en sér inmaterial, en idea pura, no debe de haber perdido por ello su conciencia y su voluntad, y acaso pueda, por tanto, servirse de ellas para influir sobre la energía psíquica de la esfera, energía que no es cosa material, y no puede, pues, haber variado de condición. Cuanto más cavilo, menos lo entiendo. A veces se me ocurre que quizás algún eminentísimo Mahatma, sabedor del caso, é iracundo por lo que considerará como una profanación, se opone con su poder á que regrese el audaz desconocido á este mundo tangible y visible.

—Quizás también—dije yo algo socarronamente, interrumpiendo las estrafalarias reflexiones de Van Stralen,—ocurra que el extranjero haya ido á concretarse, como usted dice, en

otro lugar de este tangible y visible mundo, á fin de quedarse así dueño absoluto de la esfera, dejando á usted con un palmo de narices.

—También se me ha ocurrido eso—dijo plácidamente Van Stralen;—pero en serio y no en broma, como á usted. Aunque luego he reflexionado que la esfera carecería de eficacia de usarla el desconocido para ese fin, que, bien mirado, tendría no poco de latrocinio. Bien es verdad que fué el propio extranjero quien me dió á entender lo de que la esfera no valía para la realización de propósitos malos ó ruínes; pero quizás me lo diese á entender para engañarme mejor... En fin, no quiero ya quebrarme más la cabeza buscando la explicación de un misterio impenetrable... Además, no sé por qué le he hablado á usted de todo esto. Ya, ya veo que usted no me cree y me tiene por loco. Veremos lo que dice usted cuando contemple mis piezas de convicción.

Y Van Stralen, sacando una llave de su bolsillo, abrió un armario y extrajo de él un Buda de bronce, varias prendas de vestir, un rollito de papel y otros objetos menudos.

—Todas estas cosas—dijo luego,—las guardé precipitadamente en ese armario á la media hora de haberse desmaterializado el desconocido. Durante esa media hora estuve anonadado, tirado por el suelo, donde me había caído

cuando el hombre ese se hubo proyectado del todo fuera de este mundo. Un taque violento de la puerta de mi casa vino á sacarme del estupor en que yacía. Comprendí que mi *boy* acababa de regresar. Dí un brinco, me arrojé sobre cuanto hubiera podido delatar la pasada estancia de otra persona en la habitación y lo arrojé en el armario, cerrando éste con llave. No quería que mi *boy* supiera que alguien había venido á casa. Nadie nos había visto entrar cuando el extranjero y yo veníamos de la tienda de Hung-Chong el anticuario. En las calles, desiertas á esa hora, durante el trayecto, no habíamos encontrado á nadie. Estaba, pues, seguro de que nadie me preguntaría por el extranjero cuando se notase su desaparición. Son obvios los motivos que tengo para ocultar lo sucedido.

—Aquí tiene usted—añadió á poco Van Stralen—el Buda de marras. Ya sé que nada prueba el Buda; pero aquí tiene usted también el papel que había en el interior de su cabeza; y al decir esto, Van Stralen me puso entre las manos una larga y acombada tira de ese papel amarillento que tiene algo de la consistencia de la seda, como todo papel chino, y sobre el cual se veían infinidad de caracteres, para mí incomprensibles, escritos en tinta roja y ya algo

—No entiendo estos garrapatos—dije yo.—Puede que sean sanscritos; pero el sanscrito es gringo para mí.

—Tengo otras pruebas—repuso Van Stralen.—Y sin añadir palabra me enseñó un mugriento sombrero de blando fieltro, gris, con alas muy anchas, y una plumilla blanquinegra espetada entre la copa y el cintajo que la rodeaba.

—¿Reconoce usted el sombrero del políglota desconocido que habló á usted en castellano? Recuerdo que chocó á usted el aspecto de este *couvre chef*, único de su especie en Pekín.

En efecto: el sombrero parecía ser el que yo había visto sobre la cabeza del misterioso personaje á quien aludía mi amigo.

Luego sacó éste un larguísimo gabán de paño pardo, provisto de esclavina desmesurada. Aquí ya no cabía duda: el gabán era el que usaba siempre el extranjero para pasearse por Pekín. No había otro igual en toda la capital chinesca.

—Gabán y sombrero—dijo Van Stralen—los dejó el desconocido sobre el diván al entrar en esta habitación. Se proyectó fuera del tiempo y del espacio únicamente con el trajecillo que llevaba puesto, y desnuda la cabeza.

—¿De modo—dije yo con mucha seriedad—que el extranjero ha hecho con usted, au-

sea irreverente comparación, y Dios me la perdone, algo semejante á lo que hizo Elías con su discípulo Eliseo al remontarse al cielo en un carro de llamas, arrojándole desde el espacio azul el manto que usaba en este mundo? ¿El desconocido ha dejado á usted, para recuerdo suyo, esa especie de balandrán grotesco y ese grotesco sombrerazo que ya no necesitaba?

Conocí que á Van Stralen no le había agradado la broma. Nada me replicó, pero frunció el ceño. Pareció vacilar medio minuto, y luego se decidió á seguir enseñándome lo que llamaba sus pruebas de convicción.

—Este es un trozo que arrancó Ta-tai del chaquet del extranjero. Y éstos son sus lentes, cuyo cordoncillo hubo de engancharse en un botón de mi americana cuando me arrojé por segunda vez sobre él para detenerle en este mundo. El cordoncillo se rompió del tirón, y los lentes, que cabalgaban sobre las narices del extranjero, quedaron colgando de mi americana. Dije á usted cómo sentí que el extranjero ya no ofrecía tanta resistencia material á mi contacto. Tampoco la oponían ya los lentes cuando pasó el percance. No sé cómo, hube de oprimirlos contra mi pecho, y en uno de sus reblandecidos cristales quedó estampada la huella de uno de los botones de mi ameri-

cana, la misma que llevo ahora. ¡Contempl usted esa huella y cásela con el tercer botón contando desde arriba!—añadió triunfalmente Van Stralen.

Miré los lentes, y ví que habían tomado, ignoro y no puedo explicar de qué manera, la impronta perfectísima del botón.

—Los lentes, poco á poco—decía Van Stralen,—durante las dos primeras horas después de la desmaterialización del desconocido, á medida, sin duda, que se fugaba ó desvanecía el agente que les hiciera perder su consistencia, fueron solidificándose de nuevo, pero guardaron esa huella. ¿Cabe prueba alguna más irrecusable de la verdad de mi relato? Dígame usted ahora su opinión.

—Mire usted, Van Stralen—dije al cabo de unos minutos.—Lo que usted me cuenta es extraordinario sobre toda ponderación, y sobre ser extraordinario, me parece inverosímil. Se lo digo á usted con toda franqueza. Quizás sea verdad, quizás sea una alucinación que ha padecido usted... No, no discutamos. Usted cree firmemente en ello, y yo en ello me resisto á creer, á pesar de todas las singulares pruebas que usted aduce. Nadie le creería á usted si lo contara. Lo mejor que puede usted hacer, por tanto, es callarse, ocultar ó destruir esas prendas de vestir del extranjero, y no volver á

sar en lo ocurrido, sea lo que sea lo ocurrido.

—No volveré á hablar de ello—replicó Van Stralen;—pero no destruiré las prendas ni el papel que había en la cabeza del Buda. Pienso hacerle traducir en cuanto encuentre alguien que sepa el sanscrito. Así averiguaré si el extranjero le tradujo fielmente ó me ensartó algún embuste. Y ahora—añadió, recogiendo balandrán, sombrero, Buda, lentes y papel y guardándolos otra vez en el armario,—sáqueme usted á pasear, que estoy muy necesitado de aire puro.

Ya tengo muy poco que añadir á esta extraordinaria relación. El políglota extranjero nunca más fué visto en Pekín, ni se supo por dónde se había ido, ni nadie preguntó por él ni extrañó su desaparición. Van Stralen cambió mucho de carácter. Se hizo taciturno, insociable. Dió en pasearse solo, gesticulando y musitando palabras incomprensibles. Dejó de frecuentarme. La gente creyó que se había trastornado de resultas de los horrores del sitio del barrio europeo por los boxers, sitio durante el cual se había portado con grande valentía. Yo me marché de Pekín á los tres meses de haberme referido Van Stralen su singular historia de la esfera. Me escribió Van Stralen desde Shanghai, á fines de 1901, que, [illegible] ıso para no sé qué puerto del Sur de la

China, á donde había sido trasladado, hubo de incendiarse un *godown* ó depósito de mercancías de Taku, en el cual estaba guardado el baúl que contenía las ropas del extranjero y el manuscrito de Hiueng-Tsang. Dicho baúl ardió, quedando destruídos ropas y papel.

Hace pocos meses he sabido, con grandísimo pesar, que Van Stralen falleció del cólera en Shanghai. Y como le prometí tan sólo no contar á nadie la historia de la esfera mientras él estuviese en vida, me considero desligado ya de la promesa, y he escrito y publico la historia susodicha porque la juzgo curiosa y porque quizás alguno de los muchos teósofos europeos pueda y quiera darnos la solución del enigma que contiene.

# EL HIJO DEL BANIÁN

# I

El *Karikal*, vapor de las mensajerías marítimas francesas que, la víspera, 25 de Julio, de madrugada, había salido de Adén, navegaba entre las costas de Arabia y las de la isla de Socotora, con rumbo á Bombay.

El barco, guarecido aún del monzón por las vecinas tierras, caminaba majestuoso, con casi imperceptible y grato balanceo, hendiendo con su proa las serenas aguas azules, apenas rizadas por un leve viento abrasador, vaho de horno que soplaba de las tostadas planicies de la Somalilandia.

Eran las seis de la mañana. Allá por el Oriente, un sol de fuego, cuyo disco enorme apenas se alzaba aún sobre el horizonte, en un cielo de esmeralda y coral pálido, rielaba de esplendorosa manera en el haz del mar.

El día que comenzaba prometía ser de prueba, más atrozmente caluroso aún que los empleados en la travesía de Suez á Adén, cuando pasaba el *Karikal* entre las peladas y rojas cos- ; del Egipto y de la Arabia.

La noche había sido sofocante. No fué aire, sino un hálito de estufa lo que durante ella se respiró á bordo. La mayoría de los pasajeros de primera y segunda clase, con permiso del capitán del buque, había dormido ó procurado dormir sobre cubierta, medio desnudos los hombres y con el *pijama* desceñido, algo despechugadas las señoras, y sin más ropa que una leve bata de percal ó un abigarrado *kímono*, transparente casi y revelador de las formas encerradas bajo sus anchos pliegues.

En esta guisa, dormitando á ratos, sudando como alcarrazas, suspirando á menudo y dando vueltas de continuo, tendidos sobre sus largas sillas de lona ó mimbre, los pasajeros europeos del *Karikal* habían pasado la noche bajo la estrellada bóveda celeste, hasta que, al amanecer, los echaron de allí los marineros, al dar comienzo á su diaria faena de baldear la cubierta del buque.

De bastante mal humor, con revueltas cabelleras y ojos hinchados aún de sueño, hombres y mujeres, desperezándose, bostezando y rebujándose en sus descompuestas vestiduras, recobrado ya en parte el pudor con la luz del alba, se levantaron entonces despacio y recogieron sus almohadas y ligeros chales.

Algo arremangado el *kímono*, metidos los pies en corvas y frescas babuchas de paja

colores, chapoteando en el agua del baldeo, que anegaba el puente, y dando brincos para evitar el chorro de las mangas de riego, las pasajeras, con gritos nerviosos y risitas, desaparecieron al punto y en tropel por la escalera que bajaba á los camarotes, huyendo, por coquetería, de las inquisitivas miradas de sus compañeros de viaje.

Algunos de éstos siguieron sin tardanza á las señoras. Otros, los más, permanecieron todavía un rato sobre cubierta, paseándose, fumando cigarrillos, ó contemplando, apoyados en la borda, el deslumbrante y hermoso espectáculo de un amanecer de entretrópicos sobre el inmenso mar azul y tranquilo.

Todos respiraban con fruición el aire que, por breves momentos, habían refrescado un poco los chorros de las mangas de riego, los cuales, al chocar contra los tablones de la cubierta y las bordas del buque, rebotaban parcialmente en forma de irisado y grato rocío.

Los pasajeros, aprovechando la ausencia de señoras, desabrochaban las chaquetillas de sus *pijamas*, y, sacudiéndolas, oreaban gozosos el sudado y descubierto pecho. Era para ellos otro deleite no menor sentir resbalar sobre sus pies desnudos el agua tibia del mar, mezclada con arenilla que, á grandes escobazos, barriendo

 unas escuadras de marineros y grumetes.

A ninguno de los señores que estorbaban el baldeo le corría prisa de bajar á entrepuentes y de encerrarse en su camarote ó en el cuarto de baño, lugares donde, en aquel clima bochornoso y en aquella época, á cualquier hora del día ó de la noche el caldeado y espeso ambiente atafagaba.

Sin embargo, como se acercase la hora del desayuno, preciso fué que hasta los más remolones abandonasen la cubierta para ir á asearse y á vestirse.

Durante una hora, en el interior del buque, por pasillos y cámaras, se oyeron continuas voces llamando á la servidumbre, frecuentes taques de puertas que se cierran con violencia, y rumores de vajilla y cubiertos removidos.

A medida que se terminaban aseos y desayunos, la cubierta fué poco á poco recobrando animación.

Las primeras en subir la escalera que conducía de la cámara al puente y en asomarse á él, fueron dos lindas damas inglesas, provistas de sendos noveluchos y sendas labores de mano, y cuyos bien alisados pelos, frescas *toilettes* de batista y aspecto general de todo punto correcto, pulcro y decoroso, contrastaban de singular manera con su descompuesto atavío y enmarañadas greñas del amanecer. Ambas señoras se dirigieron hacia el lugar donde los

rineros, al baldear el buque, habían hacinado sillas y butacas, y sacando del montón las suyas, las arrastraron y colocaron contra la banda de babor, tendiéndose ó retrepándose luego lánguidamente en ellas, vueltas de espaldas al haz del mar, donde fúlgidamente reverbera el sol.

Unos minutos después, por la oquedad de la escalera surgía en el puente numeroso grupo de caballeros, vestidos de algodón blanco ó color *khaki*, y guarecida la cabeza por un casco de corcho que daba cierta belicosa apariencia, como de militares en traje de campaña exótica, á aquellos pacíficos individuos, los cuales, en verdad, no eran sino turistas ó comerciantes y funcionarios civiles de una ú otra nación de Europa que iban á donde tenían sus destinos y negocios. Saludaron todos á las señoras, y buscando luego cada cual su silla, se acomodaron acá y allá, siempre á babor, del lado opuesto á aquél que el rutilante astro del día inundaba de cegadora luz.

De esta suerte, debajo de los dos espesos y superpuestos toldos de lona que sombreaban el puente del *Karikal*, entre la segunda de sus chimeneas y la popa, fueron instalándose uno tras otro casi todos los demás pasajeros de primera. De entre ellos, los más conspicuos eran un alto empleado francés que iba á tomar

posesión de su cargo en Cochinchina, acompañado de su joven y rubia esposa y de dos niños de corta edad, muy blancos y muy sonrosados; dos militares británicos que iban á la India; cierto hacendado neerlandés, el cual volvía de Amsterdam á sus fincas de Sumatra; un Vicecónsul lusitano á quien le parecía corta la terminada licencia y tornaba de pésima gana á su puesto en Hong-Kong; y una familia de güebros de Bombay, compuesta de un provecto y pomposo personaje, mercader riquísimo, que nunca desabrochaba su levita de corte londonense ni se quitaba nunca el puntiagudo gorro negro, de tiesa y lustrosa materia parecida al hule, que usan los modernos adoradores del sol; de la señora del personaje susodicho, dama cuarentona, de bastante buen ver aún y muy metida en carnes, y de la hija de este matrimonio, garrida doncella de unos ojos hermosísimos, que contaría escasamente diez y seis ó diez y siete años, y cuya tez era de un color de chocolate algo más claro que el del rostro de sus progenitores. Ambas señoras, madre é hija, vestían el traje de las mujeres parsíes: túnica de crespón de lana, algo ceñida y adornada con gayas y orlas de varios colores que resaltaban sobre el fondo chillón de otro color distinto, y por cima, hasta los pies, cubriendo en parte la cabeza, pero dejando la cara libre.

un amplio velo de tisú, á manera de cendal, también muy vistoso é historiado, y cuyas pleguerías ya flameaban alegremente al viento, ya eran recogidas de artístico modo por manos expertas.

Todas estas personas, hasta los propios parsíes, estaban como anonadadas por el calor, y llenas ya de tedio, desde el amanecer, ante la perspectiva de otro monótono, afogorante día de navegación. Nadie hablaba, nadie abría un libro, nadie tocaba una labor. Hubiérase dicho que los bríos de esa gente se habían gastado del todo en el esfuerzo hecho para vestirse, sacrificándose en aras de la decencia y de sus prejuicios de seres civilizados. Hasta los dos traviesos niños que solían corretear de continuo por la cubierta, insensibles al bochorno, gritando y riendo alegremente y dando no poca guerra á las personas mayores, se estaban entonces muy quietecitos, sentados por el suelo al pie de la silla de su madre, sin ánimos para nada, boquiabiertos y fatigosos, con el rostro encendido y la piel rociada de gotas de sudor.

En esa forma—sin que ninguno de los tendidos pasajeros se rebullera en su silla como no fuese para abanicarse, empaparse el rostro con el pañuelo ó cambiar de postura buscando [illegible]io en otra—transcurrió algún tiempo, aca-

so una hora, hasta que una nueva angustia, la del mareo, vino á añadirse á la de la sofocación.

El *Karikal*, saliendo poco á poco de las aguas casi remansadas del golfo de Adén, rebasaba la isla de Socotora y entraba en el inmenso y entonces agitado mar de la India. Ya proejaba el buque, cortando al sesgo con el estrave las contrarias olas que, levantadas por el monzón, allá muy lejos, en el hemisferio austral, venían corriendo en monótona é infinita ringle de ondulaciones, hasta volcarse en las costas del Omán y de Somalilandia. Entonces, por minutos, comenzó á hacerse más y más sensible y aun intolerable para muchos de los pasajeros, cierta angustiosa combinación de arfadas y balances simultáneos que imprimían al buque un á modo de movimiento rotatorio como el que dan las cocineras á las sartenes cuando guisan determinados manjares.

Muchos de los rostros encendidos por el calor fueron luego perdiendo punto por punto sus colores hasta quedarse amarillos cual la cera, y las bocas, abiertas antes de continuo por la asfixia, se contrajeron espasmódicamente en muecas producidas por la intensa congoja de las bascas. La persona que más sufría del mareo era la joven francesita: yacía inerte, con los ojos cerrados, como temerosa de provoc--

con cualquier movimiento una catástrofe. Las dos damas inglesas estaban algo pálidas, pero se quejaban más del bochorno que del mareo. Las parsíes, madre é hija, permanecían mudas, serenas, dignas, y al parecer insensibles á arfadas y balances, contemplando, por el espacio vano entre la borda y el toldo, ya el fluir ondulante del espumoso y glauco mar, cuando el buque se inclinaba hacia babor, ya la nítida, refulgente extensión del cielo, azul apenas, cuando era la banda de estribor la que se recostaba sobre el agua.

Los hombres todos, por vanidad masculina, aun aquéllos cuya tez había verdeado por extremo, procuraban disimular sus náuseas, y aseguraban repetidamente, sin que nadie se lo preguntase, que, á no ser por el calor, estarían tan campantes como en sus casas de Europa. Y aun hubo uno, el hacendado neerlandés, jayanote curtido en navegar, que, movido acaso por un ruín deseo de hacer ver á aquella gente enferma lo bien que él se sentía, llegó á afirmar que le arregostaban los vaivenes del *Karikal*. Para probarlo, sacudió la pereza, se levantó de su silla y, á pesar de tener la ropa trasudada y de estar asurándose en la propia grasa que envolvía su corpulenta humanidad, se puso á jugar al herrón, afianzado torpemen-
bre sus entreabiertas enormes piernas. No

quiso ser menos el consulillo portugués, y, muy finchado, no obstante que tenía algo revuelta la bilis, bravuconamente echó su cuarto á espadas, alternando con el holandés en tirar por el aire arillos de trenzadas filásticas, á fin de engancharlos en un espigón de madera colocado verticalmente, á cierta distancia, sobre la cubierta.

## II

Apenas había comenzado el juego, cuando aportó por allí un nuevo personaje, vestido con el uniforme blanco, galoneado de oro, de la oficialidad del buque. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos, contoneándose airosamente á compás de los balances, como hombre hecho á ellos. Al llegar cerca de la fila de tendidas señoras, se quitó la gorra de visera que traía puesta, y las saludó con un gesto afectuoso y un:

—¿Qué tal van mis enfermitas? ¿Empezamos ya con el mareo?

Al oir esta pregunta, algunas de las aludidas se incorporaron; otras, sin rebullirse apenas, abrieron los ojos y volvieron la cara hacia el recién llegado, y todas á la vez, volublemen-

en tono quejumbroso, lanzaron sobre él un diluvio de preguntas y respuestas:

—¡Ay, doctor! estoy muy mala; deme usted algo que me alivie. ¿Va á durar esto mucho? —¿Dónde ha estado usted hasta ahora que no le hemos visto?—¿Por qué no se ha desayunado usted con nosotros?—Nos tiene usted muy abandonadas.—Este mar es horrible. Me parece que me estoy muriendo. ¡Qué angustias, Dios mío!

El doctor, un bordelés flemático y socarrón, alzó la mano como para pedir silencio, y dijo:

—Lo siento mucho, señoras; pero he estado afanadísimo esta mañana. Aún tengo un quehacer urgente. Al pasar por aquí quería únicamente decirles esto y que pronto volveré para distribuirles una poción muy dulce, casi una golosina, que les quitará el mareo como con mano de santo...

—¿Pero qué—interrumpió una de las señoras inglesas,—se va usted, doctor? ¿Qué pasa? ¿Hay alguien enfermo á bordo?

—Sí—repuso el médico,—y enfermo grave.

—¿Algo contagioso?—exclamaron aterradas varias señoras y aun algunos hombres.—¿Peste? ¿Las viruelas negras que había en Puerto Said? ¡Dios mío, esto es lo único que nos faltaba!

No—repuso el interpelado, sonriéndose

burlonamente;—no es nada contagioso. Tranquilícense.

Un ¡ah! general de satisfacción acogió las palabras del médico. Este prosiguió diciendo, aunque el auditorio le escuchaba ya con interés escaso:

—Se trata de un niño indio, una criaturilla infeliz que contará escasamente quince días y que se está muriendo por la posta, de cólicos, allá adelante, sobre cubierta, muy lejos de ustedes, cerca de la proa. No puede haber contagio. El padre es un banián, pobre buhonero del Guzarate, que había ido á traficar á Adén, acompañado de su mujer y de su hijo primogénito, un chiquillo de unos doce años. La mujer, que debía de estar tísica de remate, dió á luz, hace un par de semanas, este segundo niño, y se murió luego, á los pocos días. El padre, ignorando que el recién nacido estaba condenado á morir muy en breve, porque vino al mundo lleno de tubérculos, y viéndose sin recursos ni medios de procurarse una nodriza, malvendió su pacotilla; decidió descabelladamente embarcarse en el *Karikal* con sus dos hijos; venir á Bombay, donde tiene alguna familia; dejar allí al menor de ellos, y volverse luego á Adén, con el mayor, para seguir traficando. Esto, al menos, es lo que he podido sacar en limpio de lo que dice, en inglés cha-

rreado, el pobrete del banián. La criatura no tiene ya ni dos horas de vida. El padre la alimentaba con leche condensada y biberón; pero la leche se torcía con el calor, por falta de hielo en que guardarla; y el hombre ese es tan rudo y tosco, que, ignorante de los más elementarios principios de higiene, ni siquiera lavaba el biberón después de servirse de él; resultado: un envenenamiento del chiquillo.

—¡Qué lástima!—dijeron dos ó tres personas.—Bueno, doctor: váyase usted allí, y vuelva pronto, que le aguardamos con impaciencia.

Y en diciendo esto, cada cual recobró su primitiva postura, salvo la señora francesa, que también se había incorporado durante el relato del médico, y que, deteniendo á éste por una manga cuando estaba á punto de marcharse, le dijo:

—Aguárdeme usted, Sr. Lavigne, que le acompaño. Quiero ver al niño enfermo.

—Pero, señora, ¿para qué? Se va usted á marear del todo; y además, ¿á qué conduce el presenciar tan triste espectáculo? Aquello no tiene remedio ni puede usted servir allí de nada... Vamos, M. de Lanty—añadió el médico, volviéndose hacia el marido de la señora francesa,—disuada usted á su mujer de venir conmigo.

-No, no, Paul—dijo ansiosamente Mada-

me de Lanty á su marido, mientras, poniéndose de pie, muy pálida, se agarraba al brazo de él.—Déjame ir; algo puedo hacer para aliviar siquiera al niño.

M. de Lanty pareció vacilar; mas no supo resistir á las mudas súplicas que leía en los ojos de su mujer, y dijo:

—Es un disparate; pero, puesto que lo deseas, vamos.

—Primero al camarote, luego allí—contestó la señora poniéndose en marcha, de bracero con su esposo y cada vez más pálida con el vaivén del buque.—Tengo que buscar algunas cosas. En seguida vengo, doctor; aguárdeme con el niño.—Y volviéndose hacia los suyos, añadió, gritando desde lejos:—Sed juiciosos y quedaros quietecitos, que pronto me tendréis de vuelta.

Luego desaparecieron M. y Mme. de Lanty por la escalera abajo. El Dr. Lavigne se fué hacia la proa seguido por el holandés y el Cónsul, quienes habían encontrado algo de más novedad que el herrón para distraer sus ocios. Los demás pasajeros se quedaron donde estaban, indiferentes á todo lo que no fuese sus propios tártagos. Lo que ocurría no mereció á nadie una reflexión, salvo á la señora parsí, que, dirigiéndose á su hija, le expresó á media voz su pasmo de que una *memsahib*, una dr

europea, una persona de tantas campanillas, se alborotase á tal extremo porque estuviera agonizando el chiquillo de un banián. La damisela nada contestó á su madre, alzando únicamente los hombros en prueba de desdén.

Entre tanto, el médico, el hacendado holandés y el consulillo llegaban á la proa del *Karikal*. Era éste un vapor de los más antiguos de las mensajerías francesas, y carecía, por tanto, de cámaras frigoríficas y de otros modernos requisitos para la comodidad de los pasajeros, en razón de lo cual se hacía menester, durante cada viaje, habilitar parte de la cubierta, entre la proa y las chimeneas, para establos de ganado lanar y vacuno. En aquel sitio se veían, dentro de grandes jaulones puestos en doble fila, no pocos bueyes y carneros que mujían y balaban sin cesar, lamentándose á su manera del mareo. El espacio que quedaba libre entre las jaulas servía para que se acomodase en él una harapienta, casi desnuda y abigarrada muchedumbre de viajeros orientales, gente demasiado pobre para tomar otra clase de pasaje. Allí había ejemplares no muy escogidos de todas las razas que pueblan el Africa y el Sur del Asia: árabes cenceños y barbudos, negros de achatada nariz y crespa cabera, indios altivos y de hermosos ojos, me-

nudos japoneses, pringosos y amarillentos chinos, y persas, judíos, cingaleses, turcos y felaes, y hombres extraños, feísimos, de tan indefinible casta y sangre tan mezclada como la de los perros callejeros.

Cuando llegaron el médico y sus acompañantes, toda esa taifa de seres escuálidos y mugrientos, con cuyos pellejos respectivos hubiérase podido formar una escala cromática que corriera desde el amarillo pálido hasta el negro bituminoso, pasando por el castaño claro y el verde bronce, se apiñaba confusamente en torno de algún objeto que movía sobremanera su curiosidad. Sólo se veía una muralla circular de piernas y espaldas desnudas y un revuelto océano de feces y turbantes multicolores, de sombrerillos de paja y de toda clase de gorras de las más singulares hechuras. Por cima, se agitaban en el aire algunos brazos nervudos y manos obscuras, semejantes á remos de colosales simios. El gentío aquél promovía infernal baraúnda de guturales voces y de exclamaciones broncas. Cada cual hablaba en su lengua, sin reparar en que no le entendían los demás, y procurando sobreponerse con sus gritos al rumoroso babel de los diversos idiomas asiáticos ó africanos.

Al ver ese espectáculo y oir el ensordecedor batiburrillo, frunció el ceño M. Lavigr

tapándose las orejas con ambas manos, exclamó con estentórea voz colérica:

—¡Otra vez armando grita! ¿No había yo prohibido esto? ¡A ver, marineros: barredme á escobazos esa gentuza toda! ¡Valiente cáfila de competidores me ha salido! Seguirán empeñados en curar al chiquillo cada cual á su manera. ¿No le pueden dejar morir en calma y en silencio?

Y mientras hablaba, accionaba también el médico, dando el ejemplo á los marinos que por allí cerca había. A empellones acá, á puntapiés y moquetes acullá, con carreras y renovado griterío, entre las risas de los tripulantes, el cacareo de las gallinas asustadas y el lamentable mugir y balar de bueyes, ternerillos y carneros, en un santiamén quedaron dispersos por la cubierta los alborotadores y á su modo caritativos pasajeros orientales.

Hecho el silencio, restablecida la calma, pudieron el doctor, el holandés y el cónsul ver á un indio, de rodillas sobre el puente, inmóvil, callado, absorto, con la cabeza gacha, y los ojos, muy abiertos, espantosamente fijos en lo que tenía delante. El peso de su rendido cuerpo descansaba sobre los talones, y las manos, inertes, estaban apoyadas en los desnudos muslos. Los labios, apretados, contenían los so-
os que sacudían las espaldas é hinchaban

el pecho del infeliz. Por sus mejillas, descarnadas y cetrinas, gruesas lágrimas rodaban despacio, hasta perderse en la barba, rizosa y negra. De pie, á su lado, descansando la cabecita en el turbante de su padre, y abrazando á éste por los hombros, estaba un mozuelo de diez ó doce años que lloraba amargamente, y sólo interrumpía á veces el llanto para lanzar al aire un quejido prolongado, agudo, desgarrador, semejante al fúnebre aullar de un perro en noche de luna.

Al frente del hombre y del mozuelo, sobre los tablones de la cubierta, en un rebujo de inmundos trapos, había algo negro y que bullía un poco. Acercándose más, vieron los dos pasajeros europeos que aquello era el niño moribundo: una criatura canija, tendida de espaldas, y de cuyos ojos, ya vidriosos, apenas se veía más que el blanco, resaltando en la bronceada tez del rostro convulso y sudoroso. El niño estaba en cueros y casi inmóvil: sólo se crispaban sus manos de continuo en los estertores de la agonía; pero, á ratos, un espasmo de dolor, partiendo del entumecido vientre, le sacudía de pies á cabeza el desmedrado cuerpo.

Sin decir palabra, el hacendado y el cónsul se estuvieron un rato mirando aquel segundo retoño de una esquilmada naturaleza, venido al mundo sin savia ni bríos para madurar y

lozanarse, mísero redrojillo humano en cuyo cuerpo el alma, fuego divino que da la vida, pugnaba inútilmente por quedarse, como llama prendida en pábilo demasiado corto, y que se ase á él, y arde algo, y lucha por tomar incremento; mas luego chisporrotea, vacila, mengua y se apaga sola.

Al fin, el portugués, que estaba cada vez más verde, rompió á hablar, y mirando en redor suyo, dijo:

—¡Qué calor!... ¡y qué mal huele aquí! Me están dando en las narices tufaradas de sucia humanidad. Claro, como que esta morralla ha vuelto á agolparse en torno de nosotros. ¡Qué asco! Hieden peor que los jaulones de las vacas. Vámonos, amigo, que me estoy mareando de veras.

—Y yo también—replicó el hacendado de Sumatra.—Lo que no conseguirán nunca los tumbos del buque lo están consiguiendo la hedentina y el resol. ¡Qué luz tan cruda! Mire usted, como que no hay más que un toldo. Aquí sí que las sombras son en verdad moradas, como en los cuadros de los pintores modernistas. Esto está para pillar el tifus ó un tabardillo cuando menos. Vámonos. Además—añadió luego tomando el brazo del portugués y echando á andar, mientras con un gesto ico hacía señas de que le abriera paso la

turbamulta de curiosos orientales que, calladamente, uno tras otro, habían vuelto á juntarse alrededor del banián y su familia,—no gusto de espectáculos tristes. No sé qué necia idea me dió de venir aquí. Mejor estaba jugando al herrón tranquilamente... No, no: pase usted, señora, que luego saldremos nosotros.

Estas últimas palabras, acompañadas de un saludo, se dirigían á Mme. de Lanty, la cual, apoyada en el brazo de su marido y sosteniendo con el otro, recogidos contra el pecho, algunos objetos, como esponjas, ropilla blanca de niño, biberones, frascos y toallas, iba á traspasar la brecha abierta en el gentío por el gesto del holandés. Al ver á éste y á su compañero, Mme. de Lanty se había detenido y hecho á un lado para dejarles franca la salida. Pero, en oyendo el ruego de aquel hombre, la señora francesa continuó su camino; penetró en el ruedo, seguida de su marido, y se acercó al grupo formado por el médico, el banián y los hijos de éste, mientras se alejaban hacia la popa, trincados del brazo y en tanganillas, haciendo grotescamente pinitos, el gigantón de Holanda y el esmirriado consulete lusitano.

Mme. de Lanty se arrodilló al punto al lado del médico, que estaba en cuclillas tomando el pulso al niño, y, dejando por el suelo cuanto en los brazos traía, muda, pálida, con cara en q

se pintaban ternura y honda pena, se puso á prodigar cuidados al agonizante hijo del banián. Presta, amorosamente, con agua tibia, esponjas y franela, sus dedos de madre limpiaron de inmundicia el cuerpo del chiquillo; le lavaron y refrescaron la lengua y el cielo de la boca, quitando de allí los grumos de leche agría, le envolvieron en pañales blancos y le tendieron sobre unos cojines de crin y suave trenzada pita de colores. Luego Mme. de Lanty cogió de manos de su marido, á pesar de las protestas de él, la sombrilla blanca, forrada de verde, con que él la guarecía del sol mientras ella cuidaba al niño, y la colocó al lado de éste, sobre la cubierta, de modo que le guareciese algo del calor y de la cruda luz. Hecho esto, se volvió hacia el doctor, que la había ayudado en sus faenas, y dijo:

—¿Qué más puedo hacer? No se me ocurre otra cosa. Comprendo, por lo que veo, que nada puede salvar al niño. ¿Dígame, doctor, es cierto?

—¡Y tan cierto, por desgracia! No le doy ni una hora de vida. Ha hecho usted cuanto podía hacerse. Ahora, retírese usted, se lo suplico. Ya está usted mala con el mareo; no coja por cima una insolación. Mire que eso es muy peligroso en estos climas.

—Sí, vámonos ya, mujer—añadió M. de

Lanty.—Esto es horrible, me da mucha lástima; pero la cosa no tiene remedio, y tú puedes enfermar. Vámonos.

—No: aguarda todavía un minuto. Aún me queda algo que hacer, y algo que importa mucho. Luego nos iremos—replicó la francesita; y al decir esto se arrodilló otra vez cerca del niño, volviendo las espaldas al grupo principal de gentes africanas y asiáticas que la miraban, y ocultándose con la sombrilla de los ojos del banián. Este, anonadado por la irremediable desgracia que se le venía encima, había permanecido inmóvil, estulto, llorando siempre en la misma postura, sin darse por entendido de lo que pasaba en redor suyo. Pero el hijo mayor había interrumpido el llanto y seguía con interés los movimientos de aquella señora tan menuda, tan fina y tan rubia y blanca que cuidaba tiernamente á su hermanillo. Del muchacho aquél y de los hombres que la miraban, entre los cuales había, sin duda, no pocos fanáticos, mahometanos ó de otras religiones no cristianas, quería ahora ocultarse Mme. de Lanty, como si fuese á cometer una mala acción. Después de correrse hacia la izquierda y hacia la derecha, cuando estuvo segura de que nadie la veía, salvo su marido y el doctor, con manos trémulas llenó una taza de agua limpia, mojó después en ella la punta de los dedos, y, r

pidamente, roció y persignó la frente, la boca y el pecho del moribundo niño, pronunciando á la vez, en lengua francesa, con unción y á media voz, la fórmula sacramental del bautismo católico.

—Ahora que le he dado el agua del socorro —dijo luego y levantándose Mme. de Lanty,— no tengo inconveniente en retirarme. M. Lavigne, si por milagro el niño mejorase, no deje usted de avisármelo: á ver si entre usted y yo le sacamos adelante. ¡Ah! pero... y si se muere... luego ¿qué...?

—Luego, señora... — contestó el médico, mientras se marchaba acompañando á M. y Mme. de Lanty,—luego... ¡qué remedio!... nos faltan cuatro días para llegar á Bombay, el calor es horrible, aquí no hay forma de conservar un cadáver tanto tiempo sin peligro de infestar el buque. Habrá por fuerza que tirar el niño al agua... y cuanto más pronto, mejor.

Nada contestó Mme. de Lanty; pero un espeluzno de horror sacudió todo su cuerpo. Tan desfallecida estaba, que su marido tuvo que llevársela poco menos que en brazos al camarote suyo, donde el médico la obligó á permanecer tendida el resto del día.

## III

Lenta, monótonamente, fué transcurriendo el tiempo. El calor se hacía irresistible. El sol, ya casi meridiano, desde el blanco cielo caía á plomo sobre el movedizo, resplandeciente haz del mar, y, reverberando en él como en descomunal espejuelo de cazar alondras, cegaba los doloridos ojos de los pasajeros de primera. Seguían éstos recostados en sus sillas, bajo el doble toldo, abotargados, y parpadeando y suspirando. Arfadas y vaivenes eran cada vez mayores. Nadie había vuelto á moverse en toda la mañana, salvo cuando llegó de nuevo el médico, trayendo, al par que la esperada pócima para los mareados, la noticia de que el niño indio acababa de fallecer. Luego, sin más novedad, había pasado una hora y media.

Entonces, cuando reinaba más silencio, por los tragaluces abiertos en el centro del puente, llegó á oídos de los pasajeros el claro, argentino retintín de los doce golpes del mediodía que daba, allá abajo, el reloj del comedor.

—Veremos ahora si el barco ha andado mucho con este mar,—murmuró el holandés, que estaba tumbado confortablemente en el más

sombrío rincón de la cubierta, y, desperezándose, se incorporó para aguardar la llegada del oficial que, todos los días, á esa hora, señalaba, con una banderita, en un mapa colocado debajo del castillo de popa, la latitud y la longitud en que se hallaba el *Karikal*, clavando luego al lado un papelito con el número de millas recorridas en la última singladura.

El oficial poco tardó en hacer su aparición.

—¿Cuántas millas?—preguntaron en coro, al verle, varios pasajeros.

—145,—replicó el interpelado.

—¡Qué poco!—exclamaron varias voces.—Andando así no llegaremos nunca. Esta es la singladura más corta desde que hemos salido de Marsella.

—¿Pero qué es esto?—dijo entonces una de las dos damas inglesas.—Me parece que ya no andamos, y que el barco se balancea de otro modo. ¿Se ha parado el *Karikal*? ¿Qué ocurre?

En efecto: el buque, amainando poco á poco el andar, se había detenido del todo al fin, y ya, inerte, abatido el rumbo, se columpiaba á merced de las olas, arrastrado insensiblemente por ellas.

—Cierto es, señora—dijo el oficial,—pero únicamente por breves minutos. Ello obedece á la necesidad de echar al agua el cadáver del o indio. En poco rato se ha hinchado de tal

manera y ha llegado á tal punto la descomposición, que no es posible guardarle más tiempo á bordo...

—¡Por Dios! no entre usted en horripilantes pormenores,—gritaron á una las dos inglesas.

—¿Y el padre?—interrogó M. de Lanty.

—El padre... hemos tenido que encerrarle en un camarote de tercera. Silenciosa, desesperadamente, al espirar el niño, se asió al cuerpo de él. Hubo que arrancársele á la fuerza de los brazos. No quería que le echaran al mar. En cuanto al hijo mayor, que, frenético y dando aullidos espantosos, á arañazos y mordiscos quería defender á su padre, también se le ha encerrado en el mismo camarote, muy lejos de aquí, para que no molesten á ustedes sus lamentos.

Calló el oficial. Durante breves minutos sólo se oyó el rumor trepidante de la hélice, debajo de la popa; el golpe sordo de los maretazos contra las bandas del buque, y el granizar de la espuma, cuando, después de levantarse bruscamente en penachos irisados, volvía á chocar al sesgo en la azul y ondeada superficie de las aguas.

Por último, la niña parsí cuchicheó con su madre, se levantó de su silla, y con cara impasible y garboso, lento andar, envuelta en su ceñido velo azul obscuro con estrellas de

se fué hacia la escalera de la cámara y desapareció por ella, mientras la seguían las fijas miradas de los hombres.

Uno de ellos habló al fin:—¿Y dice usted que ahora van á enterr... van á arrojar al agua al niño?

—Sí.

—¿De qué lado?

—Creo que por la banda de babor.

El pasajero que había formulado la pregunta se acercó entonces á la indicada borda, recostando el pecho en ella y sacando medio cuerpo fuera. Muchos de los demás hombres, llevados de la misma insana curiosidad, imitaron el ejemplo que se les daba. Las señoras, por lo contrario, permanecieron todas en su sitio, mudas y sin moverse casi.

A poco, la hilera de asomados curiosos vió cómo, allá adelante, muy lejos, iba sobresaliendo, perpendicularmente al costado del buque, el extremo de un tablón. Sobre el tablón había una caja cuadrada, de madera, pequeña y tosca, al parecer de mercancías. Tablón y caja estuvieron un punto inmóviles, suspendidos en el vacío. Luego, el tablón dió un vuelco, y la caja, de pronto, á destiempo, cuando la proa del barco estaba más empinada sobre el tumultuoso nivel del mar, cayó con golpe o y se hundió, levantando chorros de espu-

ma, en el traidor regazo formado por dos olas.

Los espectadores, como hipnotizados, seguían mirando el punto por donde el tosco féretro se había hundido en su tumba líquida. De pronto se oyó un murmullo de horror, y una voz trémula, bronca, dijo:

—¡Miren! ¡Miren!

Todos los ojos se volvieron hacia donde señalaba una mano extendida. Allí, flotando y bailando en el agua, no lejos del lugar por donde la caja había desaparecido, tornaba á aparecer la caja, abierta, vacía, con los tablones desensamblados. Cerca de ella, meciéndose como en una cuna, medio envuelto en una sábana blanca, sobrenadaba el niño indio. Parecía estar durmiendo.

Y en seguida, desde lejos, entre dos aguas, á escape, en línea recta, rehilando como el acero brillador de alguna lanza enorme, se vió venir, pasar por debajo del niño y desaparecer, una forma vaga, colosal y plateada. Y también había desaparecido el niño. Donde él estuvo flotando por un momento, sólo quedaba, para señal fugitiva, una leve mancha roja, que pronto se deshizo en el seno azul del mar. Los tablones de la caja, ya rota del todo, seguían meciéndose tranquilamente. En uno de ellos se leía, escrito en letras negras, un rótulo que rezaba: *Moët et Chandon. Champagne extra dr*

Los pasajeros, al ver aquella escena, habían echado bruscamente el cuerpo atrás, y demudados, se miraban unos á otros con ojos llenos de pavura. Oyéronse exclamaciones de angustia, palabras entrecortadas y sin sentido. Las manos de muchos temblaban. Otros, lívidos, torcían nerviosamente el gesto. Alguna de las señoras, al enterarse á medias de lo ocurrido, estuvo á punto de privarse. Todo era confusión y aterramiento. El oficial, en tanto, pesaroso é irritado, como en tono de disculpa, murmuraba algo, que nadie escuchó, sobre la incuria y torpeza de los marineros y sobre órdenes dadas para que se echase el cadáver al mar, metido, con lastre, en una caja, á fin de evitar á los pasajeros el espectáculo más lúgubre de un difunto envuelto en el sudario y con un peso de plomo atado á los pies. Luego añadió el marino otras cosas acerca de lastre insuficiente y suelto, fragilidad de la caja y voraces tiburones que, en el Océano Índico, nadan de continuo en torno de los buques, acechando la basura arrojada al agua por las tolvas.

Pero esas explicaciones eran superfluas y no mitigaban el horror del caso. Todo el mundo se hacía cargo de lo ocurrido y, al recordarlo ó imaginarlo, sentía escalofríos en el cuerpo; todo el mundo, salvo la cimbreña y garrida

:a parsí, que arropada airosamente en las

pleguerías de un cendal purpúreo, sembrado de flores de plata y de sinople, surgía de nuevo en la cubierta, apacible y risueña como una diosa.

Detrás, y en seguida, apareció un mozo de comedor, y, tañendo rápida y repetidamente con un palillo en la convexa superficie de un grueso círculo de cobre fúlgido, al que arrancaba fragorosas metálicas resonancias, anunció de esa suerte á los pasajeros de primera que estaba servido el almuerzo de ellos.

## IV

Algunos minutos más tarde, repuestos ya los ánimos, después de lavarse las manos y atusarse un poco, se reunían y se sentaban á la mesa casi todos los caballeros. Las señoras brillaban por su ausencia. El calor, el mareo, y también quizás la fúnebre merienda del tiburón, les habían revuelto el estómago y cortado el apetito. Aquello parecía que iba á ser un almuerzo de hombres solos; y ya se estaba sirviendo el segundo plato, cuando hicieron su gloriosa epifanía y tomaron sus asientos las dos damas parsíes, que al punto se excusaron de la tardanza en razón de que la madre, que no supo aprovechar la parada del barco p---

ir á mudarse de velo á la vez que su hija, había tenido después no poca dificultad para ponerse otro más elegante, en el estrecho camarote, entre tumbos y vaivenes. La venida de ambas señoras fué saludada con un murmullo de satisfacción y un diluvio de piropos internacionales, en los que la mamá tuvo también su ración, aunque más pequeña que la de su lindo y rozagante vástago. En ese concurso de galantería tomaron parte todos los señores, hasta los casados allí presentes, á quienes también se les alegraban las pajarillas con la vista de la buena moza guebra, y que aprovechaban la ocasión de estar ausentes sus esposas para dárselo á entender. La niña se sonreía de plácida manera y contestaba á todos, con desembarazo y gran donaire, en inglés correcto, pero de extraña, ceceante y graciosa pronunciación, ó en el francés chapurrado que había aprendido en París, de donde venía de ver la última Exposición universal. Nadie se acordaba ya del niño muerto. El almuerzo prosiguió y terminó del modo más alegre: entre risas, vayas y dichos que se contenían dentro de los límites de lo decoroso, merced á la presencia del solemne papá parsí.

Pero tanto regocijo volvió á trocarse en murria por la tarde. El mar se fué picando más [illegible] que ya lo estaba, el horizonte se enca-

potó, negras nubes ocultaron el sol, y comenzaron á caer gruesas, tibias gotas de lluvia. El barco, debajo del cielo gris, en el ambiente caluroso y húmedo, bailaba desenfrenadamente sobre monstruosas olas. Ya se cernía por un minuto en la cresta de ellas, con casi todo el casco fuera del mar; ya se deslizaba veloz por rápida cuesta espumante y glauca, hasta quedar sumido entre dos altísimas y acombadas lomas de agua, una que huía por detrás, otra que se le venía encima y parecía estar á punto de derrumbar sobre él su fluida, revuelta masa azul y blanca y verde; ya la masa aquélla le levantaba como en vilo, y le empinaba hasta su albo copete de burbujas, para precipitarle luego en otro valle muy hondo y movedizo.

El *Karikal* navegó así durante cuatro días y cuatro noches, como rodando por ingentes, interminables montañas rusas. Hasta los más temosos pasajeros habían tenido que entregarse. Uno tras otro, cada cual hubo de encerrarse en su camarote, y quedarse allí tendido, medio muerto, con el alma en la boca á cada tumbo, respirando la atmósfera espesa de entrepuentes. Escotillas, portas y demás aberturas del buque habían sido herméticamente cerradas. Además, hubiera sido peligroso estar sobre la cubierta, barrida á cada paso por golpes de agua que sorbían luego, gargoteando, los embornales.

La alegría fué, pues, muy grande y general, cuando en la madrugada del 30, con mar más tranquila, luciendo el sol, el barco fondeó en el puerto de Bombay. Apenas estuvo el *Karikal* al abrigo de los rompeolas, cuando todos los pasajeros de primera, risueños, aunque pálidos y ojerosos, subieron á cubierta, compuestos ya y vestidos para echarse á tierra así como atracase al muelle el buque.

Las últimas personas en presentarse en público fueron M. y Mme. de Lanty y sus hijos. Ambos consortes habían sufrido más que nadie del mareo. Estaban derrengados, hechos una lástima. Ella era de complexión muy delicada, poco resistente. Grande esfuerzo de voluntad le costó el levantarse y vestirse; pero aunque no le corría prisa bajar del buque, se sobrepuso á sus dolencias y se arregló lo más pronto que pudo, porque estaba ansiosa de respirar el aire libre y de cumplir con lo que ella estimaba como un cargo de conciencia, como un deber de caridad. Así y con todo, cuando Mme. de Lanty, más delgada que cuatro días antes, con los labios descoloridos, la tez palidecida y el rostro alargado por el sufrimiento, pero bonita siempre é interesante, hizo su aparición sobre cubierta, hacía ya largo rato que el *Karikal* había atracado al muelle. La francesita, apo-
o una mano en el brazo de su marido, pen-

diendo la otra á lo largo del cuerpo y cerrada como si guardase en ella algo, sonriendo siempre, sin detenerse á charlar con los que le preguntaban por su salud, se encaminó despacio hacia la proa. Ya estaban descargando mercancías. Aquello era una batahola, una confusión de bultos y gentes: oficiales dando órdenes, marineros cumpliéndolas, indios chillones arrastrando cajas, grúas funcionando, cadenas y cables en que tropezaban los pies. Mme. de Lanty, sin hacer caso de empellones ni griterías, se metía por todas partes, miraba en todos los recovecos, preguntaba inquieta y ansiosa á cuantas personas conocía si habían visto al mercader banián. Nadie la daba razón del buhonero. Había desaparecido.

Mientras Mme. de Lanty subía á cubierta en busca suya, provista de algunas monedas de oro para dárselas al banián, el banián, acompañado de su hijo superviviente, en medio de la indiferencia general, hosco, con el alma llena de dolor y el pecho hinchado de sollozos, sin echar siquiera una última mirada al mar que para él se había tragado al segundo de sus hijos, bajaba la escalera del buque, ponía las plantas en el malecón del puerto, y se perdía pronto entre la verdinegra, holgazana multitud de indios allí bullentes, bajo la espléndida luz del sol que ilumina por igual las penas y alegrías de los hom

# DYUSANDIR Y GANITRIYA

# I

El *Shinano-Marú*, vapor japonés en que, durante el verano de 1901, regresaba yo de China á Europa, recaló en el puerto de Colombo á eso de las ocho de la mañana de uno de los últimos días del mes de Junio. Dos horas después, anclado el buque, pude tomar asiento en una de las cien altas y estrechas piraguas que bailaban en derredor del *Shinano*, sobre las azules olas, al acecho de algún pasajero á quien transportar á tierra. Los dos enturbantados, casi desnudos y negros remeros indios de mi piragua proejaron con vigor, por estar bajando la marea, hasta atracar al muelle, entre otras mil embarcaciones de todas formas y tamaños, colmadas de gentes de una ú otra raza asiática, las cuales gentes, así como la no menos abigarrada multitud que sobre el muelle había, se desgañitaban á gritos y armaban una zambra de dos mil demonios.

Algo mareado por los vaivenes de la piragua, do por el cabrilleo de las olas y por la re-

fulgente luz del sol, que todo lo inundaba, y teniendo que abrirme paso á través de la turbamulta de indios, árabes y cingaleses que me brindaban sus servicios como mozos de cuerda y porfiaban por apoderarse de los dos ligeros maletines donde llevaba yo alguna ropa, logré subir unos escalones, salir á una plazoleta y meterme allí, con mi equipaje, en una *jinricksha* ó cochecillo, á cuyo conductor-caballería, un muchacho muy moreno y enjuto, sin más atavíos que unos calzones blancos y un gorro de amarilla y verde paja, dije en inglés, á tiempo que me retrepaba en el vehículo:

—A escape, al *Hotel Galle Face.*

Agarrando los varales de la *jinricksha,* el indio aquél, caballo y cochero, todo en uno, salió al trote largo, conduciéndome por unas calles muy á lo europeo, y desembocando á poco en un descampado ó ancha planicie á orillas del mar.

A lo lejos, en medio de un bosque de palmeras, próximo á la playa, había un edificio inmenso, con trazas de palacio medio indio, medio inglés, cuyos muros de ladrillo y mármol rojos se levantaban sobre ancha terraza provista de pórticos y galerías. Ese palacio era el *Hotel Galle Face.*

Corriendo siempre al mismo trote largo, con las espaldas encorvadas y sudorosas, que

brillaban cual si fuesen de bronce humedecido, mi cochero-jaca cruzó pronto la soleada planicie y se detuvo debajo del pórtico principal, á las puertas del *hall* ó patio céntrico de la fonda.

El *manager* ó dueño de ella, que salió á recibirme, me condujo por una escalera monumental al piso primero, llevándome después, á lo largo de un corredor anchuroso, claro y por donde corría grato vientecillo, hasta la puerta de un cuarto señalado con el número 18, y en ese cuarto me dejó con mis dos maletines, que un criado cingalés había porteado por otra escalera, colocándolos en mi habitación sobre una cómoda.

Procedí sin tardanza á sacar cuantas cosas contenían los maletines y á distribuirlas en cajones y sobre las mesas, como quien se instala para tres ó cuatro días, que eran los que el *Shinano-Marú* debía permanecer en el puerto de Colombo. Terminada la operación, miré la hora. Eran escasamente las once de la mañana. No podía almorzar hasta las doce y media, según me dijera el fondista, si había yo de hacerlo al mismo tiempo que los demás huéspedes. Para llenar el rato, decidí bajar al *hall* y á las galerías del piso bajo, donde había visto, al pasar, hasta dos ó tres docenas de tiendecitas y escaparates con objetos, joyas y chirimbolos de la India.

Durante una hora larga estuve muy entretenido en recorrer dichas tiendas y en regatear y comprar chucherías orientales, charlando con los israelitas, árabes y cingaleses dueños de ellas. Y también me entretuve en contemplar los prodigiosos juegos de manos de ciertos prestidigitadores indios, ó en ver cómo esos indios hacían bailar negras y lustrosas serpientes al flébil son de una especie de pipiritaña.

De pronto, oí el primer toque de campana anunciando que el almuerzo estaba servido. Subí corriendo por la escalera arriba para ir á lavarme las manos antes de sentarme á almorzar. Llegué en un vuelo al descansillo, enfilé el corredor por donde recordaba yo que me había conducido el *manager*, miré los números de los cuartos, y, al llegar al 18, empujé la puerta y, canturreando distraídamente, me colé de rondón en un dormitorio en todo igual al mío, pero donde al punto eché de menos mis ropas, maletines y demás objetos de uso personal. En su lugar había desconocidos trajes y chismes de tocador. Me detuve entonces, turulato, en el centro de la habitación, al lado de una mesa, y vi cómo por cima del respaldo de una butaca inmensa, situada cerca del balcón, emergían primero la cara y después el pecho y los brazos de un señor chiquitín, menu-

do, lampiño, bastante calvo y que me miraba, atónito, á través de grandes antiparras.

—¿Qué desea usted?—me preguntó en inglés aquel hombre.

—Dispense usted—repuse yo.—Creía entrar en mi cuarto. Tengo también el 18: me habré equivocado de piso.

—Sin duda alguna. Este es el segundo, y usted estará alojado en el primero. Pero no tiene usted por qué disculparse. La equivocación es facilísima.

Y mientras hablaba así, salía el hombrecito de detrás de su butaca y me acompañaba hasta la puerta del cuarto, cerrándola de nuevo en cuanto estuve yo en el pasillo.

Toda esta escena duró escasamente medio minuto; pero durante ese medio minuto, había yo tenido tiempo de ver, sobre la mesa á cuyo lado estaba, unas cuantas ánforas y jarras de barro, muy antiguas de aspecto y elegantísimas de forma. Y también ví, hacinados en un rincón, hierros de lanza tomados de orín, y tres ó cuatro broncíneos yelmos y broqueles de extraña hechura. Pero lo que más llamó mi atención fué, también sobre la mesa, una gran fotografía, á medio enrollar, y de la que, por tanto, sólo pude ver una pequeña parte, que reproducía un trozo del frontón de algún edificio público ó sagrado. Parecíanse en él imá-

genes esculpidas en bajo-relieve, historia de amores, lances de guerra, fiestas religiosas, hombres y mujeres casi desnudos y modelados con candor no exento de arte. Su arcáico estilo no me recordaba el de ninguno de los monumentos indígenas que viera yo en el Indostán. Antes bien, me trajeron esas imágenes á la memoria el recuerdo de arquitectónicas antigüedades egipcias y asirias contempladas por mí en algunos museos de Europa.

Cavilando sobre quién podría ser el señor á quien había ido yo á molestar involuntariamente y sobre la procedencia de las antiguallas arqueológicas que acababa de ver, bajé al piso primero, entré en mi cuarto, me lavé y me peiné, y fuíme en seguida al comedor, que en el piso bajo estaba.

No había allí mesa redonda, sino mesitas sueltas, casi todas ocupadas ya. Sentéme á una de las que quedaban libres, por hallarse situadas en peor sitio, y dí comienzo á mi almuerzo, silenciosamente servido por barbudos y bronceados cingaleses, descalzos de pie y pierna, vestidos con una chaquetilla de tela blanca galoneada de verde y unas enagüitas, blancas también, que les caían hasta los tobillos, y cuya larga cabellera estaba sujeta sobre el cráneo por un peine de concha semicircular, enganchado en la parte posterior del moñ

del cual las puntas les ponían unos á modo de cuernos en las sienes.

Me entretuve un rato, mientras almorzaba, en mirar la gente que había en el inmenso comedor, cosa á la que soy muy aficionado, y en hacer suposiciones, basadas en la fisonomía y vestimenta de cada persona, sobre cuál podría ser su nacionalidad y su ocupación. Ya me había olvidado del extranjero de las antiguallas, cuando le ví aparecer en el comedor, echar una ojeada en busca de una mesa libre, y venir, por último, á sentarse delante de la más inmediata á la mía. Saludóme ligeramente al tomar asiento, eligió un par de platos en el *menú* que le tendía un cingalés, y se enfrascó al punto en la lectura de un librote que traía en el bolsillo.

De buena gana hubiera entablado conversación con el sabio arqueólogo, pues por arqueólogo y sabio le tenía ya; pero no lo hice porque el bueno del hombre no dejaba de leer ni siquiera mientras comía, y me pareció de mala educación dirigirle la palabra interrumpiendo su lectura.

Por lo demás, mi vecino de mesa terminó pronto de almorzar y se salió en seguida á una galería que había delante del comedor y que daba al bosque de palmeras y á la playa, co-
ndo por ella algo de brisa. Yo fuí casi el

último de los huéspedes en concluir el almuerzo, y cuando salí también á la galería para tomar mi café, la hallé colmada de personas que se habían repantigado, á fin de sestear ó gozar del fresco, en las butacas de mimbre por allí desparramadas.

Busqué una silla vacía, y ví una al lado de un velador y de otra silla donde estaba retrepado el arqueólogo. Me acerqué al hombre y le pedí permiso para sentarme y tomar mi café en el velador, sobre el cual ya había una taza de humeante moka que el extranjero iba sorbiendo despacito. Concedida cortesmente la licencia y sentado yo, no me fué difícil hallar un pretexto para entablar palique con mi vecino. Soy muy curioso y me había entrado vivísimo deseo de saber qué antigüedades eran las que el extranjero guardaba en su dormitorio.

Y como no era cosa de preguntárselo de sopetón, discurrí hacerle hablar de cualquier asunto, á fin de llevarle poco á poco al tema que me convenía dilucidar.

—Perdone usted, caballero—dije en inglés al arqueólogo.—¿Podría usted indicarme quién es esa señora rubia que hay enfrente de nosotros?

—No sé quién es,—respondióme el hombrecito de las gafas, mirándome con aire tímido á través de ellas.

—¿Y la que está al otro extremo de la galería? ¿Aquella señorita tan graciosa?

—Tampoco la conozco—repuso mi interlocutor; y al cabo de un minuto añadió, sonrojándose y hablando algo de prisa, como á quien le da empacho lo que tiene que decir y quiere, no obstante, salir de ello:—No trato á nadie en la fonda, ó mejor dicho, nadie me trata á mí. Estoy mal visto. Se lo declaro á usted por si usted también tiene reparo en tratarme.

Muy sorprendido quedé al oir este discurso. ¿Qué motivo tendrían los demás huéspedes para no tratar á su compañero de fonda, á un sujeto de finos modales y que debía de ser persona muy ilustrada y de no poco mérito, si, como suponía yo, era un arqueólogo ó un sabio investigador en alguna ciencia afín á la arqueología? Iba yo á dirigir la palabra al malquisto personaje, cuando éste repuso:

—Estoy aislado como si tuviera la peste. Sin duda he cometido una grave falta. La culpa es mía, lo confieso. Aquí todo el mundo se viste por la noche para comer. Los hombres se sientan de *smoking* á la mesa, descotadas las señoras. Hace cuatro días que llegué á Colombo y á esta fonda, y como carezco de *smoking*, durante esos cuatro días he comido en el traje en que usted me ve—y el buen señor me enseña su americanita y pantalones de dril blanco.

—La gente lo ha tomado á mal, y huye de mí, creyendo que lo hago por despreocupación. Pero yo no quiero faltar á nadie: ya me he encargado ropa negra, sí señor. Mañana tendré *smoking*, y le estrenaré por la noche.

Estaba yo muerto de risa. Reprimiéndola, interrumpí á mi vecino para decirle:

—Si no fuera mucho atrevimiento, rogaría á usted que no se pusiera el *smoking*, y así seríamos dos á no llevarle; porque yo, aunque le tengo, no le he traído al Hotel. Está en un baúl, en el fondo del barco que me conduce á Europa. También van á hacer ascos de mí estos necios huéspedes del *Galle Face;* pero no se me dará una higa de ello, si tengo el gusto de tratar á usted mientras estemos juntos en Colombo.

—El gusto será mío—respondióme el extranjero, con faz radiante y cambiando enteramente de modo de hablar. Antes lo había hecho con voz apagada, tímida, cual si tuviese vergüenza de sí mismo. Ahora lo hacía *ore rotundo*, sin encogimiento y gesticulando de satisfacción.—Me encanta que no sea usted de la misma laya que esas señoras y sus esposos, los comerciantes ó corredores ingleses y alemanes de objetos de goma elástica y substancias alimenticias que pululan en este Hotel y se dan tono de personas finas y remedan las eleg

cias de los lores y príncipes de sus tierras. Por debilidad de carácter, por aburrimiento, iba á transigir con sus prejuicios, poniéndome el *smoking* encargado; pero ya no me le pondré, no señor, y juntos usted y yo les haremos frente y nos burlaremos de ellos;—y el hombrecito dió un puñetazo sobre el velador como para subrayar su frase.

Luego añadió, sacando una cartera del bolsillo:—¡Pero se me olvida que no nos conocemos! Permita usted que me presente;—y me entregó una tarjeta suya.

Toméla y leí:

*Prof. Jaromir Horzepnik.*

Debajo del nombre había, en abreviaturas alemanas y precedidos de sendos K. und K. (imperial y real), hasta seis ó siete títulos honoríficos ó profesionales, como: Catedrático de la Universidad de..., Individuo de tal Academia, etc.

A cambio de su tarjeta, entregué yo en el acto una mía al profesor Horzepnik, y, trabado conocimiento de este modo, nos pusimos á charlar amistosamente, primero de unas cosas y otras, y, por último, de las antigüedades que había visto yo en la habitación de mi nuevo y
›io conocido.

## II

El profesor me había manifestado grandes simpatías desde el punto en que averiguó que yo no gastaba *smoking* en las fondas. Era hombre tan corto de carácter como largo y profundo de entendimiento, lo cual no es ponderar poco, y, de resultas de su cortedad, le habían hecho padecer mucho los desaires de sus compañeros de Hotel, compañeros á quienes, sin embargo, desdeñaba en su fuero interno. Ambas circunstancias, la del *smoking* y la de los desaires, hubieron, sin duda, de influir mucho en captarme su voluntad. El hombre, además, se aburría de estar solo, y ansiaba tener alguien á quien comunicar sus impresiones y pensamientos. Y como él me era también simpático y yo gustaba de su charla, el caso fué que intimamos con esa rapidez con que intiman por unas cuantas horas, días ó semanas, estando de viaje y en tierras remotas, gentes aun de aficiones muy opuestas, que no se conocían, y que probablemente, así como se separen, no han de volver á verse en lo que les reste de vida.

Durante mi permanencia en Colombo, des

la mañana hasta la noche, anduvimos constantemente juntos el profesor y yo. Juntos desayunábamos, almorzábamos y comíamos. Juntos nos íbamos de paseo, y juntos tomábamos el fresco en las galerías de la fonda, sin alternar para nada con los demás huéspedes, que á ambos nos habían puesto en entredicho—cosa de la que á mí no se me daba un ardite,—por la grave falta de no vestirnos de cierto modo para comer.

Mientras recorríamos en coche los aromáticos verjeles de cinamomo, nos paseábamos por los tupidos bosques de palmeras y los pintorescos villorrios cingaleses, visitábamos el templo de Kelaniya ó escuchábamos el eterno arrullo de las olas desde las playas de Lavinia Mount, el profesor Jaromir Horzepnik me contaba, á retazos, gran parte de su vida, exploraciones y descubrimientos, y me explicaba también lo que eran las armas y ánforas que poseía, refiriéndome de paso la historia esculpida en el frontón, cuya fotografía había yo visto.

Todas estas cosas, y muy principalmente la historia del frontón, que al oirlas me encantaron, son las que me propongo referir aquí, del modo mejor que pueda, y fiado tan sólo de mi memoria, pues no tomé apuntes de lo que el Sr. Horzepnik me refirió.

izás este descuido me induzca en algún

error de bulto respecto á los hechos científicos en que se fundan las teorías é historias de mi amigo, y quizás sea también causa de que no escriba yo con la debida corrección gramatical ciertos nombres de personajes y lugares; mas todo ello, de ocurrir, tendrá, en verdad, poca importancia, salvo para algún erudito cócora que por acaso lea lo que escribo. De todas suertes, desde luego declaro que es mío cualquier error que se note en los datos en que se apoya la historia que voy á referir. Por lo demás, bien mirado, sobra esta declaración, pues nadie que esté en su sano juicio podría atribuir los errores al Sr. Horzepnik, cuyo nombre ya es famoso en Europa, y cuyo sólido saber nadie puede poner en duda.

Y entremos ya en materia. El profesor Jaromir Horzepnik era, ó es, pues aún vive, checo ó bohemio de nación. Vió la luz, el año 1851, en la ciudad de Leitmeritz. Cursó en Praga sus primeros estudios y los del bachillerato. Recorrió luego diferentes Universidades de Europa, principalmente de Austria y de Alemania, doctorándose en Letras y acudiendo á las cátedras de los más sabios profesores de filología comparada, ciencia á la que desde niño tenía grande afición. Más tarde pasó de alumno á maestro y obtuvo una cátedra de lingüística en no recuerdo ya qué Universidad austriaca. De

los ocios que le dejaban sus tareas de profesor á componer una obra monumental sobre las lenguas y razas llamadas indo-germánicas ó indo-europeas. Para estudiar y explicar mejor los orígenes de estas lenguas y razas, juzgaba Horzepnik que le hubiera convenido marcharse á la Bactriana, supuesta cuna de las unas y las otras, trepando al Pamir y recorriendo aquella antigua región del mundo, desde Merw hasta las fuentes del Indo, y desde las márgenes del Oxo hasta las llanuras del Irán. Por desgracia, Horzepnik era pobre, y no conseguía que le subvencionase su Gobierno. Harto de gestionar en balde para que el Ministro de Instrucción pública le concediera los fondos indispensables á la realización de sus propósitos, ya había renunciado á ellos Horzepnik, cuando le cayó del cielo una herencia inesperada, y si bien no muy cuantiosa, suficiente para sufragar los gastos de la expedición y su residencia durante algunos años en la primitiva patria de las prehistóricas tribus arias. El profesor, entusiasmado, realizó la herencia, dimitió la cátedra, hizo sus preparativos de viaje, y emprendió, por último, éste, á los cuarenta años de edad y fines del 90.

No voy á contar aquí, pues no importan á mi relato, las peregrinaciones del sabio filólogo ıvés del Asia, hasta llegar á los Pamires.

del Norte de Europa, y le prendieron, le maltrataron y le tuvieron encerrado durante dos meses en un calabozo. La dulzura de carácter de Horzepnik, su conocimiento de la lengua del país, los informes pedidos á Kaschgar, y las explicaciones que dió sobre el motivo de su venida á Khotan, hubieron, sin embargo, de convencer al mandarín y al pueblo de que Horzepnik no era espía ni secreto agente político de ninguna potencia europea, sino un pobrete maniático á quien le daba tan sólo por desenterrar pucheros viejos y averiguar cosas que á nadie le importaban. El mandarín dió entonces libertad á Horzepnik y le otorgó su licencia para residir en el país y estudiar los ruinosos antiguos monumentos que en él hallase.

Mi sabio amigo, escoltado por guerreros de la guardia personal del mandarín y provisto de un salvoconducto de éste, se fué en seguida á acampar á unas treinta leguas de la ciudad de Khotan, en las fértiles llanuras que baña el Khotan Daria, al pie de las ruínas donde el mercader mongol hallara los jarrones azules y amarillos. Allí vivió nueve años, lejos de todo trato con gente europea, guarecido primero en una tienda de pieles de cabra, y luego en una choza de cañas y ladrillo que se mandó construir, y haciendo sin descanso excavaciones, correrías científicas y un estudio detenid-

cuantas ruínas, armas, utensilios é inscripciones iba hallando ó desenterrando.

Fruto de sus penosas vigilias y de su filosófica abnegación fué el descubrimiento de que, allá unos tres mil y pico de años antes de la Era cristiana, y coincidiendo acaso con las primeras emigraciones hacia el occidente de las tribus arias que luego habían de llamarse pueblos celtas y pelásgicos, hubo de ocurrir hacia el Nordeste otra emigración de arios primitivos, muy próximos parientes de los que, por la misma época, bajando la falda Sur del Indu-Kusch, y guerreando contra hombres de raza dravidiana, se enseñoreaban de las tierras que bañan el Indo y el Ganges. El pueblo ario que en dicho tiempo emigró hacia el Nordeste, tenía por nombre el de Puruna. Al salir de la aria patria común, echados quizás de ella por el excesivo crecimiento de la población y la consiguiente dificultad de procurarse alimento para todos, los purunas, según sostenía Horzepnik, atravesaron el Oxo ó Amu Daria actual, se internaron bastante en las estepas de la Escitia, y torciendo luego hacia Levante, traspasaron los montes que hoy día se llaman Tian Schan, bajando hacia el Sur por los campos de Yarkhand hasta venir á parar á las tierras que el Khotan Daria fertiliza. En ellas, tos ya de peregrinaciones, ó seducidos por

la feracidad del suelo y relativa dulzura del clima, tomaron definitivo asiento los purunas, y, de pueblo cazador y trashumante que eran, se trocaron en pueblo agrícola y reducido á más culto y tranquilo vivir.

Por sus pasos contados, merced al transcurso del tiempo, fueron los purunas desarrollando en su nueva patria una civilización originalísima, y que nada tiene que perder comparada con la de otros pueblos casi prehistóricos ó semi-fabulosos, como, por ejemplo, los acadíes, los atlantes y los protoscitas.

El Imperio fundado por los purunas prosperó pronto y hubo de ir dilatándose hacia el Oriente en sucesivas victoriosas guerras contra pueblos de raza turaní, por el país llamado de los cinco ríos y por la cuenca del Tarim, hasta el propio lago Lobnoor, limitándole al Norte los montes Tian-Chan, y al Sur las altas sierras de Karakorum y Kun-lun. Hay que tener en cuenta que, hace tres mil y pico de años, según decía el Sr. Horzepnik, la cuenca del Tarim no era como hoy, un país arenoso, infecundo y casi desierto, sino comarca extremadamente fértil y rica en todo género de productos naturales.

Unos siete siglos duró el auge del Imperio puruna. Luego, de pronto, sobrevinieron su menoscabo y repentino vuelco á manos de mi-

les y miles de triunfadores guerreros amarillos y de oblicuos ojos, los cuales acudían de las lejanas regiones donde la aurora nace. Suponía Horzepnik que estos guerreros debían de ser chinos, y que, por tanto, la invasión y destrucción del Imperio puruna hubo de ocurrir bajo el reinado del mítico emperador celeste conocido por el nombre de Fu-sí. Los purunas, después de la aniquilación de la poderosa monarquía por ellos creada, desaparecieron de la historia en su calidad de pueblo.

Muchos, sin duda, por no decir casi todos, fueron llevados cautivos á las orillas del Yantse Kiang, y allí acabarían por mezclarse y confundirse con la población indígena.

De estas cosas y de otras no pocas más relativas al ario imperio de los purunas, se enteró Horzepnik durante los nueve años que residió en las llanuras del Kothan Daria, merced á las numerosas inscripciones de los monumentos que, como ya he dicho, fué desenterrando, y á las no menos numerosas tablitas de una especie de durísima piedra, en las que, como en los ladrillos de la Biblioteca de Asurbanipal la historia de los caldeos, y si bien en distintos caracteres y distinta lengua, estaban grabados los antiquísimos anales del Imperio puruna.

Imposible tarea hubiera sido, aun para el ›pio erudito Horzepnik, la de descifrar las

inscripciones de tales monumentos y tablillas, á no ser por la dichosa casualidad de haber hallado una estela cubierta, por una cara, de escrituras en caracteres purunas, y, por la otra cara, de escrituras en los caracteres é idioma de los vedas, lo cual, á más de probar que en algún tiempo, por cima de las colosales montañas que los separaban, hubieron de estar en relaciones los arios purunas con los arios conquistadores de la India, facilitó grandemente el desciframiento y comprensión de la hasta entonces desconocida silábica escritura del pueblo descubierto por Horzepnik, escritura á la que, en razón de su aspecto serpentino, daba mi sabio amigo el nombre de *ofidiforme*.

Émulo de los Oppert, los Rawlinson y los Burnouf, acometió y llevó felizmente á cabo Horzepnik la empresa laboriosa de traducir las inscripciones purunas, sirviéndose para ello, como de clave, de la inscripción védica grabada en la estela susodicha, que, con fundamento, presupuso que tendría el mismo sentido que los caracteres purunas de la otra cara de la estela.

No he de referir la total historia del antiguo Imperio asiático desenterrado por Horzepnik, pues ni es ese mi propósito ni de ella me acuerdo bien. Mi propósito, según ya he dicho, es contar, tal como me la contó mi amigo, la pó-

tica leyenda ó fábula esculpida en el mismo frontón del templo cuya fotografía había visto yo en Colombo, leyenda ó fábula que recuerdo perfectamente y que confío en que, á pesar del poco arte con que yo la escriba, ha de ser tan del gusto de quien me lea como lo fué y lo es del mío.

Y ya, sin más preámbulos, pasaré á contar la tal historia.

## III

La capital de los purunas se llamaba Kor la Grande. Era ciudad no menos extensa y poblada que Nínive, Babilonia ó Menfis en sus buenos tiempos. En algo, aunque fueron mucho mayores sus dimensiones, podría compararsela también con las modernas ciudades europeas de Salzburgo y Gratz. Como estas dos ciudades, se extendía Kor la Grande por fértil llano, y, como á estas dos ciudades, la cruzaba un río, y la rodeaban á distancia, por el Oeste, el Sur y el Norte, piníferas montañas dispuestas en semicircular anfiteatro. Todavía otro punto de semejanza aún más notable tenía Kor con Gratz y con Salzburgo. En el centro de la, en medio del llano y á orillas del Khotan

Daria, de igual modo que en la capital de Estiria en las márgenes del Mur, y en la patria de Mozart en las márgenes del Salz, se alzaba una mambla, aislado montecillo ó ingente roca, sobre cuya anchurosa meseta habían levantado los alarifes purunas el palacio de sus reyes.

Difícil me será dar una idea aproximada de la magnificencia y del singular estilo arquitectónico de ese monumento. A falta de dibujo que lo explique todo de un vistazo á mis lectores, y por no extenderme mucho, me limitaré á decir que el Palacio imperial de Kor la Grande era perfectamente cuadrado, midiendo cada uno de sus muros exteriores casi un kilómetro de largo, por doscientos pies de alto y cuarenta de espesor; que estos muros eran de piedra maciza, y que, sobre ellos, todavía se alzaban unas galerías, altas de ochenta pies, anchas de veinte, y cuyo techo plano estaba sostenido por graníticas estípites, á las que servían de base agazapados monstruos cinocéfalos, y de capitel campanuliformes flores agrupadas á modo de corimbos. Muros, estípites y techo estaban vistosamente pintados de azul y gualda, así como adornados con inscripciones y con bajo-relieves y estatuas representando los dioses de la nación puruna.

En los muros del Palacio, cada una de cuyas fachadas miraba á uno de los cuatro punt

cardinales, no había ventanas ni otra clase de abertura alguna, salvo una gran puerta cuadrangular, provista de ponderosos batientes de bronce, y situada en cada frente á igual distancia de ambas esquinas. Partiendo de cada puerta y serpenteando á través de los umbrosos pensiles que cubrían la mambla entera, bajaban al llano y á la ciudad cuatro rampas anchurosas y enlosadas de granito. Las rampas, al llegar al suelo plano de Kor, transformándose en avenidas, cruzaban rectas la ciudad hacia Oriente, Poniente, Norte y Sur, y la dividían en cuatro distintos barrios. Las avenidas también tenían sus losas de granito, y á uno y otro lado de ellas se veían hermosos templos y soberbios edificios residencia de los próceres purunas. Para mayor decoro de las avenidas, puestos en hilera por delante de los mencionados edificios, y dejando calle en medio, había juegos de marmóreos leones y lobos y descomunales pájaros zancudos, con los que alternaban altísimos y prolijamente cincelados tederos de bronce, cada uno con siete anillas, donde, al anochecer, se encajaban encendidas teas, de suerte que iluminase las avenidas su rojizo y vacilante resplandor. El resto de la ciudad, albergue de artesanos y comerciantes, quedaba á obscuras.

Los cuatro populosos barrios estaban com-

puestos de infinitas casucas de caña y ladrillo y lodo, de un solo piso. Cruzaban esos barrios, en todas direcciones, estrechas y retorcidas callejuelas, por donde de día hormigueaban, gritaban, traficaban, reñían y reían millares y millares de gentes de aspecto abigarrado, naturales unas de Kor, venidas otras de los confines del Imperio, y otras de luengas tierras, de allende las montañas del Sur y las áridas estepas del Septentrión y del Oriente. El Khotan Daria, que entonces se llamaba el Sarití, encajonado en un lecho de piedras, á fin de que su corriente impetuosa no derrubiase las orillas, y lamiendo el pie de la céntrica mambla, base de la imperial morada de los purunas soberanos, atravesaba sesgamente la ciudad de un cabo á otro. Sobre sus turbias, amarillentas aguas, deslizábanse centenares de embarcaciones veleras y de remos. Ceñían á Kor la Grande sólidas murallas, por entre cuya doble fila de almenas hasta cinco carros de guerra podían circular de frente y con holgura. Por fuera de las murallas ponían á Kor otro cinto, no ya pétreo, sino de susurrante fronda y verde hierba, huertos, verjeles, nemorosos parques de recreo y campos de trigo y de zahina.

Pasando por cualquiera de las cuatro puertas exteriores del imperial Palacio, y luego por otra puerta interior correspondiente, se llegal

á la meseta de la mambla, donde había multitud de enormes edificios, de la misma traza que los muros externos del Palacio, y de los que unos eran habitaciones del Monarca y su familia, otros cuarteles, oficinas, ó vivienda de la numerosa servidumbre. Todos estos edificios formaban una especie de cuadrilátero, cuyo centro ocupaban jardines siempre floridos, y donde sólo el Rey de Kor y sus parientes más cercanos podían recrearse.

Pero, en la parte media de los jardines, había un lugar, recluído por doble tapia redonda y pintada de rojo, cuyo acceso era vedado aun al propio Rey y su familia. Dentro de este recinto, surgiendo muy en alto por cima de las tapias y murallas imperiales, se alzaba una torre colosal, de piedra toda, y desde cuya cúspide hubiera podido otearse la ciudad entera, y los campos remotos, dorados por el sol ó esfumados por las lluvias. Y de la torre, como del cráter de un volcán, salía perpetuamente inmenso penacho de humo, negro de día en el resplandor del cielo, rojizo y vago en las azules sombras de la noche, recto como un surtidor de agua cuando no corría brisa alguna, anublándose, retorciéndose y deshaciéndose en vedijas así como soplaba el aire.

La torre era el templo de Surí, ó el Sol ó el ego, principal divinidad de los purunas, y

el humo provenía de la inextinguible hoguera que, en honor de Suri, alimentaban de continuo los sacerdotes llamados Mahíes y Nemanes, únicas personas á quienes era lícito franquear las puertas del recinto sacro. Mahíes y Nemanes rara vez salían de su templo, y aunque no intervenían para nada, al menos aparentemente, en los negocios públicos, eran por todo extremo reverenciados, y poseían grande influjo sobre los purunas de la plebe y los monarcas y próceres purunas. Nefanda culpa era, aun en el mismo Rey, dirigirles la palabra antes de que ellos hablasen, lo que casi nunca hacían; y culpa también nefanda y que acarreaba pena de muerte, el no prosternarse en su presencia. Decíase de ellos que conocían el origen y curso de los astros, los misterios todos de la naturaleza, lo pasado, lo presente y lo futuro... Pero dejémonos ahora de Mahíes y Nemanes, que ya tendremos ocasión de volver sobre ellos, y pasemos á otro asunto que, para el buen orden de esta historia, importa tratar antes.

Reinando el sexto ó séptimo Monarca de los purunas, el glorioso Yudhabar, de feliz memoria, á los cinco siglos de la fundación de Kor y de la llegada de los purunas primitivos á las llanuras del Sarití, ocurrió que, por las montañas de Occidente, hicieron su aparición otras tribus arias, aún agrestes, dedicadas tan s

al pastoreo, y que ostentaban el nombre de Palayas, ó sea los Zagales.

Sin duda, por las mismas razones que quinientos años antes los purunas, hubieron de salir los palayas de los valles del Paropamiso en busca de tierras más feraces donde apacentar sus ganados, y, dirigiéndose hacia Oriente, atravesaron los desfiladeros del Pamir, y, como por ingentes peldaños, fueron bajando de las más altas montañas á otras menos elevadas, hasta llegar á las que en anfiteatro semi-rodeaban las verdeantes llanuras del Sarití. Considerando estas llanuras como la meta de sus peregrinaciones, intentaron instalarse en ellas; pero de ellas fueron rechazados por los purunas fronterizos. Entonces los palayas se resolvieron á acomodarse en las inhabitadas selvas y navas de aquellos montes, y de bosques y navas les dejaron hacerse dueños los purunas.

Poco tiempo duró la paz entre una y otra gente. No se puede averiguar á punto fijo si porque ciertos palayas descendieron al llano y robaron las vacas de un labrador puruna, talándole también las mieses, ó si porque unos mancebos purunas, trepando de montería por las selvas, hubieron de raptar á una moza palaya muy garrida, pero el caso es que moradores del llano y habitantes de las navas pronto

ieron otra vez á las manos, enzarzándose

la pelea á lo largo de toda la línea fronteriza.

Los palayas pudieron más en un principio, pues eran gente muy belicosa y sólo tenían que bregar contra pacíficos labriegos y cobardes mercaderes. Animados por el éxito, osaron los palayas internarse no poco en el reino puruna, quemando algunos pueblecillos, matando á muchos hombres, raptando á muchas mujeres y volviendo á sus montañas cargados de rico botín. Los guerreros purunas, pocos en número, que, de orden de Yudhabar, fueron en seguida á la frontera para proteger á sus compatriotas los campesinos de la asolada comarca, no pudieron evitar que penetraran otra vez por ella los palayas y éstos renovaran sus desmanes. Las tropas de Yudhabar fueron arrolladas por sus contrarios, muy inferiores en armamento y disciplina, pero cuyo número era diez veces más crecido.

Noticioso el Rey de la derrota de su reducida hueste, y no queriendo dejar inulta la afrenta, ordenó en el acto que un ejército de veinte mil de sus guerreros se pusiese en marcha hacia Occidente, y trepase por los montes, y rechazase á los palayas hasta la primitiva región donde vivieran, escarmentándolos de paso con implacable saña.

## IV

Las leyes religiosas de los purunas no les consentían la poligamia, caso raro entre las asiáticas naciones. Y tampoco consentían que el cónyuge viudo tornase á contraer matrimonio, como de él tuviese hijos que asegurasen la duración de la familia. Yudhabar, fiel observador de la religión puruna, sólo había tomado una esposa, eligiéndola entre las más bellas hijas de los magnates del Imperio, y de ella, que murió de parto á los nueve meses de la boda, dejándole para siempre inconsolable viudo, hubo de tener dos descendientes gemelos que, cuando llegaron los palayas, habían visto quince veces madurar los trigos, y de los cuales uno era varón y el otro hembra, llamándose él Svaris y ella Ganitriya: ambos tan hermosos que daba gusto verlos.

Ya había salido el ejército de Ḱor y caminaba hacia Occidente, cuando de pronto reflexionó Yudhabar que, contando el Príncipe Svaris cerca de diez y seis años, era ya tiempo de acceder á sus reiteradas instancias de asistir en los combates. ¿Y qué más pintiparada ısión para que el ardiente mozo hiciera sus

primeras armas, que la lucha próxima á entablarse con unos incómodos vecinos, y que más que lucha había de ser poco peligroso perseguimiento de ellos? Llamó, pues, Yudhabar al Príncipe y le anunció, con gran contentamiento de su hijo, que iban ambos á emprender el camino para ponerse al frente del ejército y tomar parte en la próxima batalla.

Sabedora de ello, Ganitriya suplicó al Rey su padre que la dejara ir con él y con Svaris, pues de esa suerte, colocándose en algún lugar encumbrado y á retaguardia de las tropas, podría sin riesgo presenciar el combate, espectáculo al que las damas de su corte estaban muy ganosas de asistir alguna vez, aunque desde lejos y á mansalva. En razón del ningún peligro que para Ganitriya podía haber en esto, consintió el Rey en que su hija y las damas de ella le acompañasen. Sin demora se pasó en Palacio á hacer los preparativos convenientes.

Al otro día, entre los vítores de la multitud, salieron de Kor el Rey Yudhabar y el Príncipe Svaris, ambos á caballo y seguidos por los cuatro mil guerreros de la guardia real, jinetes todos en diformes, pardos dromedarios, veloces de carrera y á la voz sumisos. En el centro del dromedárico escuadrón, y por entre un bosque de picas rutilantes, el pueblo puruna vió también pasar y saludó ufano á la Princ

Ganitriya y á su garrido femenino séquito, que iban dentro de carros muy ricamente entalamados, y de los que tiraban parejas de bueyes blancos y jibosos.

La regia comitiva, en son de fiesta y á jornadas cortas, alcanzó el grueso del ejército al tercer día de camino; y al cuarto día, cayendo la tarde, Yudhabar, sus hijos y sus huestes acampaban en los confines del reino puruna, casi al pie de las montañas donde los palayas tenían sus viviendas.

El primer cuidado del Monarca fué disponer las tiendas donde habían de residir su hija y las nobles doncellas que la acompañaban. Hizo colocar las tiendas, que eran de estofas de oro y plata, sobre la redonda cumbre de un otero, á espaldas del campamento puruna, de modo que desde allí dominasen las curiosas damas el campo de pelea, fuera del alcance de dardos, flechas y pedradas. Luego, dejando á su hija y al séquito de ella bajo la salvaguardia de tropas escogidas, y como un rumor lejano enfrente del ejército puruna presagiase la próxima llegada del enemigo ejército, dispúsolo todo Yudhabar para evitar una sorpresa, formando enseguida sus huestes en orden de batalla, y ordenando que pasasen así la noche.

La noche hubo de transcurrir sin que ocuiera nada; pero al llegar el día y desgarrarse

la cortina de nieblas que cubría el llano, vieron los purunas que, á mil pasos por delante de ellos, en el llano también y al pie de las montañas, estaban los palayas formados en extensa línea.

Los palayas sólo usaban, por armas ofensivas, de arcos y flechas, de unas lanzas ponderosas, provistas de toscas puntas de hierro, y de hondas de cáñamo, con las que disparaban muy hábilmente colosales peladillas y trozos de peñascos. Por armas defensivas sólo tenían unas ovaladas peltas de cuero. Despreciaban ó no conocían aún el uso de grebas, yelmos y corazas. Sobre la cabeza solían llevar la de un lobo ó la de otra alimaña montaraz por ellos muerta, con cuya piel se cubrían las espaldas y ceñían la cintura. Peleaban sueltos, indisciplinadamente, aunque con temerario arrojo. Sus jefes eran los únicos que iban á caballo.

Los purunas, nación ya muy civilizada, sabían, por el contrario, guerrear en buen orden, en masas compactas y obedientes á expertos adalides; iban todos provistos de cascos, grebas y corazas de bronce, y, además, de rodelas, de bronce también y sujetas al siniestro brazo, mientras con el diestro blandían ancha espada de doble filo, ó venablos, ó mazas con tremendas púas. Y asimismo contaban con arqueros de excelente puntería y con carros de

guerra y numerosas escuadras de milites á caballo, á más de los cuatro mil dromedaristas y de quinientos elefantes, traídos de la India por Yudhabar en una de sus anteriores campañas, y desde lo alto de los cuales, guareciéndose dentro de torres de madera, guerreros purunas alanceaban con largos arpones las contrarias filas.

Imprudencia grande fué en los palayas bajar á la llanura contra tan formidables enemigos, é imprudencia mayor aún el provocar inmediatamente la lucha, así como se hubieron disipado los últimos jirones de la niebla matutina.

Los purunas, inmóviles todos en el señalado puesto, vieron pasmados cómo, de repente, moviéndose hacia adelante la extensa masa de los catorce mil palayas, venían éstos corriendo desordenadamente, á brincos, dando terribles voces, hasta colocarse á trescientos pasos del ejército de Yudhabar. Allí se detuvieron los palayas, y haciendo todos girar á rodeabrazo por cima de sus cabezas las zumbadoras hondas, dispararon éstas de súbito y á la vez. Sonó un restallido colosal, bramó el aire como si hubiera una tormenta, y catorce mil pedradas fueron á rebotar con golpe seco, y abollándolos, contra cascos, escudos y corazas de purunas.

Entre ayes de dolor y gritos de rabia vióse

entonces oscilar hacia adelante toda la infantería de Yudhabar. Las hileras de enhiestas picas trazaron una curva de consuno hasta quedarse en horizontal posición—tales las espigas de los campos si el viento las doblega;—y ya se precipitaban los infantes purunas sobre el enemigo, cuando Yudhabar los detuvo con imperioso gesto. Volvióse en seguida el Rey hacia sus elefantes, que, puestos en dos filas de doscientas cincuenta torres cada una, formaban el centro de la línea de batalla, y luego hacia sus cuatro mil dromedarios é innúmeros carros de guerra, que componían el ala derecha, y, por último, hacia el ala izquierda, formada por seis mil jinetes á caballo, y á todos dió la orden del ataque.

Aún zumbaban por el aire las piedras de la segunda descarga de los palayas, cuando se pusieron en conmoción los purunas carros, caballos, dromedarios y elefantes, y formados en figura de media luna, haciendo retemblar la tierra debajo de ruedas, cascos, pezuñas y diformes patas, arremetieron raudamente contra el enemigo. En un minuto todo fué confusión y espanto. Como repentina tromba que, con furioso ímpetu, sopla sobre la antes sosegada campiña, y desarraiga los árboles más corpulentos, desquicia los macizos edificios, arranca de cuajo chozas y rediles, y todo lo tronch-

lo aplasta y lo destruye, así cayeron las formidables huestes de Yudhabar sobre los palayas espantados, que, volviendo las espaldas, presa de terror pánico, hacia las montañas huyeron velocísimos. Apenas hubo lucha. Aquello fué una carnicería: bramaban los elefantes, lanzaban extraños alaridos los dromedarios, relinchaban los corceles, retumbaban las ruedas de los carros por el suelo, y desde lo alto de unos y otros, corriendo por la llanura sin cesar, disparaban los purunas sus saetas sobre sus contrarios fugitivos, y les hundían púas en los lomos, y les aplastaban el cráneo con las mazas, y les desgarraban las carnes con arpones. Dos mil palayas quedaban muertos en la llanura cuando llegaron los purunas triunfadores al pie de las montañas.

Allí hubieron de pararse, y Yudhabar, en el carro donde iba con su hijo Svaris, habiendo ambos asaeteado docenas de enemigos, recorrió glorioso el frente de sus tropas. Consultados luego los jefes de éstas, decidióse proseguir la persecución de los palayas por los montes y las selvas donde se habían refugiado. No era Yudhabar de parecer que intervinieran en esta segunda parte de la lucha los elefantes, los dromedarios y la caballería; pero jinetes y guerreros de las torres le suplicaron encarecientemente que les dejara concluir lo que tan bien

habían emprendido, y Yudhabar, por su desgracia, accedió al fin á ello.

En tanto, los palayas se habían repuesto del pasado susto. Ansiosos de vengarse, aguardaban de pie firme á los purunas para tomar de ellos su desquite en la cerrazón del bosque y en los agrios declives de la sierra.

Las tropas de Yudhabar comenzaron á subir por las montañas. Iban primero los elefantes, los dromedarios y los corceles; venían luego los carros de guerra, que caminaban difícilmente por el áspero terreno, y cerraban la marcha los mílites de á pie, murmurando y quejándose de la ninguna parte que habían tenido en la primer jornada y del secundario lugar que habían de tener en la segunda.

Había transcurrido más de una hora desde que se emprendió la marcha: tan sólo se oía el cantar del viento en los pinares, no se divisaba enemigo alguno, y ya estaban los purunas muy internados en las selvas y caminaban por un gollizo estrecho de acantiladas, elevadísimas paredes, cuando de súbito cayó sobre ellos, con fragor terrible, una lluvia de rocas lanzadas por los palayas desde lo alto del desfiladero. Muchos purunas murieron aplastados, otros quedaron mal heridos, y mal heridos también muchos elefantes y otras bestias. El desorden se puso en las tropas de Yudhabar

Hubo entre ellas un conato de huída hacia la llanura; pero Yudhabar las animó, las hizo proseguir hacia adelante, á pesar de la feroz granizada que les caía encima y derrumbaba filas enteras de guerreros, y, apretando el paso, estóicamente las condujo por el fatal gollizo hasta que desembocaron todas, diezmadas, pero serenas, en una extensa nava, muy pina y sembrada de tormos gigantescos que surgían entre las resbaladizas hierbas.

Saludó la aparición de los purunas en la nava un nuevo diluvio de piedras y otro diluvio de flechas, disparados ambos desde los tormos y la linde superior de los pinares. Precipitáronse entonces dromedarios y elefantes, y guerreros en carros y de á pie y de á caballo, contra los desparramados tormos, verdaderas fortalezas naturales desde las que se defendían y atacaban los palayas. Y cuando ya no podían mantenerse los palayas en uno de los tormos, se arrojaban desde la cumbre de él, saltando como gatos por cima de sus sitiadores, y se deslizaban ocultamente por entre las altas hierbas, é iban á reforzar á los palayas que en otro peñasco había. De camino, mataban á no pocos desprevenidos purunas, y hundían sus lanzas en la tripa de los elefantes, que, resbalándose sobre pinochas y hierbajos, trompeteando [illegible] or, ascendían en desorden por la nava,

obedientes á sus naires y á los focinos ó ganchos con que por los naires eran hostigados.

Así, tormo tras tormo, no sin dejar veinte elefantes, trescientos dromedarios y corceles y más de mil guerreros suyos muertos en la nava, fueron los purunas apoderándose de todos los peñascos hasta llegar al final del terreno descubierto y á la linde superior de los pinares. Era tanta la espesura de éstos en ese sitio, que ya no podían abrirse paso por él los carros ni los jinetes, y mucho menos los colosales proboscidios de Yudhabar. Apeándose en seguida éste, dió orden de que se apearan también sus tropas montadas y de que, en esa forma, con la infantería acometiesen á los palayas, los cuales se habían ocultado todos en las selvas.

La lucha tomó entonces otro carácter muy distinto: guareciéndose detrás de troncos y de quiebras del terreno, retirándose paso á paso á medida que avanzaban los purunas, iban los palayas disparando flechas sobre sus enemigos y causándoles grande estrago. Y al llegar á otra nava ó á algún paraje abierto, cambiaban de arma los palayas. Veían entonces los purunas cómo por cima de las altas hierbas giraban y restallaban las hondas de sus invisibles enemigos, y cómo, muy lejos y por detrás de esos enemigos, cerca de los pinares, se movían cientos y cientos de fornidas hembras que

reuniendo piedras en hormazos á fin de que no faltasen proyectiles á los guerreros que, sin duda, eran padres, hermanos ó esposos suyos. Y de continuo oían los purunas voces palayas que gritaban: ¡Azrapur! ¡Azrapur! y luego: ¡Dyusandir! ¡Dyusandir! nombres de su anciano jefe y del hijo de él, garzón esbelto, airoso, robusto, y que, ostentando sobre la cabeza y las espaldas una piel de tigre, blandiendo dardos ó disparando la honda restallante, invulnerable y ubicuo al parecer, bregaba en primera fila, á pecho descubierto, y derribaba sin cesar guerreros purunas, acogiendo cada muerte causada por él con bramidos de alegría.

Caía la tarde, y poco habían adelantado los purunas, cuando vieron éstos cómo Yudhabar, que los animaba y peleaba al frente de ellos, vacilaba de súbito sobre sus pies, doblando luego las rodillas, y se desplomaba de bruces por la tierra. Una pedrada había herido en el hombro á Yudhabar, y Yudhabar, del golpe, perdió el sentido. Precipitáronse varios de sus guerreros á levantarle y retirarle del frente de batalla. Le tenían ya en lugar seguro, y ya corría por las angustiadas y vacilantes filas purunas la tranquilizadora noticia de que era leve la herida del Monarca, cuando se oyeron grandes
s por la parte baja de la sierra, y se vió

acudir, corriendo desalados, á seis ó siete naires y cocheros que gritaban:

—¡Palayas han atacado los elefantes y carros y dromedarios! ¡Los están matando y destrozando!

Resonó un ¡ay! de espanto y rabia lanzado por miles de purunas, y en desorden, con carrera loca, volviendo las espaldas al enemigo, los purunas todos se echaron cuesta abajo para acudir en defensa de elefantes, dromedarios y corceles, que en la nava de los tormos habían permanecido sin más custodia que la de sus naires y cocheros.

Cuando, con su jefe aún desvanecido y llevado en brazos por dos guerreros, y bajo la lluvia de saetas y la granizada de guijos que disparaban sus palayas perseguidores, llegó á la nava el descompuesto ejército puruna, fué para presenciar el más desconsolador espectáculo. En la penumbra dorada del atardecer, que prestaba un difuso tinte rojo á las altas hierbas é incendiaba la cumbre de los tormos, veíanse correr, saltar, huir en todas direcciones, los elefantes, los caballos y los informes dromedarios, perseguidos y alanceados por centenares de palayas, que blandían teas llameantes en las manos. Numerosos carros de guerra yacían volcados por el suelo; otros, con sus bridones, habían ido á estrellarse con-

esparcidos tormos; acá y acullá los hacinados cadáveres de dromedarios y elefantes remedaban ingentes peñascos grises, y por todas partes tropezábase con naires y cocheros muertos. El tumulto era espantoso; ensordecedor el vocerío.

La llegada de las huestes purunas hizo huir á los palayas de las teas. Yudhabar, que ya había vuelto en sí, procuró y logró entonces, ayudado por su hijo Svaris y por sus lugartenientes, poner en seguida algún remedio á tamaño desastre. Mientras parte de sus tropas repelía con vigor la acometida de las fuerzas palayas, otra parte perseguía y prendía en el bosque, y reunía luego en la nava, las espantadas monturas y bestias de tiro.

Hecho esto, organizóse la retirada, y paso á paso, hostigados de continuo en la nocturna obscuridad del bosque por los palayas, fueron bajando á la llanura los cansados guerreros de Yudhabar, á quienes, así como llegaron al pie de las montañas, dejaron de acometer sus tenaces enemigos. De esta suerte, al cabo de catorce horas de encarnizada lucha, que no fué suspendida ni siquiera para tomar algún alimento, hubieron de tornar á sus primeras posiciones ambos bandos, y de acampar y dormir en ellas, tan maltrechos y disminuídos el uno el otro.

## V

En los dos ó tres días siguientes, apenas si hubo algún combate parcial entre palayas y purunas. Los palayas permanecieron á la defensiva en la cerrazón del bosque; Yudhabar y sus caudillos, escarmentados por el mal éxito anterior, deliberaban, sin llegar á una avenencia, sobre el mejor modo de atacar y vencer á sus contrarios.

Entre tanto, la Princesa Ganitriya, instalada siempre con su séquito en las tiendas del alcor, á retaguardia del campamento puruna, solía dar, para distraer sus ocios, largos paseos por el campo, en un ligero, entoldado y elegante cochecillo de dos ruedas, cuyos blancos bridones ella misma conducía, y al que seguían otros cochecillos, guiados por sus damas, y una escolta de cincuenta jinetes de la guardia real.

De mañana, temprano, solía ir la Princesa, en dicha forma, hasta una selva que se extendía por el llano á bastante distancia del campamento puruna, y en uno de cuyos sotos, entre musgosas peñas y al pie de aparasolados pinos, surgía un manantial de agua transparente y fresca, que, después de correr corto t

sobre una cama de blancos guijos, formaba un remanso anchuroso y profundo, á manera de baño natural. Aquí se apeaba la Princesa, y convidándole á ello la estación—por correr entonces los primeros días del mes que entre nosotros se llamaría Abril, y cuyo nombre puruna no recuerdo,—se bañaba en el remanso con sus damas, mientras que, desde lejos y del otro lado de una circular cortina de matas verdeantes, vigilaban los alrededores los guerreros de la escolta.

En cierta ocasión, después de haberse bañado y vestido, pero suelta aún la cabellera undosa y larga sobre las espaldas, se le antojó á Ganitriya ponerse á jugar á la pelota en compañía de su doncella favorita. Durmióse la nodriza Dasia, quien, desde que concluyera de amamantar á la Princesa quince años antes, la servía algo á modo de camarera mayor y la acompañaba siempre en sus paseos. Las otras damas, así como acabaron de vestirse, dejando á Dasia dormida, se acomodaron sobre la hierba para presenciar la partida de pelota. Corriendo por el soto con alegres risas, y en la mano sendas raquetas ó palas de marfil, Ganitriya y su doncella se lanzaban y devolvían una bola de cuero, ligera y rebotante. Bella estaba sin duda así la moza favorita, pero más
ı aún la hija de Yudhabar. Sus rubias cren-

chas, oreadas por el viento, ponían difuso nimbo de oro en redor de su gentil cabeza. A la sombra de cobrizas y largas pestañas acombadas, brillaban de placer las pupilas de Ganitriya, azules como el nocturno cielo, como las aguas de un hondo lago entre montañas. Leve rubor, semejante al de un albérchigo maduro, encendía sus mejillas. Dilatábanse las rosadas ventanas de su nariz menuda y recta. Sus labios, de color de guinda, húmedos y entreabiertos, parecían tenderse hacia adelante para recibir un ósculo de amor. Los pechos—por debajo de la túnica de lino blanco que por única vestimenta llevaba entonces Ganitriya—se erguían briosos y palpitaban á compás de los gallardos ademanes. Y en el revuelo y agitación del juvenil deporte, los pliegues de la túnica, que era algo ceñida, se amoldaban ora á las caderas turgentes y á la torneada espalda, ora á los redondos muslos y á las finas piernas de Ganitriya, de modo que, aunque encubierta, patente estaba la forma primorosa del cuerpo entero.

De pronto, Ganitriya dejó de jugar y se quedó inmóvil, alzada aún en el aire la mano en que tenía la redonda pala de marfil. Por delante de ella había visto y seguía contemplando un hermoso rostro de hombre que asomaba entre unas matas de mirtos y gayor

Y el rostro era tan amable y de expresión tan varonil al par que dulce, que Ganitriya pensó que sería el de alguna deidad selvática. Emocionada y reverente, pero también curiosa, seguía Ganitriya con los ojos clavados en los hermosos ojos que la miraban, cuando la nodriza Dasia, que se había despertado al fin, y la doncella favorita y algunas otras de las damas del séquito vieron asimismo la cara juvenil entre los mirtos y gayombas asomada, y hubieron de tomarla por la de algún audaz mancebo, y de asustarse mucho y de lanzar agudos gritos.

Volvióse entonces hacia ellas la Princesa, y con imperiosa voz les dijo:

—Callaos todas y no moveos.

Y á seguida, envolviéndose en su manto de lana azul con franja de oro, y cubriéndose la cabeza con blanca impla transparente, cuyos bordes recuadraban su encendido rostro, caminó Ganitriya hacia las matas con lento, majestuoso andar.

Entre tanto, mirtos y gayombas se apartaban y crujían para dejar paso á un garzón de muy gentil presencia, quien, caminando á pie, entró en el soto. Con una mano sujetaba dos venablos ó azagayas cortas, y con la otra mano las riendas de un corcel cuatralbo, alazán de [illegible]po, y muy brioso y piafador. Dejando la

frente libre, negros bucles caían hasta las espaldas del mancebo; un bozo ligero apenas sombreaba su labio superior; sus ojos, grandes y rasgados, eran negros también y de mirar risueño; tostada su piel, pero suave de aspecto como la de una tierna niña; correctas sus facciones; los miembros ágiles, robustos y bien proporcionados; la expresión serena y airoso el continente. A manera de casco traía el doncel una cabeza de tigre, cuya remendada piel, anaranjada y negra, le ceñía la cintura. Por lo demás, salvo unas sandalias de cuero, iba el doncel desnudo. Sobre las espaldas, al sesgo, llevaba un carcaj lleno de flechas. Otra piel de tigre, tendida sobre los lomos del caballo, hacía las veces de silla de montar, y de la piel pendía un arco pequeño y de tirante cuerda.

Al hallarse frente á frente detuviéronse el doncel y Ganitriya. Un instante se miraron cara á cara. Luego bajaron ambos los ojos y ambos se cubrieron de rubor. Sólo se oía el roznar del caballo que pacía el césped.

Serenándose,—¿quién eres?—al cabo dijo la Princesa.

Y el doncel contestó:

—Me llaman Dyusandir, hijo de Azrapur, de los palayas jefe. Y ahora, revélame tú también tu nombre, ¡oh niña, que eres como el alba blanca y rosa!

—Ganitriya es mi nombre, Yudhabar mi padre, Kor mi patria. Mas dime: aunque tu fama de valiente ha llegado á mis oídos, ¿cómo osaste penetrar hasta aquí? ¿No te vieron los guerreros de mi escolta? ¿No temes que los llame, y les mande prenderte y te lleven cargado de cadenas al campamento de mi padre el Rey?

—Bajé al llano porque es deber de los guerreros ir á averiguar á qué se dispone el enemigo; y llegué hasta cerca de aquí, y te ví venir con tu escolta, y penetrar en el soto. Tus guardianes se durmieron. Por verte otra vez, á su lado pasé calladamente, sin despertarlos, y te contemplé en el agua y fuera de ella, y me pareciste hermosa. Ya puedes despertar á quienes tan mal te guardan: á nadie temo, ni me importa perder la vida, si con la vida he de pagar la dicha de haberte visto. Pero, y tú, ¿no recelas que, antes de que despierten tus guerreros, te tome yo entre mis brazos, y cabalgue en mi alazán, que es más veloz que el viento, y salve sin peligro, ufano de llevarme tan linda joya, la distancia que media hasta las navas donde mi padre vive?

—No soy fácil de raptar—repuso Ganitriya, ruborizándose de nuevo y echando atrás un paso. — Sabría defenderme y dar tiempo á que acudieran en mi auxilio mis guerreros.

Ganitriya estaba más hermosa que nunca al

expresarse así. Hablaba con reposo. Su voz era serena, digna su actitud.

Dyusandir la contempló un momento de blando, admirativo modo. Después dijo despacio, con algún tremor en sus palabras:

—No roba mujeres Dyusandir. Estás segura. Si todos los guerreros de tu padre fueran como tú, inermes bajaríamos al llano los palayas para postrarnos á sus pies de hinojos.

E hincando una rodilla en tierra, el hijo de Azrapur besó la fimbria de la túnica de Ganitriya. De un brinco, montó después en su caballo, y dándole con los acicates que llevaba en las sandalias, salvó al punto las matas de mirtos y gayombas, y desapareció en la espesura de la selva, antes de que ni Ganitriya ni sus damas hubieran tenido tiempo de moverse.

La Princesa siguió un rato con los ojos puestos en la dirección que el héroe palaya había tomado; luego, silenciosamente, se dejó vestir y peinar por sus doncellas, montó en su coche y, sin decir palabra más que para mandar á su nodriza y á las demás mujeres que callasen lo ocurrido, regresó al campamento y se encerró en su tienda del alcor.

Dyusandir, en tanto, inclinado el cuerpo hacia adelante y espoleando el generoso bruto en que montaba, corría á galope tendido por la llanura y llegaba al pie de las mont

Allí, aflojando el paso, sueltas las riendas, absorto en el recuerdo de lo que en el soto contempló, se dejó llevar por el alazán á la cima de los primeros repechos de la sierra.

Por medio de una herbosa nava caminó después el caballo durante unas dos horas, hasta llegar á orillas de un torrente que iba rebotando y deshaciéndose en espumas en su pedregoso é inclinado cauce. A lo largo del torrente y en la nava había, esparcidas, unas veinte ó treinta casas de madera, no muy altas y de un solo piso. Estrechas y pocas eran las ventanas; puntiaguda la techumbre, y con grandes piedras sobre los tablones que formaban las dos vertientes de ella. Las casas tenían corrales y tinados, cuadras, zarzos y huertecillos, con su cerca de pedruscos sin labrar. Otra casa parecida, pero de mayores dimensiones, se veía en el centro del lugar, debajo de unos pinos. Esa era la morada de Azrapur. A lo lejos, por todas partes, diseminados en las navas y tendidos sobre la falda de los montes, divisábanse otros caseríos rústicos, también vivienda de palayas. A pesar del rumoroso despeñarse del riachuelo, oíase á distancia el mugir de los ganados, ó el claro, dulce tintinar de alguna esquila. Los ancianos tomando el sol á la puerta de sus casas, las mozas que volvían del torrente con una herrada sobre la cabeza, y los niños

desnudos que jugaban en las eras ó corrían por el espacio entre las cabañas libre, saludaban sonriéndose á Dyusandir y le preguntaban qué nuevas traía de los llanos donde los guerreros palayas combatían.

Dyusandir no contestaba. Caminando con los ojos fijos en el azul del cielo, llegó hasta el el umbral de la mansión paterna. Allí se apeó, entregó el caballo á un hermanito suyo que salía á recibirle, entró en la casa, besó á su padre reverentemente, y después de contarle cómo seguía el ejército y cuanto en los campos purunas viera, salvo lo del soto, se retiró á una estancia solitaria, y en ella, tendido sobre un lecho de zaleas, permaneció encerrado hasta la noche.

La luna inundaba ya con fulgores argentinos la tranquila nava y los riscosos montes, donde todo era silencio, cuando salió Dyusandir de la vivienda de su padre, y caminando despacio, inclinada hacia el suelo la frente, se fué á un cercado, sito fuera del lugar, y en cuyo centro había ancho cobertizo de cañas y tablones. Penetró en el cobertizo. Al rumor de pasos, salió á recibirle una moza apuesta, de azules ojos, cutis rosado y undosa cabellera de color de fuego, recogida en forma de rodete. La moza vestía rozagante túnica de lino blanco, desprovista de mangas y escotada so-

bre el pecho. En la mano derecha alzaba un candil de barro cuya luz vacilaba de contínuo.

—Salud, hermana Harita,—dijo Dyusandir, y besó la frente de la moza.

—Salud, ¡oh Dyusandir!—replicó ella, devolviendo el ósculo á su hermano.—¿Qué de bueno te trae á estas horas por mi casa?

Dyusandir nada contestó. Suspirando, tomó asiento sobre unos haces de seca leña, en un rincón obscuro, y así, callado, permaneció no poco tiempo.

Harita iba y venía por el cobertizo, y, á la luz del candil, echaba la leche de vacas contenida en unas colodras dentro de mantequeras grandes, y luego, ayudada por otras mozas, batía la leche hasta hacer manteca, ó bien cuajaba los blancos naterones, y los vertía en las encellas para amoldarlos, y colocaba las encellas en expremijos á lo largo de las paredes, á fin de que escurriese el suero. Harita también callaba. Conocía que Dyusandir tenía pesadumbre, y aguardaba, como siempre, silenciosa, á que Dyusandir se confiase en ella para aconsejarle y reconfortarle.

Al fin, comprendió que el pesar de su hermano debía de ser muy grande, puesto que no se resolvía á hablar. Harita, ya sola con él, idas las otras mozas, para facilitarle el camino [illegible] confidencias, rompió el silencio y dijo:

—¿Cómo dejaste á mi esposo Kalidán? ¿Estaba bueno y sano? ¿Ha habido algún combate nuevo? Recelosa estoy siempre de saberle herido. Mas si esto fuera así, ya me lo habrías anunciado para que bajara yo á cuidarle. Otra es la causa de tu tristeza. Confíame lo que tanto te acongoja.

Dyusandir contestó:

—Tu esposo goza de salud. Esta mañana le ví, ardiendo en deseos de luchar. Me rogó, hermana mía, que te transmitiera palabras afectuosas y que besara á vuestros hijos de su parte.

Luego, al cabo de otro rato de silencio, trémula la voz en un principio, después vibrante y animada, Dyusandir contó á Harita cuanto en el soto viera y ocurriera. Terminado el relato, Dyusandir añadió:

—Cuán bella es, no puedes figurártelo. Hay en ella un no sé qué de sobrehumana gentileza y lozanía, de regio decoro y de infantil hechizo, que enternece el corazón de quien la mira, y á la vez le infunde respeto y le alborota el alma. Ni cuando Mantara la vaquera me miraba con sus profundos ojos; ni cuando sorprendí en el río á la garrida Suntia, por quien tantos palayas han luchado; ni cuando me regaló mi padre aquella linda esclava que le tocó en su parte de botín, jamás sentí lo que en el

esta mañana. ¡Ay, Harita! la hija de Yudhabar me ha robado los sentidos. A punto estuve de raptarla; mas luego, no sé cómo, me avergoncé de hacerlo, y libre la dejé, que tanto pudo su hermosura. Pésame ahora de ello, y lloro, y me atormenta el bien perdido por culpa de mi maravillada condición.

—Grande es el amor que arde en tus entrañas—contestó Harita,—y muy bella ha de ser Ganitriya si es más bella que la pastora Suntia. Pero no te aflijas de lo hecho, hermano, que así te habrás ganado el corazón de la Princesa, pues, como mujer, gustará de rendimientos; y estando ella en el llano, con Yudhabar su padre, y corriendo por los campos con pequeña escolta, no ha de faltarte ocasión de raptarla un día y de traértela de esposa á casa de tu padre.

Suspiró el mancebo al oir estas palabras, y, despidiéndose de Harita, tornó á salir al campo y se tendió sobre las hierbas, sin cuidarse del rocío. Así, tendido á veces, andando otras, mirando al cielo azul, donde titilaban las estrellas infinitas, pasó Dyusandir las horas de la noche, hasta que las estrellas del Oriente se esfumaron en la blanca luz de la alborada. Pensaba en Ganitriya, y, á media voz, confiaba su pena á los luceros. En tanto, el aura murmuraba blandamente entre los pinos; corría el agua ıorosa del arroyo, y, en el césped ocultos,

cantaban los grillos sin cesar. De amor y de tristezas hablaban á Dyusandir las voces todas de la nava.

## VI

Tampoco durmió esa noche la Princesa Ganitriya. Pensaba en Dyusandir. Guarecida en su tienda, recostada en un lecho de bronces y maderas esculpidas, sobre los blandos almohadones llenos de plumón, inquieta y suspirando, oía Ganitriya, á través del amplio pabellón de recamada estofa en que yacía, las lejanas voces de los centinelas y los rítmicos, pesados pasos de las rondas de guerreros, pasos á los que acompañaba el cadencioso ludir de las espadas contra las grebas y corazas de metal. Estos rumores bélicos, acrecidos en el callar nocturno de los campos, traían á Ganitriya el recuerdo de los pasados y próximos combates entre palayas y purunas. Ya no ansiaba la Princesa presenciar batallas ni ver cómo su hermano y su padre combatían, acosando á los guerreros de los montes como acosa el cazador al lobo. Y no temía ya por la vida de los suyos, sino por la vida de uno de los guerreros montaraces. En su imaginación febril representábase la brega entre palayas y purunas, y, en el fragor de guerra, a-

donde era más recio el batallar, sobre la verde hierba de las navas ó en los lóbregos pinares, veía caer, herido de muerte, empalidecido el rostro, arrojando la negra sangre por la boca, á un héroe juvenil, bello cual ninguno, y cuyo cuerpo ceñía la remendada piel de un tigre. Entonces lloraba la Princesa, oculto el rostro entre las manos. Otras veces, recordaba Ganitriya su matutino encuentro, repetía las palabras que le dijera Dyusandir, y tornaba á ver á éste penetrando en el recinto de las matas con su corcel brioso.

Así transcurrió la noche, sin que el sueño se posara en los enrojecidos párpados de la hija de Yudhabar.

Clareaba el cielo cuando, como en los días anteriores, entraron en su tienda Dasia y la doncella favorita. Dejóse vestir por ambas la triste Ganitriya, sin poner en su tocado y compostura la minuciosa atención acostumbrada.

Concluía de peinarse, y calzándole estaba Dasia unas sandalias primorosas, cuando se descorrió la cortina de la entrada y se presentó en la tienda Yudhabar. Venía el Rey con el brazo derecho en cabestrillo, en la cabeza una tiara de oro, algo semejante de forma á la de los monarcas babilónicos, y apoyándose en una pértiga de negra madera y de marfil, que nataba alado monstruo cinocéfalo, igual á

los esculpidos en los muros del Palacio Real de Kor la Grande. Largos, rizosos bucles negros orlaban la cabeza de Yudhabar. Su barba, también rizosa y negra, le caía hasta el pecho y resaltaba sobre flotante túnica azul celeste, por debajo de cuya orla de oro asomaban amarillos borceguíes.

El Rey, que ninguna mañana dejaba de ir á la tienda de su hija, se acercó á ésta, la besó tiernamente, y, sentándose á su lado, con ella comenzó á charlar mientras Dasia y la mocita daban los últimos toques y perfiles al atavío de la hermosa Ganitriya.

Pronto, á una señal de la Princesa, se retiraron ama y doncellica, y la Princesa entonces, despacio y con temblorosa voz, habló de esta manera:

—Mal parecen los consejos en boca de una niña; pero escúchalos, oh padre, que no son míos, aunque en mis labios suenen. Dos sueños tuve esta noche, y los dioses son quienes los sueños mandan. Con ellos aperciben á los míseros mortales. Atiende, pues, al relato de mis sueños, y acuerda luego lo que convenga más. Dormida, ví primero cómo volvías con tu ejército á los montes, y á los palayas perseguías, y tras ellos, por badenes y ramblazos, por medrosas selvas y por navas, ibas trepando varios días en incesante lid, sembrado tu

mino de cadáveres, hasta que, al fin, juzgaste que no era preciso otro escarmiento, y dejando en las montañas una hueste permanente que tuviese siempre á raya al enemigo, regresaste á Kor la Grande victorioso. Mas los palayas, luego, de continuo, desde los antes cencidos prados y los bosques en que, sin que los pudieses debelar, se habían refugiado, hostigaban á tus guerreros y los tenían alertas noche y día. Así, inmovilizada aquella parte de tus huestes en tarea tan sin gloria, restóse poderío al reino puruna, y de ello hubieron de nacer males infinitos y que, por no turbarte, callo.

De pronto, despertéme, amargada por presagios tan funestos, y, llorando, pasé algunas horas antes de quedar otra vez dormida. Torné á soñar entonces.

Te veía sentado en tu trono, aquí en la llanura. Svaris y los jefes de tu ejército estaban á tu lado. Hacia tí venían los palayas principales, con Azrapur á la cabeza, y se postraban á tus pies, y, agradecidos, te llamaban grande y generoso por haberles mandado emisarios ofreciéndoles la paz sin más combates. Tú, levantándolos del suelo, les hablabas cariñoso; les recordabas que su lengua, aunque tosca y pobre, es hermana de la nuestra; que nosotros la entendemos, y que un tiempo remoto fué ndo purunas y palayas vivían juntos en los

mismos valles. Luego, acudían Azrapur y sus amigos á Kor la Grande, y en el Palacio Real los hospedabas. Ellos, gustosos, se acomodaban á nuestro modo de vivir; adoptaban nuestras leyes y costumbres, y leales te servían. Entre las tribus palayas repartías las tierras llecas que hay en tu imperio, y pronto, por medio de frecuentes bodas, en uno se fundían ambos pueblos, acreciéndose de esa suerte tu fama y tu poder.

Ganitriya se calló, y alzando la mirada, que en el suelo tuvo puesta mientras hiciera su relato, contempló tímidamente al Rey. El Rey, que la había escuchado atento, mirábala con ojos cariñosos y en que notó al punto Ganitriya alguna expresión de burla. Sonrojóse la Princesa, avergonzada de su embuste y temerosa de que no la creyera el Rey. Yudhabar habló risueño:

—Me agrada sobremanera la segunda parte de tu historia. Tanto más, cuanto que tus sueños vienen á confirmar lo que yo reflexionaba en mis vigilias de esta noche. Sin duda, idénticos dioses son quienes inspiraban tus visiones y mis pensamientos. Bien es verdad que no eran necesarias las visiones, puesto que esta mañana, antes de verte, he decidido mandar á los palayas emisarios ofreciéndoles la paz, para ellos en muy ventajosos términos y qu-

poco tienen de las condiciones que en tu sueño se indicaban. A anunciártelo venía, y también á decirte que si los palayas se truecan de enemigos en amigos, me propongo, á fin de cimentar la paz y de ir preparando la fusión de los dos pueblos, precisamente del modo que decías, ofrecerte por consorte al valeroso joven Dyusandir. Deber es de los Reyes, y también de los Príncipes sus hijos, dar el ejemplo en todo á las naciones que gobiernan. Por lo demás, si he de creer ciertos rumores, calculo que acepto te será el esposo que quiero depararte.

Ganitriya, comprendiendo que Dasia ó alguna de sus doncellas había hablado al Rey del encuentro de la víspera, se avergonzó otra vez de sus inútiles mentiras y, echándose ruborosa en los brazos de su padre, le contó cuanto en el soto había pasado, le pidió perdón de sus fingidos sueños, alabó al gallardo Dyusandir y rogó mimosamente al Rey que llevara pronto á término los tratos de la paz, porque á ella le tardaba ver de nuevo á quien le había robado el alma y en desasosiego tan dulce la tenía.

Tornóse á reir el Rey y, haciendo fiestas á su hija, salió con ella de la tienda y en su carro la llevó al campamento, donde aguardaron impacientes la vuelta de los emisarios que á los montes habían ido con pacíficas proposiciones.

ratas fueron éstas á los jefes palayas. He-

chos los tratos, que duraron cuatro días y fueron tan honrosos para la una como para la otra parte, vinieron al campamento puruna Azrapur, Dyusandir y otros caudillos palayas principales, trayendo consigo, en prenda de paz y á modo de voluntario tributo, hasta doscientas vacas de hinchadas ubres, y toros corpulentos, y hatos de ovejas y de cabras. Aceptó la ofrenda Yudhabar, y dió en cambio á los palayas hermosas armas de bronce, carros de guerra con sus bridones adiestrados, y ricas joyas y trajes suntuosos. Al otro día, solos en la tienda de Yudhabar, éste y Azrapur concertaron la boda de Dyusandir y Ganitriya, determinando que, mientras Azrapur y los otros jefes cuidaban del cumplimiento de las condiciones de paz y del reparto de las tierras ofrecidas, marchara Dyusandir á la ciudad de Kor, escoltado por mil palayas, en compañía del Rey y de su prometida esposa.

Indescriptible fué el regocijo de las huestes purunas cuando por ellas corrió la voz del concertado matrimonio. El franco y generoso Dyusandir, en pocos días, se había captado la voluntad de aquéllos contra quienes tan bravamente luchara en las montañas. Así fué que cuando, antes de tomar el camino de Kor la Grande, Dyusandir y Ganitriya, ambos hermosísimos y ataviados con magnificencia i

recorrieron juntos en un carro de guerra el frente de las tropas purunas y palayas, hubieron de atronar los aires los vítores y gritos de alegría de millares de guerreros.

En cuanto á los novios, eran dichosísimos. Juntos estaban siempre desde el amanecer hasta la noche. En sus labios sonaban frescas risas; en el alma sentían una blandura que les daba ganas de llorar. Decíanse lo que siempre se han dicho todos los enamorados, y que á ellos, como á los enamorados todos, les parecía pasmoso é inaudito. No se hartaban de mirarse, de elogiarse mutuamente, de apretarse las manos y de darse dulces besos cuando sin ser vistos buenamente lo podían.

Comentaban sin cansarse la historia de su encuentro. Dyusandir refería á Ganitriya lo triste y alborotado que pasó en la nava los días siguientes al encuentro, hasta que la paz se hizo; cómo erraba por los bosques, huyendo de la gente, y con qué loca alegría recibió la nueva de la boda concertada. Ganitriya confesaba su miedo á los combates, su invento de los sueños y los temores que sintió de que los palayas se negaran á tratos de amistad con los purunas. Ambos declaraban prodigioso cuanto había sucedido. El mundo, por ministerio de Amor, tenía ya otro aspecto para ellos, y en as que hasta entonces les habían parecido

insignificantes y vulgares hallaban singular belleza y un sentido oculto que Amor les daba á conocer.

## VII

Más de mes y medio hacía que estaban de regreso en el Palacio Real de Kor la Grande Yudhabar, Svaris y la Princesa Ganitriya. Y también estaba en el Palacio Dyusandir, alojado con sus mil palayas en amplio edificio situado enfrente de las estancias de su novia. Para ella y para él habían transcurrido las horas en un vuelo. En vísperas estaban del día de la boda, la cual, según costumbre puruna, debía celebrarse la noche del plenilunio de Mayo, ó, mejor dicho, del mes lunar que en parte corresponde á nuestro Mayo dentro del calendario de los purunas conocido.

Todo eran preparativos en Kor la Grande, y no sólo para la boda de Dyusandir y Ganitriya, sino también para las muchas bodas más que en esa noche habían de celebrarse, ya que, de no celebrarse entonces, en obediencia á estrictos preceptos religiosos, tendrían que aguardar las parejas de novios hasta el correspondiente plenilunio de otro año. Muy afanada andaba la gente en la ciudad, pues apenas l

bía familia ó casa que no contase un novio ó una novia entre los suyos. Y no menos afanada andaba la servidumbre del Palacio Real, especialmente los esclavos y las mujeres, bajo la dirección de Ganitriya y Dasia.

Llegó así el día antes del señalado para las seis mil y tantas nupcias que aquel año habían de contraerse. La Princesa, cansada de sus faenas de la víspera, hubo de despertarse tarde. Al abrir los ojos y ver que la luz del sol penetraba hasta el fondo de su cuarto, conoció que estaba muy entrada la mañana, é impaciente de ver á Dyusandir, que sin duda la estaría aguardando en los jardines desde muy temprano, saltó del lecho y llamó á Dasia y sus doncellas. Acudieron éstas á lavar, acicalar y vestir á su señora; pero en vez de hacerlo, como de costumbre, entre risas y alegres charlas, y contando á Ganitriya lances divertidos y lo que se murmuraba en la ciudad, permanecían silenciosas, con rostros saturninos y como si algún pesar oculto les enturbiase el alma.

Ganitriya, extrañando el caso, pronto preguntó que cuál era la causa de tanta y tan general pesadumbre entre sus damas. Cuando ella, Ganitriya, más alegre que los pájaros del campo al nacer la aurora, se holgaba de su ·te; cuando en el reino entero, desechando

tristezas y cuidados, la gente toda andaba con cara de fiesta y en son de regocijo, ¿á qué venían el callar y la mustia expresión de su nodriza y sus doncellas? ¿No estaban satisfechas de las galas que les había mandado hacer para que asistiesen á las nupcias? ¿Querían otras nuevas y mejores? ¿Qué había sucedido para tenerlas á tal punto cabizbajas, trémulas las manos, la mirada huída, un sello en cada boca?

Y Ganitriya, acongojada, temerosa ya de que hubiese ocurrido alguna calamidad tremenda, acosaba á las mujeres á preguntas: ¿Su padre estaba enfermo? ¿Estaba enfermo Dyusandir? ¿Qué pasaba? Debían decírselo en seguida. No atormentarla más callando.

Pero las mujeres seguían en silencio. Al fin, una de las mozas murmuró:

—¿A qué ocultárselo más? La Princesa tiene que saberlo. A Dasia toca referirlo. Que Dasia lo refiera.

Entonces todas exclamaron:—Sí, que Dasia hable,—y empujaron hacia adelante á la nodriza, quien, sollozando, procuraba salirse de la cámara. Al fin Dasia cedió, y postrada de hinojos en el suelo, á los pies de la Princesa, con la cara oculta entre las manos, dijo, ó más bien murmuró, entre lágrimas y singultos:

—Prepárate, señora, y haz ánimo grande y fuerte para sufrir el mal que te ha tocado.

el dios potente, lo ha querido... El árbol de elección... Dyusandir...

Al oir tales palabras, un palor de muerte inundó la cara de Ganitriya, y ésta, sin exhalar ni un quejido, giró sobre sí misma, batió el aire con las manos y, perdido el conocimiento, se desplomó de golpe sobre el piso teselado de la estancia, antes de que las mozas pudieran acudir á sostenerla. En ese preciso instante entraban Yudhabar y Svaris, ambos con rostro acontecido.

Ahora, mientras Dasia y las demás mujeres levantan del suelo á Ganitriya, la llevan á su lecho, la atienden y procuran hacerla volver en sí, convendrá que explique yo cuál era la causa de todos estos lances y tristezas, así como el sentido de las palabras *árbol de elección*.

Recordarán mis lectores que al principio de esta historia hablé de unos sacerdotes llamados Mahíes y Nemanes, de magno influjo y mucho saber, y que eran ministros del dios Suri, cuyo templo se levantaba en el centro del Palacio Real de Kor la Grande. Dichos Mahíes y Nemanes, en cuanto á la multiplicidad de sus conocimientos y á la oculta intervención que ejercían en todos los negocios del Estado, ya que no en cuanto á su organización y sus doctrinas, debían de tener no pocos puntos de semejanza con los famosos magos de Caldea.

Baste decir esto, sin entrar en pormenores, que acaso parecerían engorrosos y alargarían esta historia por demás. Los mahíes eran doce, trescientos sesenta los nemanes. Cuando un mahí moría, sus compañeros supervivientes, reunidos en colegio, procedían á elegir y nombrar otro mahí entre los nemanes más doctos y virtuosos. Y para que el número de los nemanes no quedase nunca descabalado, los mahíes procedían después á la elección de un nemán nuevo.

Una vez designada en secreto la persona conveniente, quien por fuerza había de ser un mozo soltero, saludable, de buena presencia é intelecto claro, sin que importase para nada su condición social, ocurría un hecho singularísimo y que mucho tenía de misterioso en la manera de ocurrir. El desprevenido mozo designado desaparecía de repente del seno de su familia, por regla general durante la noche, y sin que se supiese cómo había acaecido la desaparición ó, mejor dicho, el rapto. En la habitación del mozo, ó en la puerta de su casa, se veía, en una maceta, y á guisa de simbólico nuncio de lo sucedido, un arbusto verdeante, una de cuyas ramas estaba tronchada y plantada á parte en otra maceta más hermosa. Y era lo sobrenatural del caso que, mientras en el arbusto no había sino hojas, el tal garrancho

ó ramo desprendido estaba todo él en flor. De esa suerte significaban los mahíes que el mozo electo había de vivir en adelante separado del vulgo de los mortales y florecer y enlozanarse en otra superior esfera. Nadie, entre los purunas, había visto ó recordaba que otro hubiese visto cómo y por qué medio venían el ominoso arbusto y el garrancho no menos ominoso á la puerta de la casa de quien iba á ingresar en el número de los nemanes. Y nadie tampoco, entre las personas allegadas al desaparecido, padre, madre, hermanos, osaba jamás protestar en público del rapto. Sacrilegio abominable hubiera sido el exhalar cualquier lamentación. Ningún puruna era bastante osado para incurrir así en la tremenda cólera de Suri; que tanto reverenciaban los purunas á ese dios y tanto acataban y temían á mahíes y nemanes. Por el contrario, la familia del mozo electo aparentaba sentir, cuando no sentía de veras, grande regocijo, y de todas suertes, tenía á mucha honra que hubiera recaído la elección en persona de su sangre. Tan sólo á la moza, de quien el nuevo nemán hubiese sido novio, le era permitido lamentarse, tanto más cuanto que ya no le era lícito tener amores ni desposarse con otro hombre. Había de guardar perpetua castidad y retirarse á un templo donde vírgenes sagradas dedicaban al culto de Maonsi, ó sea la Luna.

El nuevo nemán, durante su período de iniciación en los misterios de Suri, período que duraba cinco años, permanecía encerrado dentro del inviolable recinto del templo, en los jardines del Palacio Real. Vencido ese plazo, el nemán ya podía discurrir por Kor la Grande y el reino entero, y hasta ver de cuando en cuando á su familia; pero, por regla general, no la visitaba nunca, pues se consideraba desligado de todo vínculo terrestre y solía vivir absorto en el culto de Suri y en sus estudios mágicos y astronómicos.

Bien puede ahora calcularse la desesperación de la Princesa Ganitriya, que, en vísperas de boda, se veía privada de su hermoso Dyusandir y condenada, muy contra su gusto, á ser sacerdotisa de la Luna. Pero no había remedio á tanta pena: por la mañana, al salir del sol, el árbol de elección había aparecido en la puerta del edificio donde moraba Dyusandir, y Dyusandir faltaba de su aposento.

La noticia, corriendo de boca en boca, hubo de esparcirse al punto por toda la ciudad. La gente, que andaba por las calles afanada en alegres preparativos, enguirnaldando con flores las fachadas de las casas, sembrando el suelo de arena finísima y de hierbas aromosas, suspendió esas tareas, y reunida en corrillos, con semblantes graves, se puso á comentar

y á lamentar á medias palabras el infortunio de Ganitriya, mirando cautamente en torno por si algún nemán ó algún mahí pasaba. A todos los purunas afligía lo ocurrido; pero, sin embargo, ninguno osaba murmurar de abierto modo, temeroso de que su rebeldía trajese sobre él y también sobre el reino entero la maldición de Suri.

En el Palacio, cuatro mil guerreros purunas habían tenido que cercar y mantener en respeto á los mil palayas de Dyusandir, que, alborotados por la misteriosa desaparición del joven héroe, gritaban de continuo que se le devolvieran, y amenazaban á veces con atacar el recinto sagrado de Suri y pasar á cuchillo á los sacerdotes todos. Otras veces, los palayas —asustados de las mismas maldiciones que hubieran de lanzar contra un dios á quien, aunque con nombre distinto, ellos también conocían y adoraban,—deponiendo su ira, postrados por el suelo, con gestos suplicantes, lágrimas en los ojos y rostro vuelto hacia el sol, pedían al astro fúlgido, á la benéfica deidad creadora de la vida, que inspirara otra elección á los mahíes y mandara á los mahíes que Dyusandir fuera devuelto á Ganitriya, á Azrapur y á los suyos. Pero luego, impacientes de que sus súplicas no eran atendidas por el dios, ó sospechando quizás una traición de los puru-

nas, tornaban los palayas á blandir venablos y amagaban traspasar con ellos á sus propios jefes, porque éstos procuraban aplacar la cólera de los guerreros montaraces, atendiendo á las palabras de Yudhabar y Svaris, quienes, por ganar tiempo y evitar nuevas desgracias, así como se enteraran del terrible lance, habían prometido á los palayas buscar algún remedio á tanta cuita, aunque sabían que no había remedio alguno y que la voluntad de Suri era inflexible.

En esto, cuando la revuelta era mayor y á punto estaban ya de venir á las manos palayas y purunas, vieron todos llegar á la Princesa Ganitriya, que, hendiendo las filas de los guerreros reales, penetraba despacio en el lugar que ocupaba la enfurecida escolta del hijo de Azrapur.

Ganitriya, al volver de su desmayo, había querido cerciorarse por sí misma de que era cierta su inmensa desventura. Seguida de su padre, de su hermano y de sus damas, pasó silenciosamente Ganitriya por entre los guerreros de uno y otro bando. Y estaba tan hermosa la Princesa, era tal la expresión dolorida de su rostro, al que la pena había robado los colores, que hasta en el ánimo de los guerreros más endurecidos se instiló ternura grande, y hubieron todos de aplacar su furia y de ar

jar broqueles y venablos por el suelo. Todos, con el mirar anublado por el llanto, seguían á la Princesa, que, fijos los ojos en el pórtico de la que fuera mansión de Dyusandir, inmóviles las facciones de su cara, blanca como albo mármol debajo de su corona de rubio pelo, caídos los brazos desnudos á lo largo de la túnica azul, iba caminando como en un sueño, absorta en su pesar. Así se acercó al pórtico Ganitriya, y al llegar á él, estremecida toda, tuvo que apoyarse en una de las estípites de piedra que sostenían la techumbre plana del edificio. Más allá del pórtico, en la penumbra de un vestíbulo vacío, había visto Ganitriya un arbusto, cuyo follaje lustroso, recogiendo la poca luz que en aquel lugar entraba, ponía una mancha verde en las tinieblas. Ese era el árbol fatídico de elección.

Dasia, llorosa, se acercó á la Princesa, y, tomándola en sus brazos y colmándola de caricias, pronunció palabras sin sentido y procuró apartarla del lugar aquél. Pero la Princesa la rechazó con dulzura, y, silenciosa siempre, penetró sola en el vestíbulo. Desde fuera, su padre, su hermano, sus damas y algunos de los guerreros la vieron llegar hasta el arbusto y dar despacio una vuelta en torno de él. Luego Ganitriya echó una mirada á todas s, recorrió toda la estancia, tornó hacia

el arbusto, y, lentamente, giró otra vez en derredor de la maceta en que surgía el simbólico nuncio de elección. De pronto, la Princesa se detuvo, alzó los brazos, é inclinándose, rebuscó y tocó algo entre las ramas. La gente de fuera, que, triste, seguía contemplando á Ganitriya, vió después á ésta apartarse del arbusto, salir de la penumbra y aparecer en el marco de luz que por el pórtico penetraba en el vestíbulo, inundando parte de su suelo.

## VIII

El rostro de la Princesa ya no parecía el de una estatua del dolor. El carmín había vuelto á sus mejillas. Sus pupilas azules brillaban de placer. En sus labios rojos había un temblor ligero. La Princesa los movía como para hablar, pero hablar no pudo. Al salir del vestíbulo, tuvo que apoyarse en una estípite, como cuando entrara se apoyó. Así, hermosísima, se estuvo queda un rato: lágrimas asomáronse á sus ojos, á la boca una sonrisa. Pasmados la contemplaban Yudhabar, Svaris, los guerreros y las damas.

Al fin la Princesa pudo hablar, y dijo muy despacio, con voz cortada por la emoción y que resonaba melodiosa en el silencio:

—Aún hay, padre, alguna esperanza para mí. Ignoro qué significa lo que he visto; mas creo que me es lícito interpretarlo en el sentido de que quizás aún pueda serme devuelto mi amado Dyusandir. En el follaje del arbusto hay una rama en flor; pero la rama no está tronchada ni desgajada del arbusto. Forma parte de él, y en él, entre las otras ramas, que son verdes y carecen de capullos, la rama esa ostenta solitaria corimbos de botones sonrosados. No hay garrancho floreciente y puesto á manera de esqueje ó de rampollo en otra tierra para que en ella medre y se enlozane, mientras el árbol de que el garrancho se arrancara vive y perece sin flores y sin frutos. Nuevo es el caso, de memoria de hombre nunca visto; ¿mas cómo creer que haya en ello olvido de los sacerdotes de Suri, el Dios potente? Si ellos no han cuidado de tronchar y separar la florida rama, es que de tal suerte quieren significarnos que Dyusandir no ha de ser ministro de la deidad creadora de la vida. Así, ¡oh Suri! interpreto los designios de tus severos servidores, y de hinojos te pido que pronto confirmes mi atrevida traducción del símbolo. ¡Devuélveme á Dyusandir, oh Suri el luminoso, el que fecunda los campos, el que sobre los astros reina, de quien nace toda llama y de quien todo recibe el sér que tiene! Por ello, en

sacrificio, te daré las dos novillas blancas, tan mansas y tan lucias, que Dyusandir me regalara cuando, hechas las paces entre palayas y purunas, bajó de sus pinares; y á tus sacerdotes entregaré todas mis joyas, para que con el oro de ellas fundan un ara en que arda perpetuo fuego en tu loor.

La Princesa, al invocar á Suri, se había arrodillado, mirando al sol, con las manos extendidas, toda ella en actitud humilde y deprecante.

Mientras, entraban en el vestíbulo Yudhabar, Svaris, Dasia y las doncellas, y aun algunos de los guerreros, y atónitos contemplaban el arbusto de la solitaria rama floreciente. Nadie, en la turbación de la mañana, cuando apareciera el árbol y se advirtiera la ausencia de Dyusandir, había notado la falta del garrancho simbólico.

El caso era inaudito, plausible la interpretación que le daba Ganitriya; mas era preciso refrenar toda impaciencia, permanecer en la incertidumbre hasta que hablasen los mahíes. Ellos eran los únicos que podían declarar el sentido del nuevo símbolo. ¿Quién tan osado que les dirigiera la palabra sin que ellos la tomasen antes? Ni al mismo Rey le era lícito el hacerlo. No cabía, pues, sino aguardar á que la voluntad de Suri se manifestara por

de uno de sus doce servidores principales.

Así lo dijo Yudhabar á los palayas, y, con otros discursos muy elocuentes que añadió, logró tranquilizar el ánimo de los palayas y que prometieran no cometer ninguna acción violenta mientras no se supiese cuáles eran los designios de Suri.

La Princesa, en tanto que su padre hablaba, había vuelto con su séquito á sus estancias del Palacio, inquieta aún, pero renacida en su pecho la esperanza, y en sus estancias se recluyó, aguardando impaciente á que aclarasen su suerte los mahíes.

Como pocas horas antes la primera noticia, divulgóse muy pronto la segunda por los cuatro barrios de la ciudad, maravillando á cuantos la oían y dando lugar á infinitos comentarios y suposiciones, que unos y otras estaban en su mayoría acordes acerca de que lo de la rama florida era un feliz presagio, debiendo Dyusandir reaparecer pronto entre los suyos para casarse con su amada Ganitriya. Y como esta interpretación devolvía el contento á todo el mundo, y no era, por otra parte, posible suspender los preparativos de las seis mil y tantas bodas, tornó todo el mundo á los preparativos y recobró Kor la Grande su aspecto festivo y su animación acostumbrada en semejanoca de años anteriores.

A media tarde, salieron Yudhabar y Svaris con muy lucida escolta á las puertas de Occidente, para recibir allí á Azrapur, á Harita y á otros hermanos de Dyusandir y á varios palayas principales, que venían á asistir á las principescas bodas. Muy grandes fueron el sentimiento y la sorpresa de Azrapur, Harita y los demás palayas cuando se enteraron del misterioso suceso de la mañana; pero su inquietud bajó algo de punto merced á las explicaciones de Yudhabar, y rogando á Suri que pronto les sacase de su dolorosa incertidumbre, devolviéndoles á su amado Dyusandir, con Yudhabar y Svaris subieron al Palacio Real, para aguardar en él la sentencia de los mahíes y acompañar en tanto á la afligida Ganitriya.

Esta, renovado su dolor con la venida de los parientes de su prometido esposo, y después de abrazarlos y de agasajarlos y de compartir con ellos sus dudas y temores, hubo, al caer de la tarde, de salir á los jardines, impaciente de que transcurriera tanto tiempo sin que hablaran los sacerdotes del dios Suri, y curiosa de ver si facilitaba, paseándose en los jardines, el encuentro con alguno de esos sacerdotes, que se dignara hablarle y revelarle lo que estaba ansiosa y temerosa de saber.

Largo tiempo anduvo Ganitriya vagando en derredor de las rojas tapias y puertas i-

queables del templo de Suri, y la noche había caído sin que ningún mahí apareciese. La Princesa, vestida aún con su traje de la mañana, iba delante, moviéndose como una sombra vaga en la penumbra de los bosquecillos, por entre cuyas ramas se filtraban los rayos plateados de la luna. Detrás, y á alguna distancia, en grupos, iban Harita, Dasia y un silencioso séquito de doncellas y de esclavas.

Al fin, rendida de tanto caminar, Ganitriya, alejándose del templo, fué á sentarse en un banco de piedra que había en cierto paraje muy sombrío de los jardines, al lado de una fuente. Aquél era lugar favorito suyo y también de Dyusandir. Ambos, en dulces coloquios, habían pasado juntos allí horas y horas, para otros largas, para ellos tan cortas como alegres. Harita, Dasia y el séquito de esclavas y doncellas, respetando el dolor de Ganitriya, permanecieron á algún trecho del banco y de la fuente, y separadas de la Princesa por unos setos vivos, muy altos y frondosos.

La Princesa, sentada, con los codos puestos sobre las rodillas y la cara apoyada entre las manos, fijos los ojos en lo que tenían delante, permaneció inmóvil largo rato.

Un aura cálida y muy ligera, cargada del aroma de las flores, hacía rehilar blandamente las hojas de los árboles. Al rumor susurrante y

melancólico producido por el rozamiento de unas y otras hojas, se sobreponía el canto no menos melancólico y monótono del agua de la fuente, que, surgiendo gota á gota de unas peñas, gota á gota, con cristalino son, iba á caer en ancha taza de mármol blanco, sostenida en vilo por cuatro fantásticas alimañas de bronce enverdecido. En el agua de la fuente, donde las gotas al caer trazaban círculos concéntricos, rielaban los rayos de la luna; y esos mismos rayos, deslizándose por entre las copas movedizas de los árboles, ponían en el césped infinitas y variables manchas luminosas. Millares de luciérnagas, girando por el ambiente perfumado, le sembraban de chispas volanderas de azulada luz. Allá en lo alto, el astro de la noche, ya casi redondo y semejante á un espejo de metal bruñido, inundaba el cielo de fulgente claridad. Oculto en la fronda, por cima de la Princesa, un pájaro cantaba. Su voz, vibrante y dulce, fluía en notas agudas y en trinos armoniosos; desfallecía luego en lánguidos gorjeos, y tornaba á resurgir alegre y triunfadora en cánticos de amor.

Y de amor hablaba todo á Ganitriya. De amor y Dyusandir. Embriagada por el aroma de las flores, seducida por el cantar del pájaro, por el manso rumor del aura y por la poesía de la voluptuosa noche, la imaginación

Princesa se transportaba fuera del mundo real. En su deliquio, veía á Dyusandir al lado suyo, y acariciaba la negra cabellera de su amado, y contemplaba el cuerpo de él, robusto y elegante como el de una deidad guerrera, y, de amor muriendo, amor leía en los negros ojos del garzón apuesto que el alma le tenía cautivada.

Mas luego, desvanecida su ilusión, lloraba Ganitriya con amargura intensa, con infinito desconsuelo. De amor murmuraba el aire entre las hojas; de amor la cantilena pausada de la fuente; de amor decían las flores adormidas y el pájaro canoro; un hálito de amor emanaba de la tierra en aquella primaveral noche divina; y Ganitriya suspiraba:—¿En quién he de poner mi amor, si los dioses me roban á mi amado?

Y si por ventura volvía Ganitriya atrás el rostro, veía, á través de las lágrimas que anublaban su mirada, la torre colosal de Suri irguiéndose imponente en los ámbitos azules, muy blanca, solitaria, bañada en luces de ópalo y coronada por rojizos resplandores y volutas de humo negro. Ganitriya pensaba entonces en que sólo faltaban horas para la noche de las nupcias y en que Dyusandir no parecía ni hablaban los mahíes. Y Ganitriya tornaba á sollozar y á ser presa de mil angustias y temores.

Llorando así, hundida la cara entre las ma-

nos, estaba hacía no poco tiempo la Princesa, cuando, á deshora, oyó por frente á ella un rumor suave de pisadas. Levantó los ojos Ganitriya, y entonces, sobre el talud de rocas y de césped del que surgía el caño de la fuente, vió, en una rotura de la selva, y como circundado de luz esmaragdina, á Baluk el venerable, sacerdote principal y más anciano del dios Suri.

Una ropa talar, de color de púrpura con vivos de oro, cubría el cuerpo del sacerdote y le hacía quizás parecer más alto; la barba, muy larga y plateada, le descendía hasta la cintura, que un dorado cíngulo ceñía; los cabellos, rizados, largos y no menos blancos que la barba, recuadraban el adusto rostro de Baluk, y sobre ellos, por cima de la espaciosa frente, rutilaba una diadema de brillantes y rubíes, que formaba como un arillo ó nimbo del que surgían verticales rayos ondulosos.

Al ver al sacerdote, Ganitriya se arrodilló de súbito, apoyando la frente en el margen de la marmórea taza. Un frío glacial invadió su cuerpo, y por todo su cuerpo discurrió temblor de muerte. Presentía que iba á ser dictada su sentencia. Desfallecía de terror y de deseo. El aire había caído; ya no cantaba el pájaro. Sólo sonaban las gotas lentas de la fuente y los sordos, precipitados latidos del corazón de Ganitriya. El momento era solemne.

Tiempo infinito pareció á la Princesa que duraba aquel silencio. Al cabo, Baluk comenzó á hablar. Su voz era muy grave, pero distinta y armoniosa.

—Hija de Yudhabar, prometida esposa de Dyusandir—dijo despacio el sacerdote del dios Suri,—no vengo á explicarte el símbolo de la rama floreciente en el árbol de elección. No es hoy el día señalado para revelarte los designios de la deidad creadora de la vida á quien sirvo y reverencio. Ignorante de ellos has de seguir hasta que llegue el plazo que me ha indicado Suri, y, aun vencido el plazo, tan sólo podrás saberlos si antes cumples las condiciones que Suri te comunica por mis labios. De tí depende la vida futura del doncel que te enamora. Sacerdote ha de ser en el templo de Suri, ó esposo tuyo y padre de tus hijos, según te arredre ó no lo que vengo á declararte. Si quieres figurar, la noche de mañana, en el cortejo de las nupcias, con Dyusandir al lado, preciso es que sola, recatándote de todos, sin confiarte en nadie, salgas de la ciudad el día de mañana y camines hacia Occidente, llegando hasta el pie de las montañas, allí donde juntan sus aguas el Sarití y el Arvanu, y franquees impávida el Pórtico de la Muerte, de donde nadie que le traspuso ha regresado. Nada más permite Suri que te diga: en tu confianza

y en tu arrojo estriban los sucesos venideros.

Baluk calló. La Princesa seguía arrodillada, aguardando á que Baluk tornase á hablar; mas como transcurriese un período indefinido sin que nuevas palabras sonasen en los oídos de ella, Ganitriya alzó al fin los ojos. El sacerdote del dios Suri había desaparecido de manera misteriosa.

Levantóse entonces Ganitriya, llamó á sus damas, y, muda, regresó con ellas al Palacio.

## IX

La mañana siguiente, una nueva calamidad vino á afligir á Yudhabar. Su hija, la Princesa Ganitriya, también había desaparecido. Ninguna de sus damas la había visto salir de su aposento. Nadie la había visto en los jardines, nadie en el Palacio, nadie en la ciudad. No quedaba rastro de ella. ¿Cómo explicarse lo ocurrido? No había sacerdotisas de Suri, ni para las mujeres había árbol de elección.

Afligidísimo Yudhabar y receloso de que su hija, desesperada por el rapto de Dyusandir, hubiera tomado alguna resolución violenta, mandó pregonar la desaparición de ella por toda Kor la Grande, prometiendo premios fabulosos

á quien encontrase á Ganitriya ó diese noticias de ella. El pregón sólo sirvió para que naturales de Kor y forasteros se enteraran del nuevo y misterioso lance, y tornaran á suspender los preparativos de las bodas y á reunirse en corrillos mustios, comentando el hecho y lamentando, cohibidos, que tamaña desgracia viniese á castigar la capital y el reino purunas en día que debía de ser el más venturoso del año para la capital y el reino.

Yudhabar, que era Monarca muy magnánimo y generoso—enterado de la congoja de sus súbditos y de que entre ellos reinaban dudas acerca de si, en razón de la desventura que mortificaba tan duramente al Rey, y de rechazo al pueblo entero, debían de suspenderse las seis mil y tantas nupcias,—mandó que se prosiguiesen los aprestos y se celebrasen las nupcias por la noche, aunque no pareciera la Princesa, pues no quería añadir otras tristezas á la ya tan grande que le embargaba el ánimo.

Dictadas estas órdenes, Yudhabar, acompañado por Svaris y magnates numerosos, recorrió él mismo, buscando á Ganitriya, el Palacio entero, y los jardines y las dependencias reales todas. Convencido el Rey de que Ganitriya, viva ó muerta, no estaba en la meseta de la mambla, vagó desesperadamente por los umbrosos declives de la mambla susodicha, y bajó

luego hasta las cuatro puertas por donde salían las rampas palatinas á la ciudad de Kor.

En cada puerta se detenía el Rey y examinaba á la guardia que allí había, haciéndose dar por los centinelas todos una relación y las señas de cuantas personas habían salido de Palacio desde el amanecer. Nadie le daba razón de Ganitriya. Desconfiaba ya el Rey de saber de ella por tal modo, y ya había visitado las puertas del Oriente, del Sur y del Norte, cuando llegó á la puerta de Occidente y preguntó á sus centinelas quién había pasado por allí desde la víspera. Ninguno de los guerreros de la guardia se acordaba de haber visto á Ganitriya; pero hubo uno que, adelantándose, dijo al Rey:

—Tu hija, la Princesa, no ha pasado por aquí. Quien pasó esta mañana, antes de que el sol saliera, fué tu hijo, el Príncipe Svaris. Yo mismo abrí de par en par los dos batientes de la puerta, para que el cuadriyugo de él pudiera franquearla sin tropiezo.

Maravillóse el Príncipe al oir estas palabras, y exclamó que él no había salido de Palacio desde la noche antes. Comprendieron entonces todos que la Princesa, hermana gemela de Svaris y cuyo parecido con él era extremado, había huído del Palacio Real, disfrazada con ropas de su hermano y conduciendo un cuadriyugo de él. Sin tardanza, corrieron el Re-

Príncipe y los magnates á las cuadras, que estaban en el recinto superior del Palacio, y en las cuadras prosiguieron sus indagaciones, concluyendo por saber, de boca de uno de los mozos, que el Príncipe, ó la persona que el mozo tomara por el Príncipe en la penumbra del amanecer, había venido muy temprano á enganchar un cuadriyugo, y en el cuadriyugo, sin cochero ni otro acompañante, había descendido por la rampa occidental.

Entonces Yudhabar mandó aprestar ligeros coches, y, así como estuvieron listos, montó en uno de ellos, y en otros montaron Svaris y los magnates. Sin demora, á escape, descendió después la regia comitiva la rampa de Occidente, y franqueó la puerta de igual nombre, y veloz atravesó las calles de la ciudad y salió por fin al campo.

Sin detenerse apenas, preguntaba Yudhabar á los moradores de cuantas alquerías ó cabañas iba encontrando, si habían visto, al nacer la aurora, pasar al Príncipe Svaris en un cuadriyugo de bridones negros. Extrañaban los rústicos la pregunta del Rey, pues veían al Príncipe al lado del Monarca; pero, balbucientes y azorados, contestaban muchos que sí, é indicaban á Yudhabar el camino que el Príncipe hubiera de tomar algunas horas antes.

De esta suerte, perdida unas veces la pista

de la Princesa, recobrándola otras, llegaron Yudhabar, Svaris y los magnates al horcajo del Sarití y del Arvanu, á corta distancia de unas peñas altísimas y tajadas á pique.

Era muy agreste y solitario aquel paraje. Estaba cubierto de tormos y maleza. A mil pasos á la redonda no se veía ni una habitación. Nadie gustaba de pasar por allí, ni siquiera los pastores de cabras y de ovejas, no obstante la abundancia del césped con que apacentar sus rehalas.

El tal lugar era maldito, porque en él estaba el Marediura, el Pórtico de la Muerte, una grieta sombría en los peñascos, de donde sin cesar surgían lejanos mujidos espantables, que helaban la sangre en las venas de quien los escuchaba. Decíase entre los purunas, y aun era creencia general en ellos, fomentada por los sacerdotes de Suri, que el Marediura daba acceso á lóbregas regiones subterráneas, mansión de los Espíritus del mal, cuyas voces terroríficas eran las que se oían de continuo. Al expirar un sér humano, si Suri le juzgaba indigno de gozar de la luz inefable, bajaba el alma de ese sér, atravesando el Pórtico de la Muerte, á las regiones habitadas por el Soberano de las Tinieblas y por sus servidores los Espíritus del mal, y allí por ellos era atormentada. Decíase también que, allá en épocas lejanas, algunos h-

bres impíos, más audaces ó menos crédulos que sus coetáneos, se habían aventurado á traspasar el pórtico funesto. Ninguno de esos hombres volvió á ver la luz del día.

Muy angustiados andaban Yudhabar y Svaris por la dirección que había tomado la Princesa. Su angustia creció de punto cuando—después de haber batido aquella comarca temerosa sin encontrar á Ganitriya, y en sazón de estar haciendo girar los carros para marcharse de allí, á instancias de los magnates, amedrentados por el fragoroso retumbar de las concavidades del Marediura—se oyó á lo lejos un relincho de caballo. A ese relincho contestaron con otros los bridones de Yudhabar y de su comitiva, y á poco, viniendo como del Pórtico de la Muerte, se vió llegar, á saltos cortos, por tener trabados los remos con manijas, dos de los corceles negros del cuadriyugo que tomara la Princesa.

Apeáronse entonces otra vez el Rey y sus acompañantes, y otra vez volvieron á explorar el monte y las malezas, acercándose ya más al Pórtico de la Muerte. Pronto descubrieron los otros dos caballos, también trabados con correas y paciendo en un prado, entre arboleda, donde asimismo estaba el cuadriyugo, con la lanza en el aire, esparcidos por tierra los rendajes y apiñados en montón los jireles de oro

que para mayor ornato llevaban de costumbre los bridones reales.

En derredor del cuadriyugo, en la alfombra verde y húmeda del prado, veíanse confusas huellas de un pie menudo, y de esas huellas partían otras, ya más claras, que se encaminaban hacia el Pórtico funesto.

Siguiendo las pisadas de la Princesa, pues por tales las tenían, pronto llegaron los tristes Yudhabar y Svaris y los magnates temblorosos al pie de los peñascos, allí donde se abría la fatídica grieta resonante, oculta por casi impenetrable maraña de breñas, espinos y retamas. Dentro de esa maraña se perdían las huellas de los pies de Ganitriya. No cabía ya duda á nadie. Era verdad lo que temían todos: la Princesa se había internado en la horrible mansión de los Espíritus del mal. Porque, como no fuese en un arrebato inexplicable de locura en la Princesa, nadie podía decirlo. Mirábanse los purunas, trémulos y pálidos, y miraban á su Rey y á su Príncipe, trémulos y pálidos también. Yudhabar y Svaris, abrazados, lloraban y gemían de dolor; pero ni ellos mismos oían sus lamentos, pues sus lamentos se perdían en el atronador estrépito que salía por la boca de la cueva.

Al fin, durante un corto lapso en que el barullo de la cueva decreció, pudieron los r

nates purunas oir lo que decían el Príncipe y el Rey. Ambos querían penetrar en el Pórtico de la Muerte en busca de su hija y de su hermana. Ambos se negaban á que el otro fuese. Cada cual de ellos reclamaba para sí, con exclusión del otro, el derecho y el deber de internarse en la mansión de los Espíritus malignos, con el temerario, irrealizable intento de rescatar á Ganitriya y de traérsela de nuevo á la faz de la tierra, donde viven los mortales. Los próceres purunas, alarmados por la generosa contienda del Rey y de su hijo, seguros de perder á cualquiera de los dos que acometiese empresa tan osada, y dando ya por muerta á Ganitriya, se acercaron entonces á sus señores y procuraron vanamente disuadirlos de su loca idea. Ninguno de los dos renunciaba á su propósito; juntos bregaban entre sí y con los magnates que porfiaban por detenerlos; y á punto estaban ya de internarse en la maleza de la entrada de la cueva, cuando se apartaron las ramas de maleza, y aparecieron de repente Dyusandir y Ganitriya.

Venían muy risueños, abrazados por el talle y blandiendo cada cual un cuelmo ó tea coronado de llamas vacilantes. Al verlos parecer, abalanzáronse á ellos Yudhabar, Svaris y los próceres purunas, y el Rey y el Príncipe los abrazaron y besaron llorando de alegría.

Durante un rato, mientras se alejaban unos y otros del Pórtico de la Muerte, encaminándose al prado donde Ganitriya había desenganchado el cuadriyugo, todo fué regocijada confusión, y voces de sorpresa, y bendiciones á Suri el poderoso y el magnánimo por el fausto regreso de Ganitriya y Dyusandir de los lugares de donde nunca se volvía. Después, pasada la emoción primera, mientras volvían á ser enganchados los bridones al cuadriyugo, quiso el Rey que le explicase Ganitriya su conducta, y por qué había ido al Pórtico de la Muerte, y cómo era que de él salía con su amado Dyusandir. Contestó gravemente Ganitriya que eso era un secreto inviolable entre ella, Dyusandir y Suri; que nada podía revelar, porque se lo habían prohibido los mahíes, y que rogaba, por tanto, á su padre que no volviese á interrogarla.

El Rey, maravillado, pero obediente á Suri y sus ministros, prometió no formular nuevas preguntas, y añadió luego, sonriéndose, que si Dyusandir y Ganitriya querían aún celebrar sus nupcias esa noche, sería menester no perder tiempo y hostigar mucho los bridones para entrar en Kor la Grande antes de que se pusiese el sol.

Ahora, en tanto que regresa la regia comitiva á la capital puruna, pondré yo á mis lect

en autos de lo que el Rey de Kor y sus súbditos no supieron sino un año después. Ganitriya, oídas las palabras de Baluk el venerable, se determinó en seguida á hacer lo que el adusto sacerdote le dijera. Ganitriya tenía confianza en Suri; sabía ya cuál era el modo de rescatar á Dyusandir, y aunque ese modo le parecía terrible y llenaba su alma de temores, enardecida por su amor, á los temores supo sobreponerse.

Muy intranquila pasó la noche. Al llegar el alba, se deslizó fuera de su cuarto sin que la sintieran Dasia y las doncellas, pasó á las habitaciones de su hermano, se apoderó de unas vestiduras de él y, después de habérselas puesto, salió á los jardines reales, se fué á las cuadras, mandó enganchar el cuadriyugo, como si fuera Svaris, y en el cuadriyugo atravesó la puerta occidental del Palacio, las calles de Kor y la correspondiente puerta de las murallas, tomando la dirección del Pórtico de la Muerte.

En la casa más cercana al medroso paraje aquél, se proveyó Ganitriya de un cuelmo encendido, y con el cuelmo en mano, así como desenganchara los bridones y les trabara los remos con manijas, se abrió paso entre las malezas de la entrada de la cueva, de donde salieron asustadas miles de feísimas aves noctur-

nas, que, con el batir precipitado de sus alas, poco faltó para que extinguieran la llama de la tea. Sin arredrarse, prosiguió su camino Ganitriya, penetró por la boca de la cueva y pronto salió de la región donde aún se filtraba la luz del día y se encontró en lugar tenebrosísimo, donde no había más luz que la escasa y vacilante del cuelmo. Ganitriya, agitada pero resuelta, fué bajando luego por rápida pendiente durante largo rato, sin ver casi más terreno que aquél en que iba poniendo la planta de los pies. Los rumores misteriosos, que ya eran muy grandes fuera de la gruta, retumbando en las concavidades de ella, atronaban los oídos de Ganitriya. Parecíale oir rugidos de miles de fieras montaraces, voces desgarradoras, fragor de piedras despeñadas, bramidos de huracán y las sardónicas risas de los *Divaras* ó Espíritus malignos. Temblaba Ganitriya, mas no cejaba en su propósito. Ignorante estaba de lo que podíale ocurrir; pero dispuesta iba á sufrirlo todo con valor, ya que por ese medio había esperanza de recobrar al amado esposo prometido. Y cuando el rumor de voces, aullidos y lamentos de seres invisibles se acrecía, cerraba los ojos la Princesa, contemplaba en su mente á Dyusandir, y recobrado el brío, proseguía despacio hacia adelante por las tinieblas ominosas de la gruta.

Largo tiempo caminó así Ganitriya, hasta que de las profundidades de la cueva sopló un vendaval furioso, y que, arremolinándose en torbellinos, apagó de pronto la tea que en la mano tenía la hija de Yudhabar. Detúvose entonces ésta, casi desfallecido el ánimo, é iba á arrojarse sollozando por el suelo, cuando le pareció notar que se iluminaban vagamente las tinieblas.

En efecto: poco á poco fueron las tinieblas trocándose en luz difusa y verde. Ganitriya, pasmada, miraba alrededor de sí. En vez de los negros muros y de los peñascos de la gruta, veía por doquiera los campos de trigo y de zahina, los huertos y los parques nemorosos que rodeaban la ciudad de Kor. Y también veía en lontananza las montañas cubiertas de nieve, cuyo aspecto le era familiar, y el sesgo Sarití con sus aguas turbias y sus orillas verdeantes. Pero lo que veía, lo veía como en sueño, impreciso de contornos é iluminado por una luz extraña, que no era la del sol.

Dió dos pasos Ganitriya, y la visión cambió de aspecto. Hallábase la Princesa en otra región distinta, que ella recordaba por haberla visitado en su niñez, durante un viaje que Yudhabar hiciera con sus hijos á las fronteras orientales del reino puruna. Sin salir de su es-
[illegible]or, pero reconfortada porque el tumulto de

las voces, los aullidos y las risas había cesado, y columbrando que todo ello era obra mágica de los sacerdotes del dios Suri, prosiguió sus pasos Ganitriya. Marchaba lentamente, y, sin embargo, parecíale hacer mucho camino, porque sin cesar cambiaba la apariencia del paisaje.

Al salir de la remota provincia en que se hallaba, le pareció trepar unas montañas y encontrarse en la cumbre de ellas, en un abrir y cerrar de ojos, y bajar después por la falda opuesta, y entrar en unos valles donde la vegetación era más lozana y tupida que en el reino de los purunas, y ascender luego hasta la cumbre de otros montes, por entre mucha nieve y ventisqueros, para hallarse á continuación y de repente en otros valles y en otras llanuras cubiertas de bosques espesísimos, en los que apenas penetraba la luz, y por cuya fronda se enredaban plantas singulares de maravillosas flores, y retozaban unos bichos velludos, provistos de largas colas, y que, no obstante, con los hombres tenían cierto parecido. Por entre los gruesos troncos de los árboles, en medio de altas hierbas y de una maraña de hojas lustrosas, de formas muy variadas y de ella nunca vistas, divisaba la Princesa en lejanía manadas de elefantes, ó veía deslizarse serpientes desmedidas y tigres y otras fieras airosas y de remendada piel.

Luego salió Ganitriya de esos bosques y se encontró en una llanura inmensa, feracísima y que cruzaban grandes ríos. Mirando estaba Ganitriya la llanura, maravillada de la pompa vernal que en ella había, de la abundancia de las aguas y de la arboleda, del aroma penetrante y exquisito de las flores, del vistoso plumaje de los pájaros y de la cálida dulcedumbre del ambiente, cuando desapareció de pronto la visión y tornó Ganitriya á estar á obscuras y resonando en sus oídos el estrépito medroso de la cueva.

Ganitriya se detuvo sin saber qué hacer. Aguardaba alguna señal, algún indicio que determinara su conducta. Pensaba Ganitriya que los mahíes debían darle el tal indicio, y, en efecto, á poco se le dieron ó ella creyó que se le daban. Vió en las tinieblas una lucecita muy remota, y hacia esa luz se puso á caminar á obscuras, sin cuidarse de las voces, los aullidos y las risas que de nuevo oía por delante de ella. A medida que caminaba era el estruendo mayor, pero también era mayor la claridad; y así, desechando sus últimos temores, llegó Ganitriya, por una galería muy larga y muy angosta, á una cueva grande y donde había la misma luz difusa y verde que iluminara los fantásticos paisajes, invención de los mahíes.

En el fondo de la gruta, tendido sobre un

lecho de ramas, de musgo y de seroja, á la luz de dos antorchas puestas en tederos de metal, vió la valiente y suspensa Ganitriya á su amado Dyusandir, al parecer dormido y más que nunca hermoso. Arrobada le contempló un punto la Princesa, y luego, inclinándose, le besó los párpados y la frente.

Despertóse Dyusandir y quedó pasmado de hallarse en tal lugar, Ganitriya á su vera y recostado él en aquella cama rústica. Su pasmo no le impidió, sin embargo, besar á la Princesa, y muy tiernamente, después de lo cual hubo de preguntarle el cómo y el por qué de todo aquello. De nada se había dado cuenta Dyusandir. Dormido le sacaron los mahíes del Palacio, y dormido estuvo hasta que Ganitriya le despertara con sus besos. Contóle entonces la Princesa cuanto había ocurrido desde la antevíspera, y con ello quedó aún más pasmado Dyusandir y también más enamorado de Ganitriya, cuyo arrojo y devoción no cesaba de elogiar y agradecer.

Transcurrido un rato, después de orar y de bendecir á Suri, tomando cada cual una de las dos antorchas y charlando sin cesar, se encaminaron Dyusandir y Ganitriya hacia la entrada de la gruta. A ella llegaron pronto, sin que resonaran ya en las paredes de la cueva otros rumores que el dulce susurro de sus besos: — —

el Pórtico, como antes referí, hallaron á Yudhabar, á Svaris y á los magnates purunas, y con ellos regresaron sin tardanza á Kor la Grande.

## X

Arrebolando el cielo, trasponía el bermejo disco del sol las montañas de Occidente, cuando la regia comitiva y Yudhabar, Svaris, Ganitriya y Dyusandir llegaron en sus carros á las puertas de la ciudad. Viéronlos venir unos mozos y mozas que allí estaban tomando agua de una fuente; y, al reconocer á la Princesa y á su novio, mozos y mozas, prorrumpiendo en gritos de alegría, soltando cántaros y jarras, corrieron en tropel por la ciudad adentro, orgullosos de ser nuncios del regreso de la feliz pareja cuya misteriosa desaparición tanto había dado que decir y que sentir en Kor la Grande.

Cundió la nueva, pronta como un rayo, por toda la capital, y acudieron á miles sus moradores para saludar y aclamar gozosos á su Rey y á sus Príncipes, mientras éstos caminaban en sus carros, y muy despacio, por medio del gentío que llenaba la avenida de Occidente. Así, entre aplausos y parabienes del pueblo puruna, en la suave luz crepuscular, Dyusandir y Ganitriya, ambos de pie en el cuadriyugo

que conducía el héroe palaya, llegaron á la rampa de la mambla, y subieron luego por ella, y por Azrapur, Harita, Dasia y toda la servidumbre palaciega fueron recibidos en la meseta del alcázar.

Muy cerca estaba ya la hora de las nupcias, así es que no hubo tiempo de preparar ni pudo celebrarse el gran banquete acostumbrado en casos tales. Cenando algo de prisa, pero con buen apetito, y acortando expansiones de familia, se fueron pronto Dyusandir y la Princesa á sus estancias respectivas á fin de vestirse en ellas para la próxima ceremonia.

Poco después, aunque ya con algún retraso, tornaban á aparecer en público Dyusandir y Ganitriya y—montando y reclinándose en un carro dorado, que tenía cierta apariencia de concha y del que tiraban ocho corceles blancos y muy hermosos llevados de las riendas por guerreros de la guardia,—bajaron hasta el pie de la mambla y la avenida de Levante, donde ya los aguardaban otras seis mil y pico de parejas de novios, y también Yudhabar, Svaris, Azrapur, Harita y una muchedumbre innumerable de purunas.

Iba Dyusandir con una coraza de bronce cincelado, y grebas y un ponderoso escudo que le regalara Yudhabar. En la mano derecha tenía una lanza; la izquierda se apoyaba en el escu-

do. Sobre la cabeza no había querido Dyusandir ponerse el yelmo empenachado y rutilante, asimismo don del Rey. En vez del yelmo, traía la cerviz de tigre que ostentara cuando sorprendió en el soto á Ganitriya, y la piel del propio tigre rodeaba su cintura. Estaba así muy hermoso el hijo de Azrapur, y de él decían los purunas que semejaba más ser dios que hombre; pero luego se volvían los purunas hacia la Princesa, y también la celebraban, porque también estaba hermosa Ganitriya.

Esta vestía una túnica azul recamada de amarillas flores; desnudos estaban sus brazos, desnuda la parte superior del pecho, y desnudos los hombros y el cuello airoso y delicado. Sobre la blanca piel de la Princesa resaltaban grandes pulseras de esmalte y oro, y collares de ópalos, perlas y zafiros. Coronaba su rubia cabellera una tiara cuajada de brillantes que despedían fulgores azulados. Un rubí descomunal, del tamaño de un huevo de gallina, y que parecía hecho de sangre luminosa, servía á la tiara de espléndido copete. Prendido en el peinado de Ganitriya, un velo de sutil tejido jalde caía por la espalda hasta los pies de la Princesa. Blandía ésta un cuelmo llameante en una mano, y descansaba la otra en el brazo de Dyusandir.

También estaban engalanadas las demás pa-

rejas, cada cual según su fortuna y jerarquía, á pie las más, bastantes en carros parecidos al de la pareja real. Todos los novios ostentaban las insignias y utensilios de su oficio: sus armas los guerreros; martillos los herradores; azadas, hoces y horcas los labriegos y hortelanos; remos y redes la gente que andaba por el río; llanas y piquetas los albañiles, y palas los que heñían el pan y le cocían en los hornos.

Las novias todas vestían de azul, y por cima de la túnica, cubriéndoles en parte la cabeza, traían largos flámeos, que ora dejaban sueltos, ora recogían con la mano izquierda. En la otra mano, como Ganitriya, blandían una tea que hubieran de encender en el hogar paterno.

Organizada la comitiva fuera del inferior recinto de la mambla, púsose todo el mundo á caminar por la Avenida de Levante hacia un templo que había en las afueras de Kor, en medio de los campos, dentro de un bosque recluído por tapias elevadas. Ese bosque y ese templo estaban consagrados al Amor, deidad cuyo nombre puruna no recuerdo, por desgracia. En el bosque y en el templo tan sólo entraban los purunas una vez en su vida: la noche del plenilunio de Mayo en que celebraban sus bodas. Así es que, entre los purunas, las palabras *ir al bosque de Amor* eran un modo poético y elegante de decir que se casaban. V

los purunas eran gente tan sencilla y virtuosa, que rara vez iban parejas á otros bosques, también de Amor, pero donde no había templo ni sacerdotes que cohonestasen y santificasen los deslices en que instigadas por Amor caían las parejas.

Pero volvamos al cortejo de las nupcias. Marchaban primero por la Avenida de Levante, entre la doble hilera de broncíneos monstruos que la adornaban y de los tederos que la iluminaban, centenares de niños y de niñas, con unas á modo de estolas blancas, arrojando trigo y flores por el suelo. Después venían hombres y mujeres tocando salterios, bocinas, tímpanos y albogues, y otros hombres y mujeres que cantaban y bailaban, ó agitaban ramos floridos por el aire, ó iban quemando bayas aromáticas en una especie de turíbulos. A continuación seguían ciertos poetas populares que improvisaban sentencias agudas y versos graciosos en alabanza de Amor; titiriteros haciendo piruetas ó acompañados por fieras domesticadas; once de los mahíes, pues uno se quedaba de guardia en el templo de Suri, y los trescientos sesenta nemanes, con sus hopas purpúreas y sus radiosos nimbos; los sacerdotes y sacerdotisas de otros templos; todas las doncellas que aún no tenían novio, vestidas de albas túnicas y con guirnaldas y tirsos en las

manos; y los elefantes de Yudhabar, y muchos dromedarios y corceles, cubiertos de gualdrapas, rutilantes de oro y gemas, y, por fin, las seis mil y tantas parejas de esposos prometidos, á cuyo frente iban Dyusandir y Ganitriya. Cerraban el cortejo los parientes de los novios, luciendo sus mejores galas; y al cortejo, así como había pasado, se unía la alegre y agolpada muchedumbre que le viera desfilar.

Entonces, en la Avenida desierta, en el umbral de las casas solitarias, quedaban tan sólo las muchachas cuyo novio había caído muerto en las guerras recientes. Vestían esas doncellas ropas obscuras; suelta estaba su cabellera y mancillada con ceniza. Tristes y mudas,

«capullos en sus labios las rosas del placer,»

veían alejarse por la Avenida el rumoroso cortejo de las nupcias, sobre el que vacilaban los resplandores de millares de cuelmos encendidos.

Así salió el cortejo de la ciudad, y cual inmensa serpiente luminosa, en la penumbra de los campos, en el ambiente perfumado y tibio, bajo la bóveda del cielo, donde la luna llena fulguraba, fué caminando hasta llegar á las tapias del bosque y templo de Amor el poderoso. Los sacerdotes de ese dios aguardaban

á las parejas que venían á celebrar sus bodas.

El gentío se dividió entonces en dos masas compactas, una de cada lado de la puerta donde estaban los sacerdotes de Amor, y, por el espacio libre entre ambos grupos, fueron pasando á pie y una por una las seis mil y tantas parejas de mozo y moza.

Cada una de ellas, al pasar por delante de los sacerdotes, se prosternaba al pie de ellos, era por ellos purificada con la aspersión de cierta agua lustral contenida en acetres de oro, y penetraba después en el recinto sagrado. Así como estuvo la última pareja dentro del circuito de las tapias, penetraron también los sacerdotes en la selva y cerraron luego la puerta por donde habían pasado todos.

Parte de la multitud de espectadores, que se había quedado fuera, regresó en seguida á sus hogares; otra parte se dispersó por los campos vecinos, y, bailando y comiendo, por allí se estuvo en espera de la salida de los recién casados.

Mientras, en el bosque y en el templo celebraban sacerdotes y parejas unos misterios ó alegorías del triunfo de Amor. Sobre cómo serían estos misterios no puedo dar explicaciones, porque no me las dió mi amigo Horzepnik, ni tampoco las había, según él me dijera, en los monumentos y tablillas purunas cuyo

sentido descifró. Suponía, sin embargo, Horzepnik, que los tales misterios ó alegorías algo tendrían de teatrales, siendo además muy decorosos, pues la nación puruna era casta y púdica por naturaleza. Dejaré, por tanto, que cada uno de mis lectores se figure todo esto del modo que mejor le cuadre, y añadiré tan sólo que, terminados los misterios, se celebraban los matrimonios, juntando las manos novio y novia delante del Pontífice máximo del templo de Amor y prometiéndose fidelidad perpetua. Después hacían las parejas unas libaciones á Amor y le ofrecían un corderillo blanco ó un par de tórtolas en sacrificio.

Casadas todas las parejas, reuníanse todas en un soto en medio del bosque. Uno por uno, iban los esposos arrojando en montón, en medio del soto, sus armas ó sus herramientas, y formada así una pira colosal, á la pira prendían fuego las esposas, echando en ella los cuelmos que traían, prendida su lumbre en el hogar paterno. Consagraban los sacerdotes á Amor la hoguera encendida de ese modo, y en derredor de ella, á la luz de la luna y de las llamas, bailaban luego cadenciosamente todas las parejas. Y, á la vez, cantaban un himno á Amor, himno hermosísimo y del que, por desgracia, sólo conservo presente una de las estrofas. Esta, aun en el día de hoy, por

casualidad, se canta muy á menudo en Alemania y Austria, durante fiestas y banquetes, con música de Haydn, y atribuyendo á la poetisa griega Praxila las palabras, que en idioma germánico dicen como sigue:

*Lebe, liebe, trinke und schwärme*
*und bekränzte dich mit mir;*
*härme dich wenn ich mich härme,*
*und sei wieder froh mit mir.*

En el idioma puruna, que era dulce y muy sonoro, debía de parecer mucho mejor esa canción, aun sin la música de Haydn, y también debía de cobrar más profundo sentido, al ser cantado en el bosque de Amor y en momento tan solemne, lo de «vive, ama, bebe y sueña, y corónate conmigo de guirnaldas, aflígete cuando yo me aflija, y torna á estar alegre cuando yo lo esté.»

Terminada cada estrofa, cesaban por un punto de bailar las seis mil y tantas parejas, y todas juntas entonaban el estribillo: «¡Amor, Amor, Amor!,» y los ecos del bosque «¡Amor, Amor, Amor!» repercutían, y en el augusto callar de la noche «¡Amor, Amor, Amor!» se oía en la ciudad entera, como una invocación al Dios de los deseos, á cuyo influjo ni el propio Suri podía resistirse.

Luego de cantado todo el himno, antes de que las llamas de la pira se extinguiesen, repartían los sacerdotes nuevas teas entre las recientes desposadas, y éstas prendían las teas en la pira, y, blandiéndolas, salían despacio del bosque, acompañada cada cual por el esposo tierno, que en la mano llevaba nuevas armas ó herramientas consagradas y dadas por los Ministros de Amor, para que con ellas, y en virtud de Amor, laborase ó combatiese por el hogar que iba á ser fundado.

Entonces, por los campos vecinos y por las calles de Kor veíanse discurrir parejas solitarias, caminando hacia su nuevo domicilio, pues entre la nación puruna cada matrimonio tenía su mansión aparte; y, mientras caminaban las parejas, á la plácida luz de la luna, en el ambiente saturado de aromas y perfumes, sólo se oían dulce murmullo de palabras y un continuo susurrar de besos.

Así subieron solos Dyusandir y Ganitriya las rampas del Palacio Real, y así penetraron solos en las estancias que para ellos habían sido preparadas. Dyusandir colgó del muro de una sala los venablos, el arco, las flechas y el carcaj que le dieran los sacerdotes en el templo. Ganitriya prendió con la llama de su tea unas faginas y unos troncos que en el hogar ya estaban colocados. Luego, juntos y solos,

borosa ella, él tímido é impaciente, Dyusandir y Ganitriya se retiraron á otra estancia. Allí los dejaremos, y con ellos á Amor el poderoso.

## XI

Casi un año entero había transcurrido desde que ocurrieran las historias que vengo narrando. Otra vez había renacido la primavera hermosa. Atardecía en los jardines del Palacio Real de Kor la Grande, y en esos jardines estaban Dyusandir y Ganitriya, sentados en el banco, cerca de la fuente, donde sentada estuvo la Princesa cuando Baluk el sacerdote viniera á comunicarle en parte los designios del dios Suri.

Ganitriya había hecho traer su telar á los jardines, y, muy diestramente, iba tramando lanas de colores en los altos lizos de un tapiz á medio hacer. De rato en rato se paraba en su labor, y, alzando los ojos, miraba enternecida á Dyusandir, que, con muchas risas y fiestas, aupaba y bailaba á un hermoso niño rubio y blanco. El niño también se reía, y gorjeaba y agitaba mucho las manitas y las piernas gordezuelas.

Dyusandir y Ganitriya tornaron entonces á eterna discusión, el único tema sobre el

cual no eran del mismo parecer: á quién había salido el niño, si al padre ó la madre.—Tiene tus ojos negros—decía Ganitriya.—Tiene tu boca, tu cutis blanco, tu pelo rubio,—respondía Dyusandir. Y así seguían discutiendo, sin ceder ni ella ni él, hasta que ya convenían en que, de todas suertes, el niño era precioso, y que ya revelaba un talento singular, y que ningún otro niño podía comparársele. Y dicho esto, cogían ambos á la criatura y se la disputaban á besos, y reñían otra vez sobre quién de los dos quería más al niño.

Al fin, como ya comenzase á hacerse sentir el sereno de la noche, Ganitriya llamó á Dasia, que estaba cerca de allí, y le entregó al niño para que le llevara dentro del Palacio y le hiciera dormir en su cuna, canturreándole monótonas canciones.

Quedaron solos los esposos, sentados en el banco, á la vera de la fuente cantadora. No había salido aún la luna; pero millares de estrellas tachonaban ya el sombrío azul del cielo, y en la atmósfera sutil y tibia bailaban ya millares de luciérnagas, que parecían una ventisca de diamantes. Las flores vertían generosamente su perfume. En la arboleda sentíanse píos, roce de plumas y batir de alas. A veces, cesaba el aleteo y se oía el trinar de un ave melodiosa.

Debajo de los árboles tupidos estaban á obscuras Dyusandir y Ganitriya, callados y contentos. Las manos de la Princesa ya no corrían ágiles por los lizos del telar. En la penumbra apacible sus manos habían ido á buscar las manos del esposo, y las apretaban blandamente y sentían el cálido mador de ellas. Ambos consortes se entendían sin hablarse. Estaban subyugados y enternecidos por la dulce influencia de la hermosa noche, y á la memoria de ambos volvían los sucesos de la pasada primavera: su encuentro en el soto, los lances de la lucha entre los purunas y palayas, los tratos de la paz, el concierto de su boda, sus amores y paseos en los jardines del Palacio, el rapto de Dyusandir, la aparición de Baluk, el misterioso Pórtico de la Muerte y la ceremonia de las nupcias en el templo de Amor. Mil veces habían discurrido juntos Dyusandir y Ganitriya sobre el significado de las peregrinas peripecias que habían precedido á su casamiento, y mil veces habían procurado interpretar el símbolo de la rama floreciente en el árbol de elección; pero nunca habían hallado modo satisfactorio de explicarle. Esa misma noche, rompiendo al fin su callar de ensueño, tornó Ganitriya á hablar del arcano incomprensible, diciendo á Dyusandir:

·Cuándo crees, amado mío, que llega-

rá el momento en que hablen los mahíes?

Sin duda iba Dyusandir á contestar; pero las palabras se detuvieron en sus labios, y Dyusandir se prosternó de súbito. La Princesa, sorprendida, miró en derredor, y luego también se prosternó al lado de su esposo.

Enfrente de ellos estaba Baluk el venerable, con su nimbo dorado y su túnica de púrpura, de pie sobre el repecho de donde surgía el caño de la fuente, y resaltando majestuoso contra el verdor de la enramada, á la vaga luz de las estrellas.

Como contestando á la pregunta de Ganitriya, dijo pausadamente el sacerdote del dios Suri:

—Hoy es, ¡oh Ganitriya! el momento señalado para que revele yo á tí, y á Dyusandir tu esposo, lo que dispone Suri y lo que significan la rama florida y las visiones que tuviste en la cueva obscura de la Muerte. De tus bríos pendía el que Dyusandir entrase ó no en el número de los Nemanes. Por eso no estaba tronchada aún la rama floreciente. Con tu valor complaciste á Suri y rescataste á Dyusandir. De este modo, trocóse el símbolo de la rama y vino á significar que tu esposo ha de sobresalir y hacerse notable entre las gentes, como el solitario tallo de los corimbos rosas sobresalía y se hacía conspicuo entre el ramaje verde

le rodeaba. Dyusandir está llamado á ser gran conductor de pueblos. Tu valor te hizo digna de ser esposa de él, y también guía de sus pasos hasta que llegue á las regiones que Suri le tiene señaladas para que en ellas funde un nuevo imperio. Dentro del Pórtico de la Muerte, por voluntad de Suri, contemplaste la ruta que ambos, seguidos por cuantos palayas y purunas quieran, debéis tomar así como estén hechos los aprestos necesarios. Muy largo es el camino, grandes los obstáculos y las fatigas que os aguardan; pero al fin llegaréis á las feraces campiñas, á la comarca perpetuamente vernal y deliciosa que fué término de tus visiones en la cueva. En esa región distante os detendréis, y fundaréis en ella una ciudad. Vuestro y de vuestros descendientes será por miles de años el poderío en la anchurosa comarca señalada, y sus pobladores con el tiempo serán más numerosos que las briznas de césped en los prados, y más han de ser sus riquezas y mayor su dicha que las de los moradores del Imperio puruna. Id, y comunicad á Yudhabar el Rey los designios de Suri; haced luego los aprestos que convengan, y pregonad la noticia para que caminen con vosotros cuantos hombres y mujeres lo deseen.

Dicho esto, Baluk desapareció tan repentinamente como se había presentado. Ya no es-

taba sobre el repecho de la fuente cuando Dyusandir y Ganitriya alzaron los ojos, al callar el ministro venerable del dios Suri. Ambos cónyuges se levantaron entonces, y, maravillados de lo que acababan de oir, se fueron á Palacio á comunicar la importante nueva al Rey de los purunas.

Ni un punto pensaron el Rey, su hija y su yerno en discutir la voluntad de Suri. Deber suyo era cumplirla, y la cumplieron. Se pregonó la nueva por campos y ciudades; se hicieron aprestos de armas, carros y provisiones, y seis meses después de la segunda aparición de Baluk á Ganitriya, Ganitriya, Dyusandir, su hijo y más de cuarenta mil palayas y purunas, entre hombres, mujeres y niños, salían de Kor la Grande por la Puerta del Oriente, en medio de un gentío inmenso que los despedía cariñoso, y cruzaban el Imperio puruna hasta la frontera del Este, emprendían después la ascensión de las montañas que Ganitriya viera dentro del Pórtico de la Muerte, y atravesaban los valles y llanuras también antes vistos de mágico modo por la Princesa, para llegar, al cabo de medio año de camino, á la fértil y templada comarca puesta por Suri como meta de la peregrinación.

Allí fundaron Dyusandir y Ganitriya una ciudad muy hermosa, en cuyo centro pro

se alzó un templo dedicado á Suri, ardiendo dentro del templo llama inextinguible, prendida con el fuego de un tizón del ara de Kor la Grande que Baluk había entregado á Ganitriya al salir ésta de Kor, y cuya lumbre había cuidado Ganitriya de que no feneciera durante el viaje.

El nuevo Imperio dilató de prisa y de pacífico modo sus fronteras. Dyusandir y Ganitriya en él reinaron y vivieron muchos años, sin que nada enturbiase su felicidad ni la de sus súbditos. Muchos hijos tuvieron, todos tan bonitos y discretos como el que había nacido en Kor. Y rodeados de sus hijos, y de los hijos de éstos, murieron plácidamente Dyusandir y Ganitriya, en el mismo día y á la misma hora.

## XII

Aquí pondría yo punto final á esta historia ó leyenda si no me pareciese indispensable atar antes algunos cabos, que de otro modo quedarían sueltos.

El templo en que Horzepnik halló esculpida la historia de Ganitriya y Dyusandir hubo de ser construído unos doscientos ó trescientos años después de la muerte de la feliz pareja. Y ese templo, aunque de mucha más poética

manera y en miles de versículos armoniosos, estaba también escrita la historia que yo he referido aquí en prosa desmañada.

Sin duda alguna, entre el Imperio de Kor y el Imperio fundado por Dyusandir y Ganitriya hubo de haber frecuentes relaciones, á pesar de la gran distancia que mediaba entre ellos. Y también, sin duda, en el Imperio de Kor quedó grabado el recuerdo de los peregrinos amores de Dyusandir y Ganitriya en la memoria de todos los purunas, como un episodio muy poético é importante de los anales de su nación, y como un tema á propósito para que sobre él bordara mil primores la fantasía popular.

En cuanto á la comarca señalada por Suri y los mahíes para la fundación del nuevo Reino, suponía mi amigo Horzepnik, por las vagas indicaciones de los monumentos y tablillas, que debía de hallarse en algún lugar de la actual Birmania, al Norte de la ciudad de Mandalay, en las orillas de ciertos afluentes del Irawadi.

No hay por qué decir que no se realizó la profecía de Baluk acerca de la interminable duración del Imperio fundado por Dyusandir y Ganitriya. En esto, como en otras muchas cosas, se equivocaron los profetas. El tal Imperio, de seguro, no duraría arriba de cuatro ó cinco siglos, pues así lo prueba la historia.

nocida de la región en que se fundó el Imperio.

Y ahora sólo me resta añadir, en lo tocante á las razones que movieron á los mahíes á raptar á Dyusandir y á armar todo el tinglado de embelecos que se ha visto, que, según decía mi amigo Horzepnik, los mahíes susodichos, si no videntes, eran al menos previsores, y como tales, hubieron de barruntar que quizás, de permanecer Dyusandir en el reino puruna, andando el tiempo, no se resignara Dyusandir á desempeñar papel secundario en la Monarquía, alzándose entonces contra Yudhabar y Svaris, y promoviendo una guerra civil muy lamentable. Para precaver este daño contingente, fué para lo que dispusieron los mahíes la bien urdida tramoya del rapto de Dyusandir, de las visiones de Ganitriya y de la expresa é ineludible voluntad de Suri.

Sobre cómo se las compusieron los mahíes para que Ganitriya tuviera las visiones, no se expresaba ya tan claramente mi amigo Horzepnik, pues decía tan sólo que los mahíes eran magos y que ya sabían muchas cosas que no han vuelto á saberse hasta cuatro mil y pico de años después; de modo que les fué sin duda facilísimo, con algún aparato ingenioso, proyectar en la Cueva de la Muerte cuantas vistas panorámicas se les antojase.

Otro punto tocaba Horzepnik mucho más discretamente y con gran erudición; pero es éste un punto del que apenas me atrevo yo á hablar, y sobre el que pasaré á escape, porque, como carezco de erudición y no recuerdo bien lo que me decía Horzepnik, me expongo á caer en errores de mucho bulto y á inducir en ellos á quien me lea.

Diré, pues, tan sólo, que Horzepnik, contradiciéndose, declaraba á veces que en la historia del frontón lo único verdadero era lo de una emigración de purunas bajo el mando de un jefe llamado Dyusandir y de su esposa Ganitriya. Horzepnik explicaba entonces toda la historia del frontón suponiendo que la fantasía del pueblo había mezclado la vida de ambos históricos personajes con muy antiguos mitos, desfigurando en parte éstos. Los mitos eran solares, y en ellos los mahíes representaban los meses, los nemanes los días, Dyusandir el Sol que se oculta por el Poniente detrás de las montañas, y Ganitriya la Luna enamorada del Sol y que sale en busca de él. Así, *mutatis mutandis*, decía Horzepnik, los mitos griegos de Endimión y Diana ó Selene, y de Eos, Céfalo y Procris, ó la leyenda védica de Urvasi y Pururavas.

Ahora, para terminar, añadiré que no he vuelto á ver al Dr. Jaromir Horzepnik ı

saber de él desde que éste me despidió cariñosamente en el muelle de Colombo, al embarcarme yo otra vez en el *Shinano-Marú* para venir á Europa. Horzepnik se quedó en Colombo, á donde había ido á parar después de largas peregrinaciones por la India, y en Colombo aguardó la llegada de un barco que debía conducirle á Calcutta, ciudad desde la cual pensaba internarse en el reino de Birmania, en busca de las ruínas y señales del antiguo Imperio fundado por Dyusandir y Ganitriya.

En Birmania estará quizás aún Horzepnik. Confío en que, cuando salga de ella y vuelva á Europa, si se entera de que he escrito yo esta historia, no se ofenda conmigo y me perdone mi indiscreción, considerando que ésta en nada puede perjudicarle.

FIN

# INDICE

Páginas.

Yoshi-san la *musmé*..... 3

La esfera prodigiosa..... 61

El hijo del banián..... 129

Dyusandir y Ganitriya..... 165

# ERRATAS

| PÁGINA | LÍNEA | DICE | DEBE DECIR |
|---|---|---|---|
| 8 | 14 | ha | he |
| 25 | 14 | les | le |
| 91 | 13 | habrá | había |
| 133 | 7 | reverbera | reverberaba |
| 162 | 15 | la | le |
| 191 | 28 | Surí | Suri |

*Se acabó de imprimir esta obra*
*en Madrid, en la imprenta*
*de la Viuda é hijos de*
*Tello, el día* 11 *de*
*Mayo del año*
*de* 1903.

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

SOMBRAS CHINESCAS *(Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio)*.—Dos tomos en 8.°, **5 pesetas**.

EN PREPARACIÓN

LA TERTULIA DE LOS DUENDES *(cuentos estrafalarios)*.

LAS ANDANZAS DEL CABALLERO RAMIRO DE LEYVA *(novela)*.

---

Diríjanse los pedidos á casa del autor, Plaza del Conde de Miranda, 3, MADRID.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.